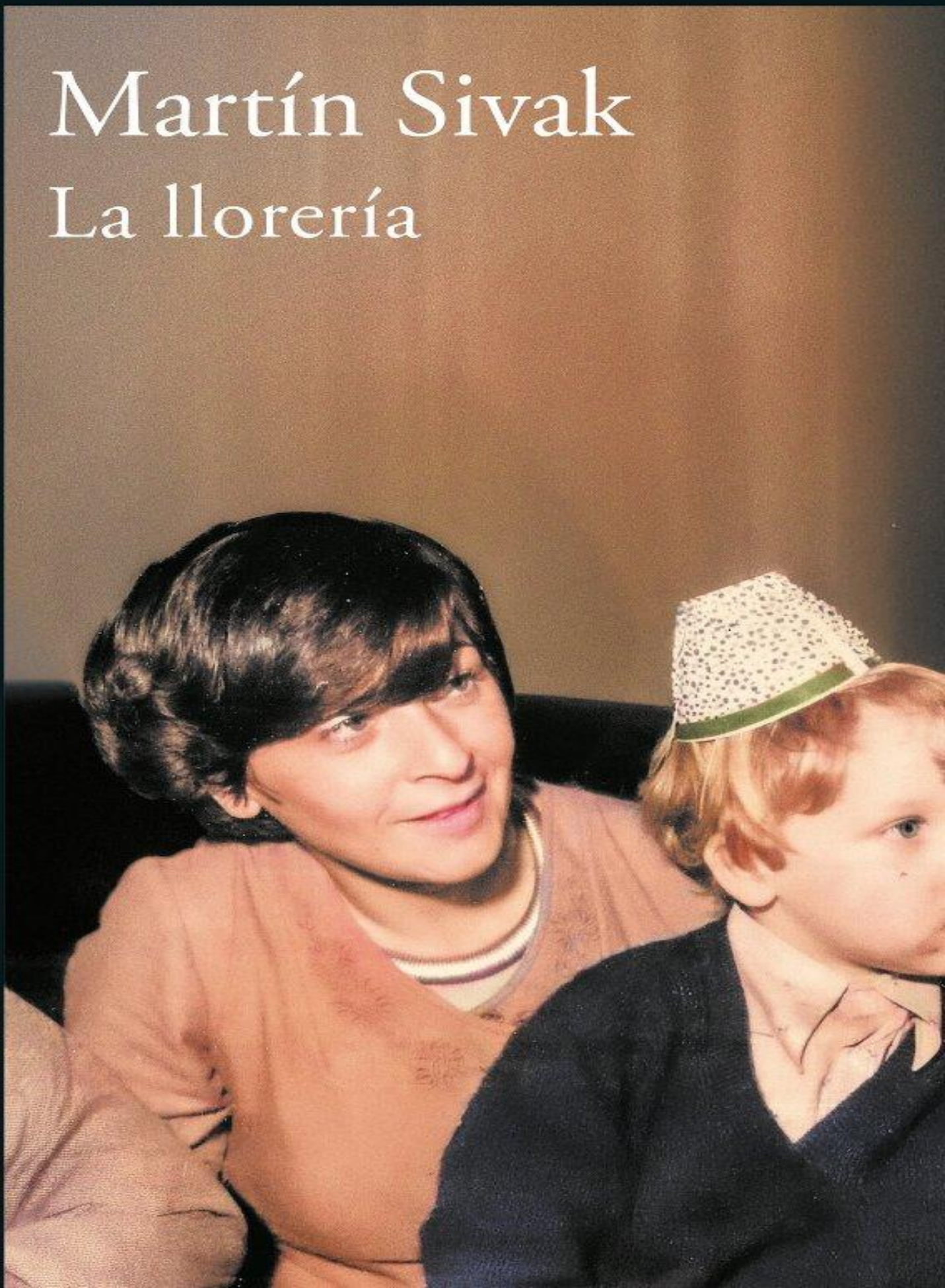
ALFAGUARA

Martín Sivak

La llorería



Narrativa Hispánica

Martín Sivak

La llorería

ALFAGUARA

A Gabriela Esquivada, Florencia Ure, Agustín Torre, Dorián Mori, Silvina Chaine, Manuel Trancón y Ariel Wilkis.

Por aquel verano, por tantos años.

Uno. 2018. Primer final

En las vísperas de la Nochebuena N. me dejó por mensaje de texto. Lo disparó desde un campo remoto de la Patagonia con temperatura templada y lo recibí en un hotel céntrico de la ciudad de Catamarca con 39,5 grados.

Siento que quiero estar sola por un tiempo.

Con taquicardia, me largué a caminar por la peatonal. Compré un Gatorade helado de color azul; más tarde, unas Havaianas grises. Esa tarde subí un cerro, me bañé en el río y conocí una docena de cactus gigantes. La geografía, sus accidentes, su vegetación, no me alejaba del monotema.

Pasé la noche del 24 de diciembre notificando de la novedad a unas pocas personas. Escribí una carta, un manifiesto de la desesperación. La mandé a las 5.35 de la mañana del 25 de diciembre.

Antes de tomar el avión a Buenos Aires recibí una respuesta que interpreté lapidaria.

Es lo más lindo que leí en ya no sé cuanto.

A las pocas horas nos reunimos en mi casa, sede central del año que pasamos juntos. Preparé con cuidado la escena de la conversación final. Limpié, ordené y compré frutas de verano para la fuente dorada del comedor diario. Con Google como ayudamemoria preparé en una jarra un Pimm's, una bebida a base de ginebra y licores frutales que se convierte en limonada suavemente alcohólica cuando se le agregan cítricos, pepinos en rodajas, hielo y soda. Un clásico de los casamientos boreales en Inglaterra y de los descansos durante el torneo de Wimbledon.

Después de una ducha fría, me puse Axe Marine, el desodorante que me acompaña cada día desde los 14 años. Elegí una bermuda de un azul estruendoso y una camisa celeste. Dudé si quedar descalzo. Recuerdo la duda, pero no su resolución.

Esperé la llegada de N. derrotado, pero en calma.

Entró al hall de casa con una distancia manifiesta y la acortó con un abrazo que duró unos segundos. Vestía un jean y una remera Vince blanca de algodón. Me dijo que prefería estar sola, tener como única responsabilidad a sus dos hijas y andar liviana por la vida. Que le gustaba más el caos que el orden, que le incomodaba el compromiso de responderme los mensajes de texto, que no aguantaba más a su padre y que se iba a tomar vacaciones con una amiga. Y que no me diría nada lindo para no generar ninguna ambigüedad.

Elogió el Pimm's.

Después del intervalo retomó su catarsis: éramos totalmente incompatibles; anhelaba vivir fuera de la Argentina. Dio como destinos San Francisco, Miami y Madrid.

—Odiás Estados Unidos —le recordé y debí controlar que de pronto los latidos del corazón se me desbocaran esa noche.

Me hubiese dolido toda forma de separación, pero me dolió más que dijera cualquier cosa con tal de apurar el trámite. No lloré, no intenté torcer su decisión, no le pedí nada. Como volvía una y otra vez sobre los mismos temas —especialmente su voluntad de convertirse en una persona que se pudiera mover con liviandad— le dije que no había más que hablar. Que le abría la puerta.

Me pidió el único objeto suyo que había en mi casa: el cargador de su teléfono. No lo encontramos.

—Suerte con tu vida —le dije sin desearle nada cuando nos despedimos en el hall.

No contestó.

Esa noche borré todos sus mensajes. Al día siguiente eliminé todas las fotos y tiré a la vereda una cadenita que me había regalado. Al rato me asomé a la ventana y ya no estaba. Decidí quedarme con la ropa y los zapatos que me había regalado porque no los asociaba a ella y mi vestuario no podía prescindir de algunos de sus pocos pilares. No tomé una decisión definitiva sobre el acolchado blanco y las tres plantas.

Siempre creí que las penas amorosas eran un género para los e-mails, para las charlas privadas, para los whatsapps. Hasta que empecé a escribir para no entrar en la desesperación más absoluta. Nada es original: el desvarío ante la noticia inesperada, la representación mental, una y otra vez, de cada palabra, cada inflexión de voz, cada gesto —la ruptura— y los hechos circundantes y la locuacidad dolorosa.

Se lo conté a dos taxistas, a un juez federal, al verdulero, a una antigua profesora de inglés. Como si no hubiera otra manera de administrar el dolor: todos debían saberlo.

Conocí una pulsión de muerte. El sentimiento de creer que con ese sufrimiento podía morir. Me rodeé de un scrum de amigos y amigas. La mayoría me dijo, a modo de consuelo, que ya había pasado situaciones peores. Pero quise renunciar a ese personaje: el resiliente, el que aguanta el dolor.

Durante la primera semana no conseguí dormir más de un par de horas por noche. El ansiolítico no cumplía con el efecto prometido. Las costillas me dolían de tanto llorar en la madrugada. Entraba en delirios. Por cuatro días no pude comer. Solo consumía Gatorade azul, como si fuese una pócima.

Le deseé la muerte. Deseé que volviera. Compuse diálogos imaginarios en los que le asestaba frases convincentes o efectivas para evitar la catástrofe. En francés dicen que es "el espíritu de la escalera" (*l'esprit de l'escalier*) y en yidis que son las "palabras de la escalera" (*trepverter*): todos esos pensamientos que no aparecen en el momento justo y en los días siguientes no dejan de aparecer. Quedé inmóvil en el penúltimo escalón.

El 31 de diciembre tenía un vuelo a los Estados Unidos. Antes de salir al aeropuerto me corté la pera al afeitarme. Franco, un amigo, me llevó en su auto y procuró que no llegara ensangrentado a la fila de embarque.

Empecé a escribir este diario después de que retiraran las bandejas de la cena. Cuando el piloto anunció el Año Nuevo, el personal de abordo sirvió espumantes en primera y *business*. Miré la

escena de lejos sin envidia ni rencor. Como si el dolor lo hubiese consumido todo.

Dos. 2002. El inglés

El documentalista Sean Langan me citó en la cafetería del hotel Castelar de Buenos Aires. Era una tarde fría de julio de 2002. No recuerdo si fumaba en la mesa o si salíamos a la avenida de Mayo para que fumara. Ya conocía bien los contornos de esa cuadra: dos bodegones tristes, un kiosco de diarios, una librería de usados y varias paradas de colectivos de los que subían y bajaban pasajeros.

El Castelar formó parte del esplendor de avenida de Mayo en la década de 1930. Llegado en barco en 1933, Federico García Lorca fijó su residencia ahí con la idea de instalarse un mes en la ciudad. Sus obras *Bodas de sangre*, *La zapatera prodigiosa* y *Mariana Pineda* recibían el fervor del público y de la crítica. Terminó quedándose seis meses.

Sin el reconocimiento del poeta, Sean llegó por tres semanas y ya llevaba cuatro meses viviendo en el hotel. Pagaba 20 dólares la noche. Se dedicaba a filmar a piqueteros, caceroleros, funcionarios, políticos, enviados del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional. No tenía claro cómo seguir con su documental y necesitaba un periodista que lo acompañara como productor e intérprete. Un amigo en común me candidateó para la triple función, aunque yo trabajaba como redactor de una revista semanal.

Esa tarde Sean pidió café negro doble y churros. Tenía 37 años y algunas canas. Usaba lentes angostos —de los que parecen de

lectura, pero protegen del sol— y vestía jeans y una campera verde militar asociada a los camarógrafos y fotógrafos. Era, de hecho, una de sus tres funciones: director, cámara y conductor.

La crisis de 2001 convirtió a la Argentina en un destino exótico y taquillero para la prensa internacional. Llegaban a Buenos Aires tanto delegaciones de periodistas de las grandes cadenas como francotiradores para explicarle al mundo cómo un país tuvo cinco presidentes en diez días, cómo los bancos aspiraron los dólares de los ahorristas, cómo intervenían los organismos multilaterales de crédito en una crisis de magnitud y cómo eran los paisajes tercermundistas de la pobreza en la más europea de las capitales de América del Sur.

En los seis años anteriores Sean había hecho documentales para la BBC. Empezó con los videodiarios: la televisión pública entregaba cámaras pequeñas y fáciles de manipular para que soldados, amas de casa u otra gente de a pie se animaran a filmar sus vidas. Sean pidió una cámara sin saber usarla porque hasta entonces se había dedicado al periodismo gráfico. Escribía sobre las nuevas tendencias en la noche de Londres, sobre *raves* y *disc-jockeys* y luego pasó un tiempo breve en la Unión Soviética para narrar la vida cotidiana después de la caída del socialismo.

La BBC le dio un presupuesto escaso para que contara la historia de un grupo de rehenes en Cachemira, la región que comparten —y se han disputado— la India, Pakistán y China. Su documental fue muy elogiado por la prensa y Sean siguió con una serie sobre Medio Oriente que incluyó el episodio "Té con los talibanes", convertido en hit global después del atentado a las Torres Gemelas.

La BBC y el Canal 4 de Londres pugnaron por sus servicios tras las repercusiones de ese documental. Recién casado con Anabel, en la búsqueda de descendencia y también entusiasmado con hacer algo distinto, no se sumó a las legiones de corresponsales de guerra ávidos por instalarse en Afganistán. El Canal 4 le ofreció casi un millón de dólares por tres episodios de 48 minutos cada uno. Aunque el tema que él propuso no los convencía —el impacto de la globalización en América Latina, un viaje desde la crisis argentina hasta los que cruzan de México a los Estados Unidos—, lo querían a él. Y lo contrataron.

Su documental latinoamericano parecía una ventana recreativa con menores riesgos. Sin el dominio del español, sin visitas previas, su brújula histórica era el diario motorizado de Ernesto "Che" Guevara, que aún no se había popularizado gracias a la película de Walter Salles con Gael García Bernal.

El contexto parecía propicio para la idea de Langan: la crisis argentina de 2001, el golpe de Estado contra Hugo Chávez en 2002, la novedad del populismo de izquierda en auge y un tema que le resultaba familiar de sus coberturas en Medio Oriente: el antinorteamericanismo.

Sean desdeñaba la alta política y buscaba historias de personas anónimas, como los mineros de Oruro, los niños que trabajaban en los cafetales guatemaltecos y los mexicanos que cruzaban ilegalmente la frontera de Tijuana por el Pacífico. Se detenía cuando aparecían algunos hombres de Estado —como Chávez— que podían responder al pintoresquismo latinoamericano que pretendía contar y el que conocía por sus limitadas lecturas sobre la región. El viaje no

dejaba de ser un recorrido arbitrario y con un centro preciso, el propio Langan, como reflejaba el título: *Travels of a Gringo*.

Decidió empezar por la Argentina cuando vio por televisión la caída del presidente Fernando de la Rúa.

—De las protestas en Buenos Aires —me dijo en ese encuentro inicial—, el público europeo solo recibió imágenes de actos violentos protagonizados por marginales. Pero lo primero que vi, frente a la puerta de un banco, fue a una señora con anteojos Gucci que abría su cartera Christian Dior, sacaba un aerosol y prolijamente escribía "chorros" en el frente.

Le pregunté qué más le había impresionado de Buenos Aires. Que los taxistas y los que limpiaban su cuarto en el hotel supieran los nombres de las autoridades del Banco Mundial y del FMI. En Londres solamente los economistas especializados saben quiénes son.

Langan hizo guardia en el Sheraton de Retiro hasta encontrarse con el indio Anoop Singh, enviado del Fondo, recordado por su protagonismo durante aquellos meses y su asombroso parecido con Peter Sellers. Al saber que se trataba del Canal 4 de Londres, Singh fue todo lo simpático que no había sido con los periodistas argentinos. Y dejó de serlo apenas oyó la primera pregunta:

—¿Por qué los argentinos deberían escucharlo si el FMI no ha resuelto la crisis de Indonesia y, muy por el contrario, profundizó la recesión?

Singh hizo un silencio, mientras se acomodaba en la parte de atrás del auto.

—Lo hablaremos en su momento —contestó y cerró la puerta.

Más incómodos estuvieron otros funcionarios del Banco Mundial y del FMI a quienes abordó después de una excursión de compras por

uno de los centros comerciales de Buenos Aires.

—Qué buenos precios hay aquí, ¿no?

—Sí —contestó feliz el que llevaba un sombrero de cuero marrón y una bolsa con regalos.

Les pidió el nombre de tres argentinos famosos. "Gardel y Maradona", dijo uno. Otro reprendió a su compañero: "Vas a perder tu trabajo si hablas con la prensa". Un tercero, argentino, dejó sin palabras al documentalista inglés: "Susana Giménez". No sabía quién era la conductora de televisión.

Más tarde, en un bar, conversó con un funcionario del Banco Mundial.

—¿La pobreza es un cliché? —preguntó esperando un no rotundo.

—La pobreza es un cliché. Efectivamente.

Con un churro en una mano, Langan me dijo que con su documental quería demostrar que la pobreza, precisamente, no era un cliché.

—Debemos seguir el viaje del "Che" Guevara en moto, el que hizo en los años 50, y después se nos va a ocurrir qué hacer.

—Pero ¿eso no es un cliché?

—Nos vamos a entender.

Yo tenía 25 años y después de cuatro en la revista quería cambiar de trabajo. Me llevaba mal con uno de mis jefes, me había empezado a cansar del género de las denuncias periodísticas presentadas como grandes investigaciones. Mis amigos de la redacción se habían ido por distintas razones y nuestros sueldos habían tenido una poda del 20 % por la crisis. Aunque publicábamos rabiosas notas de tapa contra la evasión fiscal, cobrábamos una

parte en negro. Nos entregaban un sobre con efectivo y tickets para el supermercado.

Había una razón adicional para trabajar con Sean. Mamá tenía un cáncer de pulmón que supuestamente había remitido. Después de un año y medio de vivir atado al tratamiento, a los avatares de la diaria, a la incertidumbre, podía distanciarme de la enfermedad. Además, un viaje de mamá a España y Francia coincidiría con el mío. Los dos nos alejábamos de la escena del cáncer, aunque ella lo llevara en el cuerpo.

El acuerdo inicial con Sean fue pasar con él tres semanas y luego me reemplazaría el colega que me había ofrecido el trabajo. Debí pedir una licencia sin goce de sueldo en la revista que, igual, me resultaba conveniente.

Mi único miedo era enfrentarme al empobrecimiento de mi inglés. En la primaria y la secundaria había ido a un colegio bilingüe, el Highlands, con magros resultados: me echaron del turno tarde en tercer año —el que corresponde a la segunda lengua— y en quinto año no cursé el inglés optativo. Meses más tarde Sean me diría que casi no me había entendido en el Castelar.

El viaje empezaba con un vuelo a Córdoba. A las 8 de la mañana llamó al teléfono fijo de mi casa para pedir que saliéramos más tarde. No podía levantarse por la resaca. Cuando despegamos me mostró en la pantalla de su cámara digital imágenes de un hospital de Bariloche donde no había siquiera gasas.

En la ciudad de Córdoba se obsesionó con alquilar una moto para visitar el museo del "Che" Guevara en Alta Gracia. Todo un día en la ruta con escenas que no conducían a nada.

Al final de la tarde fuimos a las afueras de la ciudad para visitar a un hombre que Sean había conocido en Buenos Aires. Se abrazaron muy efusivamente para la cantidad de horas que llevaba esa amistad. El anfitrión nos hizo pasar al patio del fondo de su casa. Había un damero, varios perros rescatados de la calle, una mesa blanca de fórmica y tres sillas. Con la cámara encendida dio un largo testimonio sobre la vida en los márgenes y su militancia social. Habló, también, de la dictadura militar y de la picana eléctrica que recibió en su cuerpo. Por su edad, por la forma de contarlo y por la indisimulada búsqueda de agradar me pareció inverosímil. Se lo dije a Sean. Era el momento monstruoso en el que los periodistas establecemos qué es verdad, incluso el testimonio de un torturado.

Viajamos en micro de la ciudad de Córdoba a la de Salta y nos alojamos en un hotel del Centro. La primera noche empezó con las carreras de caballos de juguete del Casino. Apostamos 15 dólares sin suerte. Siguió en el distrito rojo en búsqueda de la aprobación de las profesionales para filmarlas. Sean veía una versión *shanty town* del distrito rojo de Ámsterdam. En este caso, mujeres que se ofrecían en casillas y toleraban el frío con la ayuda de unos canastos de chapa en los que quemaban carbón y ramas.

Terminamos en una peña folclórica con una viajera suiza comprometida con varias causas sin fronteras: desde el desarme nuclear a la protección de aves en extinción. Llevaba jardinero de jean, un pulóver de llama y una campera rompevientos. Se fastidió con la poca recepción que tuvo en Sean los temas de su interés. Los veía como potenciales documentales. Con el pasaje de la cerveza al whisky con Coca-Cola su malestar escaló.

—Nunca me contagiaré el cinismo de los periodistas —nos dijo en el taxi de regreso a su hotel.

La mañana siguiente recorrimos con Sean las afueras de la ciudad. La geografía montañosa le recordó un lugar muy familiar. "¡Esto es Kabul, esto es Kabul!", dijo excitado.

En un asentamiento de casas de madera y chapa los niños miraban dibujitos de *South Park* colgados del cable. El mes pasado dos adolescentes se habían matado jugando a la ruleta rusa. "Jugué tres veces", contó un joven sonriente en el sillón del cuarto en el que vivía con sus hermanos. Después nos enredamos en las preguntas posteriores sobre el tipo de arma.

—Pistola —dijo.

—Pistol —confirmó Sean y sumó una palabra a su español de treinta palabras.

Una pareja de ancianos discutió sobre la pertinencia, o no, de hablar a cámara. Sean quería mostrar que se llevaban las vísceras de una vaca. La mujer le pidió al marido que no lo hiciera, que lo estaban usando. Sean tardó poco en darle la razón. Muchas veces, como ahí, se sintió una porquería buscando unos pocos segundos de televisión. Hizo primerísimos planos de niños, adultos y viejos comiendo lo que rescataban de las bolsas de basura.

—A pesar de todo sigo peleando la vida —dijo un hombre de 30 años.

Antes de irnos Sean subió a una montaña de desechos para hacer su habitual comentario a cámara mientras la agarraba con la mano derecha. Era, en términos más actuales, una *selfie* hablada.

—No hay mucho para decir después de todo lo que vimos hoy —concluyó mientras pisaba chatarra, desperdicios y mierda.

De Salta cruzamos a Oruro, Bolivia, en un tren que atravesó 500 kilómetros en 18 horas. En la estación escuchamos los estruendos de los cartuchos de dinamita. Los mineros habían tomado la ciudad reclamando por la renacionalización de las minas de Huanuni. Protestaban contra la empresa inglesa All Ideals porque no había cumplido sus promesas iniciales y —según sus detractores— se había llevado las riquezas naturales a cambio de casi nada.

"¡Muerte al gringo!", gritó un grupo de mineros al ver a Sean. Le escribí apresuradamente una frase en español para ayudarlo a disuadir a eventuales agresores: "Vine aquí para conocer su lucha". Langan se confundió en el primer intento.

—Vine acá y no luchan —farfulló.

No pasó nada, pero se ofendió cuando al darles la mano no lo miraron a los ojos.

—Queremos que haya mil Bin Ladens —nos dijo sin arrugarse un dirigente minero que admiraba a León Trotsky. Esa frase hizo que invitaran a Sean, un par de meses después, al muy popular *talk show* de Oprah Winfrey el día que intentaron responder una pregunta de la era inaugurada por el ataque a las Torres Gemelas: "¿Por qué nos odian tanto a los norteamericanos?". Sean no se sintió a gusto en el programa porque le dieron poco tiempo para hablar y le negaron un pasaje en *business*. "Los mineros fueron más hospitalarios", me texteó.

En Oruro terminamos mezclados en los festejos por la nacionalización de las minas entre petardos, alcohol y hojitas de coca que masticaban los trabajadores. En el cuaderno de notas redacté una primera descripción presurosa de Sean para un perfil periodístico.

Conversador y algo narcisista, atribuía su impuntualidad rigurosa a su árbol genealógico: madre portuguesa y padre irlandés. Tenía, eso sí, algunos momentos de antihéroe y generador de situaciones absurdas. En una fiesta de lo que él llama "el ambiente groovie de Londres", Mick Jagger se acercó para conocerlo y averiguar en qué estaba trabajando. Langan respondió que en una serie documental sobre América Latina, y agregó una pregunta poco afortunada:

—¿Y vos qué estás haciendo?

—Tocando, contestó el músico.

La nacionalización de la mina en Oruro pasó al olvido cuando Sean se encontró con un dirigente de los cultivadores de la hoja de coca que disputaba voto a voto la presidencia de Bolivia: Juan Evo Morales Ayma. Un mes antes, el entonces embajador de los Estados Unidos en La Paz, Manuel Rocha, había anunciado que si Morales ganaba la elección, Washington suspendería toda ayuda a Bolivia, y había comparado a los cultivadores de la hoja de coca con los talibanes. Evo dijo que el embajador se había convertido en su jefe de campaña y le mandó de regalo hojas de coca. Aquel intercambio cobró un significado particular veinte años más tarde cuando Rocha fue condenado en Miami por haber sido espía cubano durante su carrera en el Departamento de Estado.

Inesperadamente Evo salió segundo en la elección: casi el 21 %, apenas 1,5 % menos que Gonzalo "Goni" Sánchez de Lozada, del Movimiento Nacionalista Revolucionario, y 721 votos más que Manfred Reyes Villa, de Nueva Fuerza Republicana. Como ninguno

de los candidatos más votados superaba el 50 %, la elección se definiría en el Congreso con el voto de los parlamentarios.

Cuando llegamos a La Paz los políticos de la vieja república tejían acuerdos en salones de hoteles, sedes partidarias y casonas amplias de la zona sur de la ciudad. Pretendían asegurarse que Morales no llegara a la presidencia. Lo pudimos ver gracias a la entonces acotada oferta de residencia transitoria y la endogamia de las elites locales. Nos alojamos en un hotel tradicional de la plaza Murillo que pertenecía a la Policía: nos encontrábamos con los principales negociadores a diario.

Veinticuatro horas antes de que el Congreso eligiera al nuevo presidente, me reuní con Morales en el bar contiguo al Torino, un hotel de mochileros de 2 dólares la noche donde también trabajaba el comando de campaña. Los extranjeros, en su mayoría rubios disfrazados de bolivianos pobres, no parecían al tanto de la votación. Había entrevistado por primera vez a Evo siete años atrás —en 1995 — y teníamos un trato regular desde entonces. Después de presentarle a Sean le pregunté si alguna vez había estado en la embajada de los Estados Unidos.

—Nunca. Y aunque no pedí la visa, nunca me la darían —contestó.

Le propuse que filmáramos la entrevista en la puerta de la embajada. En el trayecto me ofreció el cargo de embajador en la Argentina en caso de que lo eligieran presidente. Había tenido grandes dificultades para llenar las listas de candidatos a diputados: las completaron con conocidos de conocidos. Las embajadas quedaban más lejos aún.

Después de escuchar la traducción Sean quiso una embajada para él.

—No te conozco. Pero le digo al Martín que te llame, jefe —evadió.

En la puerta de la embajada un encargado de seguridad pidió nuestros documentos y retó al candidato con una frase meditada:

—Señor, usted no puede hacer política en la puerta de la embajada de Estados Unidos.

En la noche Evo conoció a Hugo Chávez. Hasta esa elección Chávez tenía mayores simpatías por el indigenismo radical de Felipe Quispe, a quien había financiado no tan discretamente.

Evo había esperado con ansiedad ese primer contacto que quedó registrado por la cámara de Sean.

—Los procesos revolucionarios no se decretan. Ustedes lo saben. Todo lo dice la Biblia. Todo tiene su tiempo… todo tiene su tiempo —le dijo Chávez.

—Muchas gracias, muchas gracias —contestó Evo con timidez.

Un día más tarde, Juan del Granado, alcalde de La Paz, se reunió con Chávez en su oficina y nos hizo entrar al final. Sean le contó al venezolano que todas las noches pensaba en el golpe de Estado que se había perdido. No pudo registrar las 48 horas de su detención hasta que logró recuperar la presidencia.

—Quiero contar lo que pasa en su país —le dijo en un tono solemne y formal que no le conocía.

—Viajen lo antes posible y ahí conversaremos.

Con el antecedente de su intento de golpe de Estado en 1992 y un proyecto personalista y continental Chávez sacudía el orden establecido y generaba gran interés fuera del país. Buena parte de la prensa venezolana era antichavista y el gobierno le daba acceso a la

prensa extranjera porque la veía menos hostil y, en algunos casos, afín.

Al caer la tarde del último sábado de agosto de 2002, Chávez habló ante cien mil personas en el Centro de Caracas. Ya de noche entró al salón Sol del Perú del Palacio de Miraflores, donde Sean y yo lo esperábamos para una entrevista formal de 45 minutos.

—Hola, muchachos, disculpen la demora —dijo y pidió un negrito, el café cargado que junto a las duchas rápidas y los caramelos de coco lo mantenían despierto hasta las 2 o 3 de la mañana.

Nos sorprendió el despliegue de seguridad que funcionaba, incluso, dentro del palacio. El responsable de detectar explosivos analizó las latitas de gaseosa que nos había dado uno de los mozos de Miraflores.

Sean quiso preguntarle a Chávez sobre sus referentes internacionales, ya que ese había sido un terreno accidentado para el venezolano. En China dijo que su revolución era la hermana menor de la de Mao; después elogió a Fidel y a Gadafi, y alguna vez declaró afinidad con el laborista británico Tony Blair.

—¿De quién se siente realmente cerca, presidente?

—Cada revolución tiene sus particularidades. Nosotros nos sentimos la hermana menor de la de China. En lo social, tenemos objetivos muy parecidos a la revolución cubana.

—Acaba de decir que se quedaría hasta 2013. ¿Por qué quiere quedarse tantos años más? —le pregunté

—¿Por qué? No es que yo quiera: no tengo la obsesión de ser presidente. Siento que es una obligación. Además, es una posibilidad que está en la Constitución. Soy un soldado y un servidor público. Estamos haciendo el piso y hay que construir las paredes de la

nueva casa, de la nueva patria. Tenemos que trabajar muy duro hasta el 2006 y luego entregaré el poder en 2013. En 2013 Dios sabrá.

(En marzo de ese año murió de cáncer en el hospital de Caracas).

Sean decidió no incluir la entrevista en la edición final. No le gustaban las formalidades del pregunta-respuesta y no conseguimos que declarara algo nuevo o disonante.

Cuando estábamos por guardar los equipos, Chávez nos dijo que nos veía muy cansados. Llamó a su edecán y le pidió que nos organizara un viaje a la paradisiaca isla Los Roques. Salió mi ser moral, el que aplica el reglamento de la BBC, aunque en ese caso no correspondía (el que había comisionado el documental era el Canal 4).

—Presidente, nosotros no podemos aceptar esa invitación. Preferimos acompañarlo mañana al *Aló, presidente* —dije y noté cierta sorpresa en Sean.

—Vénganse conmigo a los Andes —contestó Chávez, como sin reparar en lo que había ofrecido.

A las 6 de la mañana del día siguiente debíamos presentarnos en el aeropuerto La Carlota. Los empresarios de la IV República consideraban una provocación que Chávez usara la holgada flota de aviones y helicópteros oficiales en el aeropuerto porque durante décadas sus aviones privados monopolizaron el privilegio de aterrizar en la ciudad.

Esa mañana el Ávila, la montaña guardiana de Caracas, se había borrado del cielo por el agua, las nubes y la tormenta. Resignados a una cancelación, nos quedamos en una sala de espera que daba al estacionamiento del aeropuerto. Un Cadillac blanco que podría traer

a un basquetbolista de la NBA o a un embajador frenó en nuestro campo visual. T. bajó primero.

Leo mis notas de aquel día. Llevaba un vestido color piel, los rulos cuidadosamente desprolijos, una cartera crema en sintonía con su suéter negro. La acompañaban una rubia y un rubio que parecían sus subordinados.

Reviso ahora las fotos y encuentro algo distinto. Una mujer de menos de 30 años con una linda sonrisa. Consulto a una especialista en alta costura para confirmar que la ropa, al igual que los zapatos, eran estándares, que no combinaban bien los colores y que el suéter negro no debía acompañar a ese vestido.

Al entrar a la sala de espera T. nos saludó y nos dijo que trabajaba para *The New York Times*. Nos empezábamos a interesar por su vida cuando llegaron dos ministros de Chávez. Se abrazó con ambos. Le dijeron que la habían extrañado.

—Los he echado de menos yo también —contestó.

Mientras aparecían más generales, más ministros y más secretarios de Estado, T. los cortejaba y todos terminaron rodeándola, como en una rueda de prensa. La miraban a los ojos y le sostenían la mirada.

Un militar nos informó que el helicóptero presidencial no podría salir por el aguacero. Viajamos distribuidos en dos avionetas. Nos tocó con el secretario de Agricultura y con el secretario general de la presidencia. Hablamos de la reforma agraria, de la BBC y de T.

—El presidente le tiene una gran simpatía —dijo uno.

Fue la única frase que retuve.

Aterrizamos con unos minutos de diferencia. Antes de subir a los buses que nos llevaron al *Aló, presidente*, entre el tumulto y la

locura, dos manosearon a T.

—No me toquen, cerdos —les gritó con la cartera en posición de pegarles.

El programa que conducía el propio Chávez tenía una duración indefinida. Un domingo rompió la barrera psicológica de las 8 horas. El jefe de Estado hacía una suerte de gobernanza en vivo: desde ahí les daba órdenes a sus ministros, hablaba de los más diversos temas de la vida cotidiana, conversaba con personas de a pie previamente seleccionadas o con celebridades y, en noviembre de 2009, le declararía la guerra a Colombia.

Ese *Aló, presidente* se transmitió desde el estado de Trujillo. El gobierno instaló el miniestudio de televisión en el ingenio azucarero de un hijo de Galicia fascinado por la revolución bolivariana. "Alerta, alerta, alerta que camina / la espada de Bolívar por América Latina", cantaban las personas agolpadas en las rejas de entrada.

El presidente habló durante 5 horas, atendió llamados de los oyentes y después de recibir a una delegación de San Francisco cantó "Imagine", de John Lennon. Presentó el trabajo de su gabinete y disertó sobre el jugo de la caña de azúcar.

Tuve que pensar la primera pregunta que iniciara un diálogo con T. y que se extendiera hasta subir al auto que nos llevaría al aeropuerto. Los trujillenses —un gentilicio que aprendí ese día— saludaban el paso de Chávez en la orilla de la carretera. En una curva una anciana con pelo blanco tupido y camisón floreado se asomó a la ruta con ayuda de muletas ortopédicas. El presidente bajó a darle un abrazo.

—Esto es conmovedor —dijo T. en voz alta y me aclaró en voz muy baja y al oído que ella era de derechas.

En la pista de aterrizaje lo esperaban soldados formados —algunos camuflados— y oficiales del Ejército. Chávez se dio un tiempo para saludarlos uno por uno. En una pequeña libreta hizo anotaciones con un lápiz.

El interior de su Airbus tenía un dormitorio con una acuarela de Bolívar y una clase turista para unas sesenta personas donde predominaba la cuerina blanca con detalles en dorado. No había esfuerzo alguno en disimular su aire saudí.

Después de aterrizar en el aeropuerto internacional de Maiquetía, los responsables de la logística nos indicaron que el presidente tendría una deferencia con la prensa internacional: el helicóptero presidencial nos transportaría a La Carlota. La prensa internacional había quedado reducida a Sean, T., sus dos asistentes y yo. Nos sacamos una foto en la escalera del helicóptero a modo de recuerdo.

Los pilotos le informaron a T. que no podía viajar en el asiento con el escudo patrio.

—Ahí solo se sienta el presidente.

Mientras mirábamos por la ventana y Sean tomaba imágenes de las nubes, vi de reojo una mueca en la boca de T., como de melancolía dominical.

Al llegar a La Carlota propuse que comiéramos juntos. T. nos invitó al departamento en el que vivía con sus asistentes. Sean desistió.

A eso de las 9 de la noche abrió la puerta sin maquillaje y vestida de entrecasa, con jeans, buzo con capucha azul y zapatillas blancas.

Nos sentamos en los sillones del living y empezó por el principio.

Nació en Roma, de madre catalana y padre andaluz, se crio en Sevilla en una casa con costumbres conservadoras y añoranzas de Francisco Franco. A los 18 se mudó a Madrid para estudiar

Economía. Dijo que era de derechas por la gran influencia que había tenido su padre.

Pude entender mejor su trabajo. Tenía a su cargo el equipo de Caracas de una empresa dedicada a hacer *advertorials*, suplementos de publicidad para diarios como *The New York Times*. Esos especiales de ocho o dieciséis páginas, consagrados a un país distinto, eran, en realidad, una excusa para buscar publicidades que llegaban a cobrarse 50.000 dólares la página. Debía entrevistar al presidente, a los empresarios más importantes, a gobernadores y a los ministros y secretarios de Estado de áreas con presupuesto.

Chávez funcionaba como su aliado. En el primer encuentro que tuvieron, después de una conferencia de prensa, le dio una Constitución en formato bolsillo. T. le contó que se proponían hacer un especial de Venezuela y el presidente le pidió una tarjeta. Esa misma noche se comunicó sin la intermediación de asistentes o edecanes para invitarla a viajar con él. En un mes y medio hicieron cinco vuelos internos y uno a Guayaquil. Cuando no estaba en las comitivas oficiales, T. visitaba una ciudad distinta del país en busca de entrevistados que fueran potenciales anunciantes.

Era la jefa enérgica del equipo integrado por Sara, una canadiense de familia de millonarios sin antecedentes laborales; Daniel, un periodista español con diez años de oficio, y Pedro, el chofer del Cadillac blanco. "Pedro nos comentó muy apenado que la señora que limpiaba la casa me hacía vudú y la tuve que sacar", contó T.

Su empresa empleadora les pagaba muy buenas comisiones y les daba un estándar de vida alto: en la filosofía de los accionistas, explicó, los empleados debían estar al nivel, al menos en apariencia, de aquellos señores y señoras que entrevistaban. Por eso los

alquileres en zonas residenciales, y la sugerencia de frecuentar los restaurantes y bares en los que se cruzaban con clientes y potenciales clientes.

Nos distrajo el *delivery* que llegó con una grande de pepperoni de Domino's Pizza y una Coca-Cola sin azúcar. Mientras servía pude ver el cambio de sus gestos. Había un dejo de tristeza, parecida a la melancolía del helicóptero. Su estado de seducción activa parecía aplacado.

Sean me esperaba en El Cid, nuestro hotel español de Caracas, con un baño de realismo.

—¿A que te gusta mucho y no le dijiste nada? —preguntó.

Pude ver ese estado de enamoramiento súbito: en menos de medio día una persona a la que no conocía y con la que hablé a solas unas pocas horas se había convertido en el centro principal del mundo. Como si todo el resto hubiese quedado en pausa.

—Entre el presidente caribeño y sexy de un país petrolero y un *fixer* argentino de 25 años y con pecas, la chica no puede tener dudas —concluyó.

Fixer es el modo peyorativo de llamar a los productores locales. Quiere decir, literalmente, el que arregla cosas.

Tres. 2019. Diario de enero. Nueva York-Montreal-Los Ángeles

Enero, 1. A una parada de subte del aeropuerto consigo wifi y gugleo.

Cómo olvidar a una mujer que te dejó

Cómo olvidar a una mujer lo más rápido posible

Cómo olvidar a una mujer para siempre

Cómo olvidar a una mujer en 17 pasos (fotos)

El sitio más serio responde a una pregunta: ¿qué hacer cuando tu pareja te deja?

1. Acepta la situación.
2. Céntrate en ti.
3. Rodéate de amigos y evita aislarte.
4. Mantente activo y distraído (practicar deporte, ir al cine).
5. No te culpes. Nadie muere de desamor.
6. Abandona el rol de víctima.
7. Acude a terapia psicológica.

Cuando aparece la publicidad de la profesional decido no llamar.

En un café a pocos metros de Penn Station me encuentro con Camilo, mi hijo de 8 años, nacido en Nueva York, criado en Buenos Aires. Come humus y toma limonada con sus tíos. Hacemos compulsivamente planes para los días por venir. La ruta dulce (*cupcakes*, *cannoli*, *cheesecakes*, *muffins*, torta de zanahoria) y el

turismo convencional (Museo de Ciencias Naturales, patinaje sobre hielo en el Central Park, zoológico del Bronx, calesita de Brooklyn, museo del 11 de septiembre, Museo Metropolitano, hockey sobre hielo en el Madison Square Garden, musical en Broadway).

Enero, 2. Mientras termino de guardar nuestra ropa en los armarios y ordeno el departamento en el que nos quedamos, sigo las conversaciones con N., casi todas con el espíritu de la escalera. Mis frases pretenden ser hirientes y punzantes. A veces pierdo el control.

Cuando nos conocimos en un cumpleaños armamos un temario inconexo: las peleas de una pareja de conocidos, los dobles en el ping-pong, los hijos, el mazapán. Las semanas siguientes, por WhatsApp y más bien tímidamente, empezamos a perder la pereza de contar la propia vida para adornarla e incluso mejorarla.

N. estudió Derecho, trabajaba en un estudio tributarista hasta que decidió un cambio contundente: dedicarse a la cerámica, una de las ramas del arte en las que llevaba años de aficionada. Tiene dos hijas con su exesposo, también abogado, y es sobrina nieta de un presidente boliviano. Su árbol genealógico nos dio horas de conversación y un viaje por el oriente del país.

Le mandé la primera foto desde un casino —una acuarela de una Gioconda de la ruleta— y me mandó una con las griferías de su bañadera. Había redecorado la suite de una de las casas de Moritz Hochschild y se había quedado con las llaves de agua antiguas de uno de los tres "barones del estaño" de las décadas de 1930 y 1940.

La novedosa promiscuidad que N. conoció después de la separación empezaba a agotarse. Había tenido largos noviazgos desde sus 12 años, un matrimonio de quince y ese trimestre novedoso. Llegué cuando intentaba retornar al viejo orden.

N. era alegre y vital. Se despertaba siempre radiante y celebraba la fortuna que compartíamos por habernos conocido. En la ira por contraste con el exmarido yo salía victorioso. Enseguida quedamos enredados en rituales que me resultaban ajenos: pasábamos horas en su velero. N. explicaba historias de nudos, de vientos y de tormentas. Nunca dejé de ser un pasajero que no podía ayudar en casi nada. Ella navegaba. Yo escuchaba.

Cami mira *Jorge, el curioso* y yo intento delinear a N. para que se vea. Para que los demás la vean, pero también para volver a verla. Su estatura media, el pelo brutalmente negro; su vindicación como mestiza; sus 40 congelados en los 28 gracias, decía, al tenis durante el año lectivo y la natación durante el verano. Para vestirse solo importaba —me aleccionó— la calidad de las telas y no salir del blanco, el negro, el azul o los jeans clásicos. Nada de buscar atención con colores llamativos o cortes rebuscados. Alguna vez pensé que era el discreto encanto de la aristocracia y ahora ya no sé qué es.

N. tenía algo con el talento. Cuando pronunciaba la palabra se le hinchaba una de las venas de la frente. Vi cambiar las facciones de su cara cuando alguien le colgó ese adjetivo: quería ese elogio, que la vieran talentosa (también inteligente). Descontaba que la anotaban como linda, algo casi heredado, sobre lo que no tenía responsabilidad.

Nos unía el desconcierto después de la separación. Habíamos salido de una órbita familiar de muchos años y podíamos compartir esa rutina diaria con el agregado de la clandestinidad, ese éxtasis.

No podía hablar de esa vida pasada. Me negué a despedirla como correspondía, seguramente llevado por la emoción de la novedad, de N. y el mandato de renunciar a cualquier tipo de nostalgia.

El viaje con mi hijo es la primera vacación larga después de la separación. Ya de noche, repasamos los hitos del día: Museo de Ciencias Naturales, *bagels* en Murray's y *cheesecake* en Junior's. Cami cae rendido, tomo el miligramo de Rivotril —una novedad de este tiempo— y duermo 6 horas.

Enero, 3. Entro en una espiral en el zoológico del Bronx. Como los bebederos están secos porque el frío congeló el agua me cuesta tragar la pastilla rosa del tamaño de una uña. Es la primera vez que la tomo de día.

Lloro frente a los lémures, a los cocodrilos, a los pingüinos, a los tigres, a los mandriles. A todos les quiero mostrar mi devastación. El mundo animal observa la descomposición del hombre en un zoológico.

A la noche cocino risotto vegetariano. Vemos una serie sobre el Sunderland y su descenso en el fútbol inglés. Cuando un fan enojado por la decepcionante campaña le grita puto al entrenador, Chris Coleman le contesta con la cantidad de hijos que tiene: seis. Esa virilidad en la reproducción me provoca una admiración desconcertante. También me gustaría ser padre de seis hijos.

Enero, 4. Hoy es el cumple de N. No la llamo, no le escribo. Mi victoria módica en el vendaval.

Repaso el largo vómito del 25 de diciembre. La noche en la que dijo que no quería ninguna responsabilidad mayor que sus hijas, que quería caos y no orden en su vida, que pretendía andar liviana, que planeaba irse de vacaciones con una amiga.

Todos los días vuelvo a ese día, a esa noche, el nuevo a. C., d. C.

Me propongo dejar de tomar la medicación el 27 de enero. Un mes con Rivotril, un mes sin alcohol.

En diciembre llevaba una vida supuestamente normal. Tenía una novia, un hijo, un trabajo. Ella me quería bien, íbamos al cine, jugábamos al tenis y al ping-pong, navegábamos y viajábamos, nos escribíamos con alegría a cada momento y planeábamos ir a vivir juntos.

Habíamos armado, en realidad, un cronograma de veinte años juntos, el plan quinquenal del amor, pero multiplicado por cuatro. Nos creíamos suficientemente maduros para descartar la eternidad, pero la confianza desbordante nos hacía suponer que los veinte años eran un techo razonable. Programamos, también, un retiro temprano cerca del agua y de un muelle para que pudiera navegar, con la promesa de volver a sus clases de viola da gamba.

Enero, 5. Con Cami caminamos 2 horas desde el Central Park hasta el museo que recuerda el atentado a las Torres Gemelas. Compramos ropa deportiva en Century 21, el templo de los descuentos. Cami se lleva involuntariamente un buzo de Los Angeles

Lakers y nos damos cuenta al llegar. En las vacaciones revisaremos ese episodio unas diez veces.

Cocino trucha con *couscous* y pasas de uvas. Jugamos al ajedrez, tenemos una guerra de almohadas prolongada. Nos reímos hasta quedar sin aire. Abraza sus dos peluches y se duerme. Lo abrazo y me duermo con relativa paz.

Enero, 7. Escribo una primera frase.

La separación me torció.

Un largo párrafo y un remate.

Todo esto para decirte que no quiero que nos veamos, ni que hablemos, ni que me cuentes.

Nunca mandé ese e-mail. Ella nunca me escribió.

Salimos con Cami a dar una vuelta a pesar de la lluvia. Cuando volvemos cargamos bolsas de supermercado.

Enero, 8. El viaje con N. por el oriente de Bolivia llevó semanas de planificación. No solo por las cuestiones logísticas y de fechas. Con el tiempo entendí que N. se sentía más a gusto con la narración de su linaje, con los intentos por armar un árbol genealógico e incluso una memoria audiovisual que con destinarle tiempo y afecto real.

Llevaba ya casi diez años sin visitar Bolivia, se comunicaba muy esporádicamente con su familia y el árbol estaba en pausa.

Alquilamos un auto en Tarija y emprendimos la travesía hacia la Chiquitanía con la ciudad de Santa Cruz como destino final del primer día. Pasamos de la aridez inicial a la zona de vides, montañas y ríos con escalas breves en la Garganta del Diablo y la Puerta al Infierno Verde. N. anticipaba cada accidente geográfico, cada bifurcación y me pidió que la acompañara en el rezo cuando atravesamos una zona cubierta de cruces, por los autos y buses que habían desbarrancado. Almorzamos en Camiri después de una recta asfaltada llena de mariposas que luego quedaron estampadas en los vidrios y las llantas del auto.

De Santa Cruz en adelante nos centramos en los encuentros con los artesanos. Le dieron sugerencias sobre los usos del barro y el agua, algunas advertencias sobre la temperatura del horno, que no entendí. En la Chiquitanía una mujer la empujó a expandir su horizonte con los trucos de la artesanía tallada en madera. A N. le interesa más asimilar las recomendaciones de orden práctico y se fastidiaba cuando le hablaban de las cosmovisiones del mudo indígena. Sacaba fotos para ella, para el Instagram, para la posteridad con la certeza de que en ese viaje recobraría la historia familiar.

Nunca habíamos pasado tantos días juntos y no recuerdo un solo momento de pesadez o incomodidad. Nos turnábamos para manejar y ella cantaba efusivamente en italiano y en francés para sumarle un poco de extrañeza a la escenografía del oriente.

Contó escenas de infancia entre los cebiles y momoquis de la finca de San Javier, en las excolonias jesuitas donde los instrumentos

ayudaron a la colonización y donde recibía la exigencia de estudiar viola da gamba y atender al festival de música barroca. También volvió a uno de sus trípticos: las historias de su tío abuelo presidente, la separación de sus padres y la vida partida entre Madrid, Buenos Aires y un petit hotel en Santa Cruz.

En uno de los últimos desvíos llegamos a un descanso húmedo, El Salto. N. se sacó la ropa y se tiró en una lagunita en bombacha y con el pelo recogido en dos trenzas. Antes de zambullirse le saqué una foto vertical con su cámara. Es el póster de aquel viaje, una de las imágenes que se salvaron de los *delete* masivos y aún viven en el Drive. Es ella de espaldas en El Salto y también una publicidad de crema de enjuague o una invitación de la oficina de turismo departamental a sumergirse en el oriente del mal llamado país del altiplano.

Después de ese viaje N. empezó a mandarme fotos pudorosas que aún puedo recordar. Un autorretrato desde una camilla de masajes con su cara en primer plano, otra con jeans y una remera del Milan muy ajustada para sus parámetros, una de su dildo con cable, pero no en el momento de uso. Las mías eran aún más pudorosas: *selfies* mal enfocadas, sin filtros; en general en la cama, tendido, todo tapado.

La intimidad era recíprocamente controlada, con el miedo a no importunar, a no habilitar desbordes ni nada que estuviera fuera de los convenios de lo que los colombianos llaman "el amor vainilla". Usábamos Prime, nos cepillábamos los dientes y nos dormíamos. No nos contagiaríamos de nada, no tendríamos hijos, aunque yo quería tenerlos. Su reproche fue un despertar:

—Si querés que tengamos hijos, el forro no ayuda.

N. sacaba fotos de nuestra cotidianeidad. De las manos, salteando cebollas, en lo más alto de una roca en una playa de la costa, en un intervalo de un partido de tenis mientras comentábamos las inclemencias del viento.

Me hizo ver varios clásicos del cine con un proyector sobre una de las paredes de su dormitorio. Fuimos regularmente a salas comerciales y una vez a una no comercial a ver una película en la que había hecho un bolo. Una noche la pasé a buscar por su casa con el plan de ir a la mía y bajó vestida para jugar al fútbol: shorts y una camiseta de San Lorenzo sin número. Propuso que fuéramos a un albergue transitorio. En esos casos reía con toda la cara. Luego los dos volvíamos mansamente al protocolo.

Enero, 9. Con Cami no tomamos subtes. Con la excusa de los tres grados bajo cero y las ingestas calóricas —almorzamos *cheesecake* de Junior's, merendamos *cannoli* en Veniero's y cenamos *dumplings* en Chinatown—, vamos caminando a cada posta turística. La jornada termina en *School of Rock*, el musical. Es un recorrido seguro y conocido: la *Time Out* y la *Lonely Planet* me protegen de descarrilar.

Hablo casi a diario con mi amigo Dorián. Nos hemos acompañado en casi todo desde que teníamos 4 años, especialmente en las separaciones. Conoció a N. y adelantó posibles dificultades. La veía cambiante, muy tomada por su juicio de divorcio y con un simulado desinterés por la holgura económica. No tomé nota, como si la épica del amor total no pudiera recibir una interpelación.

Enero, 10. En el Central Park Cami anda en bicicleta sin rueditas por primera vez en su vida. Su felicidad me endereza.

Después caminamos cuatro horas y media. Hablamos del Mundial de Rusia como expertos, hasta agotarnos, y pasamos al cronograma de dulces, la Revolución francesa, los países que conoce. Recuerda su viaje a Shanghái a los 6 años como sinólogo: el zoológico con pandas, el tren a Pekín a 400 kilómetros por hora, los desayunos de sopas y raviolones. Por momentos habla solo mientras camina.

A la noche visitamos a una pareja de amigos —Pamela y Tom— en su casa de Harlem. Cocinaron pasta con langostinos. Pamela cuenta de la red contra el racismo en la que participa y Tom le explica a Cami en qué consiste su trabajo en una fundación. Me pregunto obsesivamente cómo hubiese sido esa noche con N. ahí, una manera de recordarme que no sé tanto de sus modos en público, que interactuábamos poco con otras personas, que vivíamos en un capullo protegido.

Antes de la medianoche salimos al Harlem más gentrificado. Puedo, finalmente, llorar. Cami recuerda el glorioso día de bici, la pelea que tuvo en un avión con un señor que se quejó porque no lo dejaba dormir, el buzo no pagado de los Lakers.

Veo tipos pesados que vienen en nuestra dirección. No bajo la mirada, ni les digo *hi*. El dolor agranda.

Mi amiga Flor me manda un mensaje de texto.

No sientas tanta piedad de vos. Reaccioná, carajo. Estás rodeado de gente que te adora. A ver si te enganchás con eso, que es bien difícil en la vida, y no con la melancolía de haberte enamorado de una persona dañina. Dejá de pensar que sos un desgraciado porque

te dejaron. ¿Cómo alguien osa rechazarte y hacerte daño una vez que vos te dignás a entregarte? Sos un gordo común y corriente al que una tarada dejó.

Encuentro alivio en los minutos previos a acostarme: el cuerpo cansado de caminar, el posible efecto de la pastilla.

Enero, 11. Hay excepciones como esta madrugada: el Rivotril no funciona. Toda la noche con el zumbido de N.

Cami desayuna chocolate caliente con cereales de canela y yo, una banana y un café. Volvemos al Central Park para un nuevo día de bicicleta.

Lloro al hablar de papá. Nunca le termino de decir cómo murió. Y él nunca termina de preguntar. Cami me dice que es bueno llorar. Que yo le dije eso una vez y él está de acuerdo.

Le cuento que su abuelo tenía una frase para los que protestaban por perder un partido de fútbol: a llorar a la llorería.

—¿Y dónde queda la llorería? ¿Podemos ir cuando volvamos a Buenos Aires? —me pregunta.

Antes de que encuentre una respuesta, empieza a pedalear. Durante media hora corro a la par en jeans y con la mochila cargada de bolsas de pasas de uva, almendras y el diario de papel.

Mañana volamos a Montreal. Un dolor para privilegiados y con el dólar a 38 pesos. El año pasado este diario hubiese tenido la cotización más conveniente de 17 pesos por dólar.

Enero, 12. N. tenía una jactancia: haber dejado un estudio especializado en derecho tributario —y un sueldo y un bono convenientes— para entregarse a la cerámica. Donó su biblioteca de abogada, le dio a una de sus socias lo que ella llamaba "trajecitos de audiencias", quemó expedientes y papeles en el campo para hacer una fogata y le regaló el título al padre con la condición de que no podía colgarlo. Sepultó con alegría esa vida, con la seguridad de que nunca más la nombraría ni la revisitaría y ni siquiera contaría anécdotas ni chistes de abogados. Me provocaba admiración y, por contraste, recordaba mi culto a guardar una memoria profesional con fotos y expedientes, credenciales de acreditaciones, cajas y cajas de recortes de diarios que no me resignaba a tirar.

Como un rechazo instintivo a las sobreinterpretaciones —a preguntarme, en este caso, las implicancias de ese cambio drástico de N.— no me sonó ninguna alarma. Ni pensé que ese cambio podría ocurrir en otros rubros, como el que me incumbía directamente.

Uno de sus novios de antes de casarse era un cineasta que yo admiraba. Fuimos con N. a mirar su última película al shopping Abasto y pagamos las entradas con el descuento del 2×1 que daba la tarjeta del diario *Clarín*. Fue una manera de mancillar su obra.

—¿Por qué se separaron? —le pregunté.

—Un día decidí irme —dijo N.

Y se fue.

Aunque me he dedicado a preguntar y repreguntar, no repregunté.

Dejo la computadora y en el subte al aeropuerto escribo en las notas del celular la secuencia que va desde la última vez que dormimos juntos hasta la charla final. Es la disección del detalle del

detalle para encontrar la cifra que resuelva el enigma de su abandono. En el vuelo de 2 horas pienso que va a escribir para proponer volver el tiempo atrás. Que todo lo que pasó estas dos semanas no había ocurrido. El pensamiento se confunde con el sueño de la duermevela, entre la turbulencia. Abro el celular, ya en tierra canadiense, esperando ese mensaje. Pero no. Dos amigos me preguntan cómo estoy.

Camino con Cami por la ciudad vieja de Montreal con cinco grados bajo cero. Intentamos no resbalar con la escarcha. Cuando se termina de ir el sol comemos crepes de queso con chocolate caliente. Cami tiene a su cargo la comunicación en francés. Compramos entradas para ver un partido de hockey sobre hielo, un nuevo deporte en su vida multideportiva.

Nos quedamos en el Garden Inn, un hotel con pileta climatizada. Subimos al undécimo piso para correr en la cinta, andar en bici y nadar.

Cami se sumerge en la pileta y nada, por primera vez, de lado a lado. Es uno de los grandes pendientes desde que tuvo un accidente con una canoa a los 4 años. Mando el video a mis amigos y un par lloran. Yo también. Lloro por la mujer que me dejó, por las hazañas de mi hijo: andar en bicicleta y nadar por primera vez. Todo se volvió un festival del llanto.

No sacamos una *selfie* en la pileta. Cami luce olímpico, como el clip de Jimmy Cliff de "I Can See Clearly Now".

—Pudiste a pesar del miedo —le digo y escucho una frase de autoayuda dirigida a mí. Cami no me presta demasiada atención, muy tomado por el festejo de sus largos en estilo perrito.

En el supermercado compramos productos de pícnic para comer en la habitación mientras miramos hockey sobre hielo. Antes de dormir Cami llora porque extraña a la mamá y a los primos. Me pregunto si lo habré contagiado.

Mientras se disuelve el Rivotril, las facciones de N., que por momentos se habían borroneado, recuperan nitidez. La vuelvo a ver: sirve té de una tetera azul, manipula plastilina. Me despierto a las 4 con dolor en el pecho y tomo media pastilla. A la mañana, aún con el químico en el paladar, no puedo determinar si pesa más lo que seda o lo que duele.

Hago un café y sirvo un bowl de cereales para Cami. Se levanta de buen humor. Dice que no puede creer que estemos en Montreal, que nunca estuvo tan al norte.

Le escribo a Flor para contarle que acabo de cumplir 6 horas sin llorar. Mis nuevas proezas.

En el vagón del subte miro a otros cinco pasajeros con atención. A todos les pasó lo que me pasa. Soy uno más al que alguien dejó. Una estadística con las particularidades de América del Sur. Y aunque no haya sido la primera vez que me dejaron, nada de la experiencia acumulada ayuda a mitigar el hecho. Como si fuera la primera vez por quinta o sexta. El Año Nuevo de los perros que cada 31 de diciembre vuelven a asustarse por los fuegos artificiales.

Vamos a cenar a la casa de una familia canadiense-chilena. Comemos sopa, pizza y torta de chocolate. Hablamos del clima, del grupo Los Prisioneros, de la vida en Canadá. Cami ilumina la noche con sus comentarios y preguntas. Un hermoso angelito.

De la casa a la estación Monk solo nos concentramos en minimizar lo más posible los diez grados bajo cero. Al bajar la escalera

mecánica puedo llorar sin que me vea.

Enero, 13. En el principal estadio de la ciudad no consigo retener los nombres de los equipos de hockey sobre hielo, ni seguir el juego con la atención que se merece.

Repentinamente, durante el descanso, pienso en el turco Jonatan Madero, un empresario hotelero y amigo de N., exaltando sus creaciones, mandándole clientes, sumándola a su *showroom* de Golden Isles, Miami.

Frente a los hombres y las mujeres de dinero, como Jonatan, N. potenciaba la que consideraba su mayor virtud: la empatía. Participaba en el juego de los accesos rápidos porque era más fácil que el de los caminos más lentos de becas, aplicaciones y concursos. Además, había perdido su juventud en los tribunales.

Su tía, funcionaria empinada de todas las secretarías de Cultura de los últimos treinta años, la pegaba a las celebridades del mundo del arte que traía a la ciudad de Buenos Aires. N. les daba simpatía, atención, un manejo perfecto del inglés, el italiano, el francés y el exotismo de enseñarles los básicos del quechua que aprendió con su niñera de infancia. Cuando eran hombres, en general, avanzaban, pero siempre recibían un no tan cordial que no se sentían desahuciados. Les proponía la amistad del arte, contar con una amiga en la lejana Buenos Aires. Le dejaban promesas de reencuentros, de colaboraciones, esa palabra que luego mudó a las *colab*. Esas nuevas amistades —que indefectiblemente se diluían— incluían también a mujeres. Su nueva mejor amiga —una galerista de Boca Ratón— le prometió una sala entera con sus cerámicas.

Sus amigas eran las del colegio. Como Anabella, con la que formaba una pareja igual de extraña que la de Werner Herzog y Klaus Kinski, los enemigos íntimos del cine alemán. N. y Anabella competían por todo: por los lindos del Cristoforo Colombo, por el número que les había dado el test de inteligencia de la IQ, por la cantidad de libros que habían leído y la cantidad de veces que cada una había visto *Amarcord*. El rubro profesional estaba exento de la competencia —Anabella era artista plástica— hasta que N. dejó la abogacía. Se contaban las ventas de obras, los ingresos, los galeristas que las llamaban y los que no, los *likes* en redes, las posibles exhibiciones. Se entregaban, en paralelo, a melosas confesiones de amor y aun amagaban con concretar la promesa de tatuarse la misma frase del Dante en el pie izquierdo: "La flecha del destino, cuando se espera, viaja lenta".

Casi no se veían. Anabella vivía en Roma y estaba muy tomada por la relación tormentosa con el marido, rara vez pasaba por Buenos Aires. Dijo algo de mí que me ofendió: que hablaba con una papa en la boca, que era un chico de zona norte. Hasta entonces nadie me lo había dicho. El efecto fue inmediato: comencé a hinchar por N., con la misma bravura que N., en cada uno de los rubros de la competencia entre ellas. Y, también, me empecé a escuchar con más atención, a registrar palabras o entonaciones del lugar del que vengo.

Me duermo con la pregunta más urgente: ¿cuándo termina el dolor? Ruego no tener nunca más un intercambio y encontrar un cierre, el final. Sigo redactando en mi cabeza esa carta que pretende ser hiriente, deletérea, digna, definitiva. Mi prima María me dibujó una vez como un oso sangrando por una daga. El animal herido

ataca a ciegas —lo agredan o lo ayuden— porque teme al mundo entero por igual.

Imaginé a N. con un joven profesor de arte, que no la va de novio, pero comparten la afinidad por la pintura. Debe sentir algo de culpa, me invento. Aplicó la misma función que a su marido: finalizar.

Enero, 14. Me despierto en un estado de inesperado optimismo y hasta imagino una próxima relación con una mujer que conocí en la Feria del Libro de Bogotá el año pasado. Empiezo a armar esas casas prefabricadas.

Con Cami caminamos 30 minutos hasta una gran rueda que permite tener una vista aérea de Montreal. En el patinódromo contiguo me largo a la pista sin estilo, pero con una temeridad que lo sorprende. Él va lento, por el medio y con los cachetes enrojecidos por el frío.

Visitamos un centro de ciencias de experimentos y manualidades. A las hijas de N. les hubiese encantado. Pienso en situaciones de los cinco juntos. Pocos meses atrás ella me preguntó si no era mucho sumar tres personas a mi vida. Le contesté que no.

A las 6 de la tarde conocimos la supuesta ciudad subterránea de Montreal: un mall con cielo raso de vidrio que permite tener esa idea. La primera decepción.

En el diálogo imaginario del día, N. reaparece culposa para preguntarme cómo estoy o directamente pidiendo una reconciliación.

Son las 7.28 en Montreal. Cami me espera para la sesión larga de cinta y pileta.

Enero, 15. Repito como un loro triste: escribo esto para no olvidarme de este dolor. Imagino fórmulas pavotas. Si su amor fue verdadero, en algún momento querrá volver. Si no quiere volver, es porque todo lo que suponíamos real no lo era para tanto.

A la tarde del último día en Montreal, con catorce grados bajo cero y sol radiante, aparece la autosuperación deportiva: no le escribí para su cumple, no le voy a mandar esa carta final en forma de e-mail y la voy a ignorar para siempre.

Enero, 16. En el vuelo de Montreal a LaGuardia contamos los llantos: le gané 5 a 2.

—No tiene nada de malo llorar —insiste.

Me pregunta si prefiero dormir solo o acompañado y por qué le sigo diciendo marcador de punta a los laterales.

Es un gran compañero de viaje: hablamos mucho, nos reímos, discutimos, pocas veces cantamos y casi siempre me toma el pelo. Es uno de los mayores incentivos que ha recibido de mi parte.

En Penn Station nos despedimos con un abrazo y se va con su mamá.

Camino hasta el departamento en el que habíamos vivido para devolverle la llave a la inquilina que nos subalquiló y llevarme un par de cosas. Nos compartimos las desgracias actuales. Llora al recordar su historia con un alcohólico. Se mudó a Nueva York por él y por trabajo. Pero una noche, en la que mezcló alcohol y pastillas, ella decidió irse.

Cuenta la historia de una amiga de 60 años. Que perdió la virginidad a los 48 con un casado. Que nunca estuvo enamorada. Que no le ha pasado mucho en la vida.

Enero, 17. Dejo plantados a Priscilla, una profesora de la New York University con la que tomé clases de inglés escrito, y a su marido, Enrique, que me esperaban con comida y una cama preparada. Una desatención horrible. Llego a Washington Square a las 12.30 y ni siquiera puedo comer lo que me guardaron. Me cuesta dormirme, y cuando lo consigo sueño con N., contenta, expansiva, organizando clases de regata para los dos.

Me despierto a las 5.30 pensando en ella en uno de los teleféricos de la ciudad de La Paz con un tipo de nuca rapada y tatuajes inspirados en la obra de Paul Cézanne.

Desayuno con Enrique, Priscilla y Anna, su madre de 98 años. Anna canta día y noche. Un par de madrugadas atrás salió desnuda a interpretar la ópera *Carmen* por los pasillos del edificio. Está senil.

Comemos pan con pasas de uva, papayas y café negro. La madre de Priscilla empieza a cantar, y yo, a llorar. Se terminaron las barreras del pudor. Seguimos desayunando.

Falta poco para volar a Los Ángeles.

Con N. habíamos planeado ese viaje juntos. Nos encontraríamos en la ciudad, iríamos a Las Vegas a casarnos y seguiríamos hasta un gran cañón. Consultamos hoteles de casamientos y de casamientos exprés. Jugábamos a casarnos. Como dos chicos, como dos idiotas.

El día después de que me dejara empecé a gestionar la anulación del viaje para volver directamente desde Nueva York. Pero el cambio

costaba 3000 dólares. Otra opción, por 600 dólares, era ir de Nueva York a Londres, pasar 12 horas y luego volar a Buenos Aires. O acortar la estadía en Los Ángeles: a un día costaba 1700 dólares; a dos, 580. Opté por lo último.

Después de nuestro encuentro final, N. nos mandó un e-mail a mí y a su agente de viajes en el que decía que yo podía usar un pasaje que ella tenía, un NYC-BUE que vencía. Le había dicho que no, en persona, ese día de la despedida, pero ella insistía a través de su agente de viajes. Le contesté solo a él que no. Que gracias.

—A personas como esa chica hay que aceptarles el dinero —me reprochó Priscilla.

Hubiese sido mucho más barato y conveniente sufrir en pesos argentinos. Caminar por el Perito Moreno deseándole la muerte producto de un derrumbe o por deshidratación en los cerros de Catamarca. Pero armé un tren fantasma del dolor y el llanto en dólares.

Enero, 18. Estoy en la puerta B37 y recuerdo la final de la Copa Nacional de 1978 entre Independiente y Talleres de Córdoba. El árbitro echó a tres jugadores de Independiente y los ocho que quedaron en la cancha amagaron con irse. Creían que estaba comprado.

José Omar Pastoriza, el entrenador, los detuvo y les soltó una frase luego mitologizada:

—Vayan, sean hombres, jueguen y ganen.

Las posibilidades parecían remotas: debían hacer un gol contra esa adversidad.

En la puerta B37 no tengo enfrente a once buenos jugadores de Talleres, ni al árbitro en contra ni a 30.000 cordobeses porteñofóbicos. Estoy solo, les cuento mi devastación a un grupo de amigos en WhatsApp, la imagen de N. es una pesadilla diurna. Me espera la fila para subir al avión, el "cómo está hoy, señor Martín Ernesto" en inglés de la persona que escanea el pasaje y cinco horas y media de vuelo.

Por un momento dejo de ver a N. y vuelvo a escuchar la frase de Pastoriza.

Tengo el objetivo preciso de correr 42 kilómetros en mis tres días en California: 12 el primero, 18 el segundo y 12 el tercero. Y que el tiempo pase rápido.

Abro la computadora y armo más planes para las 45 horas en Los Ángeles. Voy a cerrar mi cuenta bancaria en el Citibank, voy a comprar zapatillas para mí y regalos para Cami, y voy a escribir. Dormito en el avión y N. aparece en el sueño. Despierto, como chocolate amargo, escribo, releo. En un momento pienso que me esperará en Arribos para empezar todo de nuevo. Y aunque mi valija sale entre las últimas, ella no llega.

Enero, 19. De las 6.30 a las 7.40 corro 11 kilómetros. Es de noche y llueve. En el trayecto de Santa Mónica a Venice me cruzo con hombres y mujeres que parecen zombis. Salen de las carpas cuando la lluvia amaina. Un par cantan. Pienso en lo que debo hacer: llegar a los 42 kilómetros. La maratón en cuotas ha reemplazado al casamiento.

Como no sé si N. canceló su viaje a Los Ángeles para ver a su amiga joyera, estoy muy atento a la posibilidad de encontrarme con ella. Esa posibilidad me ayuda a sumar un nuevo martirio: imaginarla espectralmente entre los *homeless*, en las avenidas, en los negocios, en los cafés, en la playa, en los cajeros automáticos. Preparo nuevas frases categóricas.

Un día más tarde escribo en un café de Santa Mónica. Acabo de cerrar la cuenta del Citibank abierta durante doce años y tengo 3700 dólares en la media. Compro zapatillas y ofertas en H&M.

Enero, 20. Paso una muy mala noche y tomo media pastilla de Rivotril antes de que amanezca. Desayuno una banana, una pera, pasas de uva rubias y corro 18 kilómetros por la playa oscurecida por las nubes. No escucho música, pienso en las clases de trapecio de N., en las veces que la vi de lejos o entre las cortinas del gimnasio. Toda esa gracia para caer sin perder el equilibrio. Varios ciclistas me retan por correr por la senda incorrecta.

N. me empujaba a que dirigiera un diario —algo lejos de mis posibilidades— o que me dedicara a la política. Yo estaba contento con mi trabajo en la editorial y con dar clases y las rutinas con mi hijo y con ella.

Después de correr bajo al lobby del hotel, un dos estrellas sobre la avenida Ocean. Las recepcionistas me cuentan sus vidas. La chica de 29 años es descendiente de filipinos, quiere tener una casa y estudiar actuación. Le propuse cenar, pero pretextó que esa noche trabajaba.

En los momentos de rara euforia me digo: N. no me va a arruinar la vida.

Sigo de compras.

Enero, 21. Susana Viau fue una mujer dura, precisa en detectar arrastrados y autora de refinados artículos de prensa, que yo leía casi como tratados sobre el oficio, especialmente durante los años en los que tuvo formas maternales conmigo. En quizá la única vez que compartí el drama de un desgarro amoroso detuvo la reiteración del soliloquio:

—Pero hay pasiones más grandes, Martín.

No se refería a la próxima relación, ni una mejor del pasado. Cuando lo dijo pensé que hablaba de la Revolución. Susana había sido militante del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Tenía grandes pasiones y grandes enojos.

Mi amiga Gaby, con quien hablo regularmente desde la noche de Navidad, me cuenta de otra cita de Susana en circunstancias parecidas:

—Es solo un hombre.

Corro para completar los 42 kilómetros en las 45 horas en Los Ángeles. El contacto de ojo con *runners* es la posibilidad de ver expresiones de felicidad. Solo puedo entregar un llanto tranquilo y constante. Esta mañana extraño verla hornear sus cerámicas, sus imitaciones de Elvis Presley, aquella aparente reciprocidad en las ganas de vernos.

Me ducho, armo la valija, pido el taxi y lloro hasta hacer migraciones. Desarrollé una habilidad: llorar ininterrumpidamente

durante 50 minutos sin ocultar las lágrimas. Ni al taxista, ni a los pasajeros, ni a la chica linda de la fila del *check-in*.

Nada, en realidad, es tan extraordinario. Dos personas supuestamente se enamoran, una sigue de largo y otra frena.

Los Ángeles no me mató. No me tiré al mar para no salir más. No le mandé mensajes de texto. No le reproché el viaje cancelado. No me esmeré en escribirle una nueva carta emocional para que reconsiderara su decisión. Quiero creer que la estoy dejando ir aferrado a mi *laptop* y con ocho Rivotriles en la billetera.

Vuelvo a Buenos Aires. A la vida de asalariado, de padre, de este diario incierto.

Cuatro. 2002. A Dios le pido

En Caracas, una noche, la peor de todas las noches con Sean, quedamos en medio de un tiroteo.

Esa tarde —la del 14 de agosto de 2002— el Tribunal Supremo de Justicia había absuelto a cuatro militares que participaron en el golpe de Estado contra Chávez. Con Sean registramos el intento de los manifestantes chavistas de llegar al tribunal. Recibieron gases lacrimógenos y balas de goma de la Guardia Nacional y contestaron con piedras y botellazos. En Chuao, en el este de la ciudad, los opositores festejaron con fuegos artificiales.

A las 9 de la noche nos estacionamos en el Centro. Aún teníamos los ojos rojos por los gases. Cuando ya todo parecía haber terminado, subimos a un taxi y antes de que el taxista arrancara escuchamos disparos que parecían llegar de puentes lindantes.

Entre los gritos de miedo sobresalió uno:

—¡Llamen a la ambulancia!

Sean se bajó del taxi y empezó a filmar en cuclillas detrás de una fila de coches.

Como nunca había estado en un tiroteo, me costaba entender de dónde salían las balas. Entré en pánico.

—Esto es muy peligroso —le dije.

Sean, que sí había estado en tiroteos, mantenía la cámara filmando. Eran los climas que necesitaban *Travels of a Gringo* y su

director, más acostumbrado al Medio Oriente que a cualquier otro lugar del mundo.

Cuando terminó la acción le aclaré que no iba a arriesgar mi vida por 2 minutos de televisión. Ni siquiera sabíamos si servía para el documental. Era la primera vez que me enojaba con Sean.

—Te pido disculpas —dijo y me extendió la mano derecha, el gesto al que recurría cuando buscaba cercanía con los que no hablaban inglés.

Tuvo tiempo de burlarse del corresponsal de *The New York Times.* En una galería que daba a la plaza donde estaban dos de los heridos, nos preguntó qué grupo había disparado primero.

—Si hay dos grupos armados que se disponen a dispararse desde dos puentes, ¿qué importancia tiene quién dispara primero? —le preguntó Sean con un tono más arriba del habitual. Parecía tener la adrenalina demorada en su cuerpo después de las balas.

—Necesito saberlo para el comienzo de mi nota. Para mí no es lo mismo —contestó.

—Año atrás, después de enviar un artículo para *Vanity Fair*, el *fact checker* (el verificador de los datos) me preguntó cómo sabía que una de las mujeres de una fiesta electrónica pesaba más de 120 kilos.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó el periodista de *The New York Times*.

—Como te imaginarás, no la pesé. Es una imagen para que el lector entienda. Pero lo quitaron y pusieron un genérico del estilo "una mujer con sobrepeso". Algo que jamás escribiría.

Para terminar de hacer las paces conmigo Sean propuso que fuéramos a nuestra arepera preferida, a pocos metros de la plaza

Isabel La Católica. Comimos varias de queso telita y carne mechada. El disgusto terminó ahí.

La tarde siguiente fuimos al Sambil, el centro comercial más grande de Caracas. Funcionaba como un nodo social de la ciudad, un refugio para el consumo y las relaciones personales. Sean había filmado un par de veces, pero los de seguridad lo advirtieron y le pidieron que dejara de hacerlo.

La visita de esa tarde tenía como principal objetivo mejorar mi apariencia frente a T. Me propuse prestarles atención a los detalles de los textiles, la prolijidad del pelo y el calzado.

Esa noche la pasé a buscar por su departamento con la idea de sentarnos en un restaurante empotrado en un centro comercial más chico. Me sorprendió, de inicio, mi capacidad de mímesis con sus costumbres. Como no había mesa, terminamos en uno parecido, pero no lejos del perímetro del mall. Tenía una terraza amplia con helechos colgantes, música ambiente, platos caros de vaga cocina internacional y tragos con poco alcohol. T. no podía tomar por una descompostura. Elegimos una de las ubicaciones al aire libre.

Me contó su vida laboral reciente. Sus últimos destinos habían sido Egipto, Líbano, Israel, Polonia, Croacia, Perú y Brasil. Entre la enumeración de exotismos y algo de la curiosidad por lo desconocido, soltó los cargos y las jerarquías de los hombres con los que había salido, como un empresario textil de El Cairo, un gobernador del norte de México y un gran desarrollador inmobiliario de Varsovia. Al escuchar ese detalle Sean dio uno de sus dictámenes: MI6.

T. sugirió que pidiéramos ensaladas y sashimi, y asentí en la continuidad de la mímesis. La música ambiental quedó baja cuando

dos señores empezaron a discutir agriamente por Chávez. La charla fue breve porque T. dijo que tenía que levantarse al alba para viajar a Mérida. Propuso que pasáramos el fin de semana juntos.

El enamoramiento súbito convirtió mi llegada a Mérida en la odisea del amor.

Sean me dio su bolso verde fosforescente de la BBC —más grande que una mochila, más pequeño que una valija— y un suéter azul con mangas verdes, que sobrevivió por más de veinte años. En la ducha previa al viaje me corté arriba del labio mientras me afeitaba, un clásico de mi angustia romántica. Aunque salí con 2 horas de anticipación, el tráfico de la hora pico del viernes me estancó en la autopista camino a Maiquetía.

Conocí una desesperación: si perdía ese vuelo, perdería a T. Le dije al taxista que me tomaría el primer mototaxi que viésemos en la autopista congestionada. A los pocos minutos le pagué el viaje completo y me fui en un Honda. En ese viaje veloz y sin casco, con la sangre que resbalaba por el corte con la afeitadora, corrí por mi vida con T. Pagué el doble de la tarifa pactada.

En un tiempo en que les tenía pavor a los aviones subí sin miedo a una avioneta a hélice. Al llegar al hotel, una construcción grande horizontal, con ambientes amplios y sin paredes para que la vegetación externa se apreciara mejor desde las galerías, el conserje me informó que la señorita T. no estaba en la habitación. Dejé el bolso y fui al cuarto de las computadoras para contarles a mis amigos Manuel y Julián los detalles de esa llegada.

Mientras escribo reviso las fotos de Mérida. Aparece Mirella, la relacionista pública del gobierno local de quien T. se hizo amiga. Mirella, como muchos en esa zona, hablaba con los gnomos.

Pasamos la tarde con ella en el inmenso jardín de su casa de montaña. Nos sirvió rondas de gin-tonics cargados. Cuando su lengua empezaba a trabarse nos llevó a conversar con los gnomos que se alojaban entre los eucaliptos. Ya de noche vio el futuro gracias a las cartas: nos pronosticó un noviazgo largo y duradero.

Casi todas las fotos que conservo de ese viaje son de T. en jeans y zapatillas deportivas parecidas a las del bowling, con mi suéter abrigado, paseando por las montañas con remera azul y una dormida en un sillón. En nuestra única *selfie*, tomada con una Kodak descartable de plástico, sobresale mi herida arriba del labio.

Cuando llegamos al aeropuerto temí que descubriera mi fecha de nacimiento mientras curioseaba los sellos del pasaporte argentino. La conocí a los 25 años, pero le dije que tenía 27. Era un miedo absurdo a que nuestra diferencia de edad me restara chances en ese mercado competitivo de hombres maduros y poderosos.

Aterricé exultante en Caracas. Había partido sangrante y jadeando y regresaba en brazos de T.

Al día siguiente volví con Sean a la misión de intentar contar la Venezuela polarizada del posgolpe. Nos movíamos entre el Palacio de Miraflores, los chavistas de base y los antichavistas con las reglas básicas de la BBC según Sean.

Nos costó entender la relación con el equipo de Chávez dedicado a tratar a la prensa extranjera. Pocas semanas después de nuestra llegada dos documentalistas escocesas, Kim Bartley y Donnacha O'Briain, habían terminado de filmar *La revolución no será televisada*, la película que cuenta el golpe de Estado desde la intimidad del presidente y lo que los televidentes pudieron ver: una

parte de la prensa privada apostó por la interrupción del gobierno del presidente reelecto dos años antes.

La paranoia primaba en el *entourage* comunicacional de Chávez. Bartley y O'Briain se habían convertido en potenciales agentes de la CIA porque se habían ido del país y la película tardaba en estrenarse. Por esa razón vieron todos los documentales de Sean. Maximilian, un funcionario al que llamábamos Pepsi Max, se encargaba de fijar las posiciones oficiales. Con acento francés nos daba largas clases de política latinoamericana. Nos explicaba, también, el gran concierto mundial sin matiz alguno: allá los imperialistas, acá los buenos. Nos quería hacer sentir ignorantes y muchas veces lo conseguía.

Buscábamos testimonios y referentes notorios y no tanto en el campo del antichavismo. Sean tenía un gran don para encontrar personajes propicios, aunque no entendiera el idioma. Una dentista, por caso, cumplía con una idea caricaturizada de las clases medias acomodadas por su afición a las cirugías plásticas y el consumo de bienes no duraderos. Con la cámara en el trípode y Sean recostado en el sillón dental, precisaba cuánto había salido cada una de sus operaciones estéticas: la de nariz, las prótesis mamarias.

Podía decir en inglés las frases más efectivas, mientras introducía el torno en las muelas averiadas del documentalista.

—Chávez es el diablo. Es como Hitler.

Había goce en sus ojos. Para Sean había buena televisión y también ahorro: la dentadura renovada costó un 70 % menos que en un consultorio particular en Londres.

Recorrimos villas miserias de Caracas, viajamos por el interior rural en busca de historias sobre la tierra y atravesamos zonas

petroleras para contar una parte central de la trama nacional. En Venezuela, dice un dicho popular, no hay buenos o malos presidentes, hay buenos o malos precios del petróleo.

A principios de septiembre Sean viajó a Londres porque faltaban pocos días para el nacimiento de su primer hijo. La noche de despedida terminamos en una disco, aturdidos por los cubalibres y el hit regional del momento, el que escucharíamos en cada ronda nocturna de cada país. "A Dios le pido", de Juanes.

Que mis ojos se despierten
con la luz de tu mirada
yo a Dios le pido
que mi madre no se muera
y que mi padre me recuerde
a Dios le pido

Había muchas maneras de recordar a mamá, pero aparecía en esa canción imposible de asociar con su vida. Llamó al hotel la tarde siguiente y preguntó por mi fecha de regreso. Aunque no lo dijo expresamente, creo que estaba pidiendo ayuda. Su tos se había agravado. Intenté minimizar el reclamo con el recuerdo de los últimos y auspiciosos controles oncológicos y aquel ruego de la canción de Juanes.

Me quedé unos días más en Caracas por temas del documental y luego pasé el último fin de semana con T. en Choroní, un pueblo con playas a unos 300 kilómetros de la capital.

Encuentro en un correo electrónico el reporte que le hice a Sean de esos cinco días. Reflejan el estado de mi inglés, cierto regreso a

la adolescencia y el minuto a minuto de la relación con T. Nos dijimos que nos queríamos, concluye el reporte.

Aterricé en Ezeiza la mañana del 9 de septiembre. Faltaban tres días para mi cumpleaños 26. Y faltaban, sin que yo lo supiera, nueve para la muerte de mamá.

***

Mamá había fumado dos o tres paquetes de cigarrillos por día desde su juventud más temprana hasta que una mañana del verano de 1996 escupió sangré. Se asustó y dejó el cigarrillo. Pero no se hizo ningún control hasta febrero de 2001 cuando una tos reiterada y permanente empezó a preocuparla.

Un familiar médico vio en la radiografía dos pelotas enormes en el pulmón y anticipó que no había mucho por hacer, que era cuestión de meses, dos o tres.

—Dio mal —me dijo mamá en el bar del policlínico bancario.

Acababa de abrir el sobre con los resultados de la tomografía.

Esa semana visitamos a un oncólogo muy célebre. Después de mi segunda pregunta, me paró muy pertinentemente.

—Me gustaría saber qué preguntas tiene Nora.

La consulta terminó con los comentarios del galeno sobre periodistas que habían ido a verlo y su admiración por Jorge Lanata. Yo trabajaba en la revista que él dirigía y mis esporádicas apariciones en su programa de televisión habían generado, por caso, que alguna vez en el subte un pasajero me reconociera o que en el consorcio se saldara a mi favor una discusión sobre las expensas.

Por entonces, el prestigio social de los periodistas era, insólitamente, mayor al de un abogado o, incluso, un oncólogo.

Mamá debía afrontar un cáncer y una situación económica precaria. Su sueldo apenas le alcanzaba para vivir. Había puesto en venta su casa de Acassuso, que estaba en franca declinación y acumulaba deudas municipales y con la empresa de seguridad de la cuadra. Después de la muerte de papá y la quiebra de la empresa familiar volvió a viajar en transporte público, empezó a hacer las compras en un mayorista de la Panamericana y recortó todos los gastos posibles. Conservaba sus sacos, camisas y vestidos del tiempo de la abundancia, en especial los fabricados por Cacharel.

El primer trabajo de asalariada fue en la inmobiliaria de su primer novio después de enviudar. Lentamente volvió a atender pacientes y hacía psicotécnicos para los empleados de una cadena de supermercados. Trataba *ad honorem* desocupados en la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos y se integró a la institución como parte de la comisión directiva.

Papá nunca dejó de estar muy presente en nuestras conversaciones. Con la enfermedad y la posibilidad de la muerte, su recuerdo volvió aún con más fuerza.

Las sesiones de quimioterapia en la obra social de los bancarios solo podían hacerse los miércoles. Esa arbitrariedad coincidía con el día de cierre de la revista. Como siempre escribía lento, me entregaba a largas maratones que podían empezar en la mañana del miércoles y terminar a la madrugada siguiente.

Su hermana Pity o su amiga Cristina la acompañaban cuando yo no podía y la dejaban en mi departamento desangelado de Ecuador casi Lavalle, en pleno barrio de Once, para que durmiera allí.

Pity estaba muy presente. Católica creyente, había trabajado como docente, directora de escuela y escribía un libro sobre la historia de su padre y su abuelo. Mamá era atea y con su hermana habían pasado años distanciadas por notorias diferencias políticas hasta que se reencontraron en el duelo de la muerte de papá. Desde entonces actuó como amorosa hermana mayor y tía.

Una noche, al volver de la quimio a la que la había acompañado Pity, mamá prendió la hornalla para hacerse un té, se recostó unos minutos y se quedó profundamente dormida. Cuando llegué a la 1 de la mañana estallé de furia. Con ella por la irresponsabilidad, conmigo por no estar. Aunque la pava plateada ya estaba negra en la base, no provocó ningún incendio.

Esos meses, cuando mamá dormía en mi cama y yo en un colchón en mi escritorio, no podía dejar de escuchar los tosidos. Los escuchaba —aún los escucho— y trataba de compararlos con los de la semana anterior para ilusionarme con los efectos de la quimio.

Ese primer año el cáncer remitió.

Después del 20 de diciembre de 2001 fui a pasar las fiestas a Barcelona como si mamá ya se hubiese curado para siempre. El viaje siguió a Marruecos con mis amigos Manuel y Julián. Al volver, en febrero de 2002, mamá se descompensó en el lugar indicado —el policlínico bancario—, mientras esperaba los resultados de uno de los controles oncológicos. Al llegar la escuché delirar en la camilla. Con un fraseo pastoso, como con arena entre los dientes, soltaba frases incoherentes y solo hizo un pedido: que le cuidara las plantas.

Durante uno o dos días pensamos —o los médicos pensaron— que podía ser una metástasis en el cerebro. Fueron horas desesperantes porque estaba seguro de que saldría mal y únicamente conseguía el

consuelo de mi tía Pity. Pero me equivoqué: había sido un ACV que no estaba estrictamente relacionado con su enfermedad de base.

A los pocos meses pidió autorización judicial —estaba obligada a hacerlo porque había sido parte del directorio de la empresa familiar quebrada— para viajar a España y visitar a Gabriel, su otro hijo, mi hermano. Tomó el avión un día antes de que yo empezara el trabajo con Sean.

Al volver a Buenos Aires pude comprobar lo que Pity me había anticipado por e-mail: se agitaba mucho al caminar. Cuando subía los seis escalones del hall del edificio debía sentarse para recuperar el aire. La segunda vez que le pasó tuvo un impulso que creí vital: me pidió que en una próxima visita a Caracas localizara a un tipo que siempre le había interesado. No recuerdo su nombre, pero sí su profesión: psicoanalista.

Aunque le había presentado varias novias, esta vez me esmeré en contarle con más detalles la historia de T. Buscaba el puente con España: se había criado en Andalucía, lugar de nacimiento del abuelo Sabino, su papá.

El tercer domingo de septiembre —un día después de mi cumpleaños— mamá decidió internarse en el policlínico porque no podía respirar. Dormí en el sofá de al lado y la mañana siguiente caminé unas quince cuadras hasta un locutorio para escribirle al historiador británico James Dunkerley y contarle de mi interés de hacer una maestría en el instituto de la Universidad de Londres que él dirigía. Parecía un plan de fuga.

Mamá pasó a terapia intensiva ese mediodía. Su respiración se apagaba. Uno de los médicos de guardia me dijo que le quedaba poco tiempo.

—¿Qué es poco? —pregunté.

—Unos días.

Las enfermeras le quitaron el esmalte rojo de las uñas.

Salí y me encontré en uno de los pasillos con mi amiga Natalia. Le conté la novedad con una resignación calma. Aproveché mi condición de periodista de Lanata y llamé por celular a la misma persona del policlínico con la que había hablado cuando vi una cucaracha en la habitación de mamá el día después de su ACV. Le pedí que no le faltara morfina.

El martes a la tarde me reuní con su oncólogo. Tomografía en mano, me informó que el tumor ya se había extendido al hígado, al páncreas y a algún otro órgano que no recuerdo.

—Hasta hace poco pensé que estaba casi curada —le dije.

—No entiendo tu sorpresa: el cáncer es así —contestó con un tono de reproche y la incomodidad de tener que dar explicaciones.

Debí saber del posible retorno del cáncer. Esta vez rotundo, extendido y letal.

La noche siguiente, mientras caminaba a la pizzería de la esquina, me llamaron de terapia intensiva para que me acercara urgente a hablar con el médico de guardia.

No quise ver el cuerpo. La tía Pity y algunas amigas sí quisieron.

Llamé a T. desde el locutorio del policlínico bancario y escuché el sonido, un bip agudo, que daba inicio a las llamadas internacionales. Le quise contar, estoico, la novedad de la muerte.

—Ay, Dios mío —soltó.

Era una noticia demasiado grande en una relación demasiado reciente. No recuerdo las palabras de su consuelo.

El velatorio se hizo en la calle Acevedo de Villa Crespo. En el ataúd quedaron fijadas con cinta scotch varias fotos de mamá como forma de reemplazar la exhibición, para mí intolerable, del cuerpo.

Una vieja deuda con el Jardín de Paz impidió que pudiéramos reunirla con papá en esa geografía de campo de golf de los cementerios privados. Aunque mamá no lo dijo explícitamente, creo que hubiese sido su última voluntad.

La enterramos, un día más tarde, en la Chacarita bajo un sol de primavera. Pity preguntó si podía dejar un rosario en la cruz. Nos repartimos algunos temas prácticos de ahí en adelante, como el mantenimiento de la parcela, la relación con el cuidador, quien luego entraría en un consumo descontrolado de alcohol. Me fue alertando de una inminente exhumación para liberar el espacio, que no sé, más de veinte años más tarde, si alguna vez se concretó.

***

Pity despidió a mamá en *Juan Araujo, alborada del socialismo en Andalucía*, el libro sobre la historia familiar que publicó años más tarde:

Hasta los últimos días Nora permaneció coqueta y bonita como siempre. Fue uno de esos seres que caminan por las nubes, aunque a veces tropiecen con la tierra. La última vez que la vi (tres días antes de que la internaran y cinco antes de morir) estaba muy desmejorada, a pesar de su tapado rojo y la ruana blanca que le había regalado. No quiso dejar el ritual de cada encuentro y

cruzamos a la confitería. Después de la primera taza de té, sacó de su cartera las pastillas (yo no sabía que era morfina) y me dijo:

—¿Qué te parece si nos comemos otro pedazo de torta de manzana? Estamos bien, recordando tantas cosas y hablando de nuestros hijos.

A la muerte de Nora todo se puso demasiado negro. Quedé como la única sobreviviente de una gran familia paterna.

Hasta su publicación tenía una idea un poco distorsionada de esa familia. Mi abuelo materno era un anarquista que montó una imprenta en Argentina y nunca aceptó volver a la España de Franco. En *Juan Araujo, alborada del socialismo en Andalucía*, Pity cuenta aquella distorsión mía y la rebate con su pesquisa. Juan Araujo, el papá de Sabino, mi bisabuelo, era un ateo andaluz socialista, redactor jefe del diario *Nuevo Obrero* e integrado en la masonería del sur de España. Llegó al grado 18: "Se enmascaró en la masonería, aceptó sus ritos, sus famosas tenidas e iniciaciones, acató su mundo cifrado, sus signos y esperó que diera como frutos pasar a la igualdad, a la justicia, a la redención del pueblo".

En sus viajes a Andalucía Pity pudo establecer que los Araujo eran judíos. El apellido, galaicoportugués, figuraba como sefardita, pero no había precisiones sobre el momento de la conversión forzosa. Había ido a buscar a un andaluz socialista y encontró, también, a un judío galaico: "No pude descubrir cuándo mi familia dejó de ser judía porque el apellido que llevo proviene de una palabra hebrea: *araj* (hombre puro y fragante)". Los grupos sefarditas que consultó lo daban por hebreo, y Eleaz ben Araj figura como uno de los sabios entre los años 80 al 120 de la era cristiana en Israel. El hallazgo de

mi tía me convertía en hijo de una madre y un padre de orígenes judíos. Mamá se decía atea en una casa de infancia de hombres ateos y mujeres católicas, como su mamá y su hermana.

Sabino nació en 1884 en Tarifa, provincia de Cádiz, un pueblo pescador y campesino en el que trabajó de tipógrafo. Un hermano suyo, Domingo, murió en un accidente absurdo: subió a un trapecio y se cayó. No se sabe —consigna un diario de la época— si perdió el equilibrio o sufrió algún vértigo. Otro de sus hermanos, Giordano, para evitar la leva y terminar peleando en las guerras de África, decidió seguir un rumor: la posibilidad de vivir bien en la Argentina. Sabino se embarcó en Génova en el buque italiano Toscana y fue el segundo de la familia que llegó a Buenos Aires en octubre de 1910. El certificado de su arribo consignó que tenía 26 años, que era obrero y que su lugar de nacimiento, su religión y su estado civil eran desconocidos. Dolores, la andaluza con la que se había comprometido, demoró su mudanza a Argentina por el tratamiento contra la tuberculosis. Se casaron, primero, con un poder y a la distancia. Cuando Dolores llegó a Buenos Aires vivió doce años más con Sabino, como enfermero y marido. Mamá no me había contado de ese matrimonio y lo supe al leer el libro de Pity.

El primer trabajo de Sabino fue en una imprenta de catalanes que lo veían como un andaluz medio señorito. Al poco tiempo, con su hermano Giordano, montaron su propio taller gráfico y la editorial Araujo Hermanos. Llegaron a publicar trescientos títulos. Giordano era inteligente y de carácter agrio, recuerda Pity. Se dedicaba a releer las obras completas de Cervantes y Shakespeare y era uno de los pocos escritores inéditos de Buenos Aires con editorial propia.

Sabino tenía casi 25 años más que mi abuela Mary, su segunda esposa. Cuando nació mamá, su hija más chica, tenía 58 años, casi la misma edad que mamá tenía al morir. Después de décadas de prosperidad económica, en 1951, tuvo que vender la imprenta y algunos campos que había comprado. En el cálculo de Pity conservaron una décima parte de lo que tenían. No quedan tan claras las razones de la debacle, pero alguna vez mi abuela responsabilizó genéricamente al primer peronismo.

Mi abuelo revivió la librería que funcionaba en la parte de adelante de la imprenta en la calle Hipólito Yrigoyen, a una cuadra del Congreso de la Nación. Vendían artículos escolares y, a disgusto, los libros celebratorios de Eva Perón. Sacaron a flote el negocio con mi abuela, con Pity como eficaz cobradora y mamá como ocasional vendedora al público.

Sabino amaba los caballos. De joven, en un campo de Gibraltar, azuzó a uno para hacerlo galopar, la rama se le clavó en el ojo y perdió la mitad de la vista. En la Argentina cuando compró un campo en las sierras de Córdoba para pasar las vacaciones de verano se propuso que tuviera pinos y caballos. En 1947 le regaló a mamá un percherón negro indócil. Lo llamaron Tarif. Mamá era temeraria montando. Diez años más tarde Sabino perdió el resto de la vista en una operación de próstata por un coágulo en su único ojo sano.

En sus años en la Argentina, cuenta Pity, se mantuvo lejos de la política hasta la guerra civil española. Ayudó a los republicanos que llegaban a Buenos Aires y no tenían nada. "Peleó por sus convicciones, por su familia, por dejar en nosotros un recuerdo moral, sin el recurso de la religión, con un Dios lejano e

incomprensible aún para él". Murió en 1970 y legó una frase a las generaciones por venir: "Cada uno vale por lo que ha sido capaz de ganar decentemente".

Después de enviudar mi abuela Mary se dedicó a trabajar de bibliotecaria, una carrera que había cursado de grande. Parecía entregada a su fe, a sus nietos, a sus lecturas. Cuando cumplí 16 me regaló un fichero completo de los libros de mi habitación. Tejía un suéter o una bufanda para cada uno de sus cuatro nietos todos los inviernos. Era muy dulce y atenta. Pero no se llevaba bien con mamá. Una vez mamá contó que, cuando se portaba mal en el campo de Quillinzo, la ataba con un cinturón a un árbol.

La abuela vivía de su jubilación de bibliotecaria y tenía un departamento chico en unos monoblocks en Parque Patricios. Pasaba fin de semana por medio en nuestra casa (el otro lo pasaba en la casa de Pity, su esposo Rodolfo y sus hijos Flavia y David). Después de la muerte de papá empezó a llevarse un poco mejor con mamá. Una noche le dió su anillo más valioso para que lo empeñara y pagara algunas deudas. Ahí estaba todo el amor para con su hija. Murió en el 2000, dos años antes que ella.

***

Volví a mi trabajo un día después del entierro de mamá y recién ahí me di cuenta de que no llamaría más a la redacción de la revista. Discaba el interno 118 de la mesa para seis que yo compartía con tres exfumadores como ella. Cuando no la atendía directamente pedía por mí con un excesivo formalismo, como si fuésemos un grupo de investigadores a punto de inventar una vacuna salvavidas.

Pero estábamos en temas bastante chiquitos. En las propiedades de los que gobernaban o los que iban a gobernar, en sus declaraciones juradas, en sus viajes dispendiosos, en sus árboles genealógicos en el Estado nacional y en hacernos los chistosos. Cuando atendía a mamá me hacía el importante, apuraba la conversación, intentaba definir pronto la cita, despejar la duda o saber la razón de la llamada. Era, tontamente, más afable con el asesor de prensa de un concejal que con ella.

Había algo, en todo eso, del crecer rápido, del ser grande y maduro, de pretender llegar al mundo de papá —el de las altas esferas de la política y de los negocios, quizá no tan altas— antes de tiempo, con el grabador y la libreta de apuntes espiralada.

La redacción de la calle Suipacha casi Arroyo, a metros del cráter que dejó la voladura de la embajada de Israel, era mi centro. Me organizaba en la ciudad, pasaba ahí la mayor parte del día —más que en el departamento en el que vivía, incluidas las horas de sueño — y me había dado un tercer apellido, el del inventor, dueño, director. Me presentaba en persona o por teléfono con ni nombre, que siempre continuaba con "de la revista de Lanata". Un día, apurado, me tragué "la revista de" y quedó mi nombre y "de Lanata".

Esa filiación generaba rechazos en mis compañeros y compañeras de Sociología, controversia entre mis colegas periodistas y curiosidad en el resto del mundo, incluido el portero del edificio de la calle Ecuador.

—¿Qué tal es el Gordo?

Yo no sabía cómo era el Gordo. Pero esa era su victoria: que casi todos preguntaran por él. El prefería, arriesgo, un portero a cinco

estudiantes de Sociología.

Había sido la primera persona pública que entrevisté en mi vida. Ese 1991 tenía 15 años y participaba en un taller de periodismo para chicos de *Página/12* cuando él era el director del diario. Un grupo de diez visitamos la redacción en la avenida Belgrano y después pasamos a su despacho. Una de las preguntas a mi cargo seguramente salió de la tormenta de ideas con la profesora.

—Si te tuvieses que definir con un título de nota, ¿cuál te pondrías?

—Guau —dijo y, previsiblemente, fue el título de la entrevista.

Llevaba un reloj vistoso con números romanos grandes y malla de cuero de calidad, suéter negro con cuello tortuga y la soltura de quien manda riéndose. Lo escuchamos con admiración.

Cuando empecé a escribir en el diario, un lustro más tarde, ya se había ido. En la revista casi no trataba con él salvo para algunos temas excepcionales: a un grupo de redactores nos encargó una enciclopedia de la corrupción para la cual debíamos viajar a todas las provincias del país. El resultado fue bastante pobre —por estricta responsabilidad nuestra— pero conocí un montón de provincias. Cuarenta y ocho horas inolvidables en Ushuaia para un trabajo que hubiese requerido un mes.

A la redacción llegaban las historias más variadas sobre Lanata. Mi predilecta era la de los dos gatos azules de Rusia que había comprado a través de la novedosa internet. Uno de los gatos había saltado por la ventana de su departamento de Belgrano. La hipótesis de la redacción era que no se habían adaptado al clima de Buenos Aires. No intenté confirmar la historia —ni siquiera la compra de los

gatos o el supuesto azul— porque era demasiado buena como para no contarla en reuniones sociales.

En mi debut televisivo, Lanata tuvo un gesto generoso de los que solía tener. Yo nunca había participado en un programa en vivo y estaba muy nervioso a pesar de haber practicado todo lo que iba a decir. Llevaba una camisa azul francia, un saco que me había dado la vestuarista y la única corbata oscura de mi placar.

—Tranquilo, solo te va a ver medio palo de gente —dijo Lanata al entrar al estudio.

No ensayó ningún paternalismo ni intentó calmarme.

Debía presentar un video con tomas aéreas de una casa de campo del gobernador de una provincia del norte que tenía pista de aterrizaje para avionetas, piletas, lagunas y una serie de comodidades especiales. Me lo dio un estudio de abogados, pero pudo haberlo filmado una agencia extranjera. Calzaba perfecto en la agenda del programa: había que denunciar la corrupción, el cáncer de la Argentina.

Lanata no empezó ese bloque por el video: les preguntó a dos panelistas —Marcelo Zlotogwiazda, Adrián Paenza— cómo habían debutado en televisión y después de escucharlos le habló a cámara.

—En cuarenta años, cuando ya no se acuerden de nosotros, todos van a hablar del redactor de la revista *Veintidós* que hoy va a presentar…

Al llegar a casa tenía catorce mensajes en el contestador automático, un número al que no llegaba ni siquiera cuando volvía de las vacaciones.

El de mamá era a pura emoción.

—¡Estuviste muy bien, Martincito! ¡Y cómo te presentó Lanata!

A ella le encantaba Lanata. Se reía con él, seguía su programa y hablaba mal de los otros panelistas para empujarme a que intentara reemplazarlos. Y me recordaba que los dos —¡Lanata y yo!— habíamos nacido un 12 de septiembre.

Se armó un gag.

—Tenés que ir más seguido a la tele: vas a llegar a mucha gente.

En ese momento mi ecuación era distinta: la televisión me podía dar más fuentes, entendidas como las personas que aportaban información para los artículos. Importaban más las fuentes que el punto de vista, que llegar a mucha gente y que casi todo.

Un viernes de diciembre de 1999 viajé con Lanata y Silvina Chaine, una de las buenas amigas que hice en la revista, a la ciudad de Corrientes para una cobertura de urgencia. Esa madrugada la Gendarmería había matado a dos manifestantes en un puente sobre el río Paraná. En el avión Lanata no paraba de transpirar y fumar a pesar del aire acondicionado y de las prohibiciones. En esos desbordes se recortaba la figura de papá —la gordura, el cigarrillo, la desmesura, las risas exageradas—. Era un punto de intersección: el gusto de mamá.

Me entregué, con momentos de incomodidad y otros de entusiasmo, a Lanata y al lanatismo. No tenía, además, otro lugar adónde ir. Pero fue él quien dejó la revista. Perdimos a nuestro hombre y nuestro nombre de referencia. Le conté la novedad a mamá con el tono con el que se informan las catástrofes climáticas.

Conocía el género desde la mayoría de edad: me autoimpuse no darle malas noticias de mi vida. Ni cuando dejaba de cursar una materia en la universidad, ni cuando tenía algún problema laboral ni, mucho menos, cuando estaba triste por una separación.

Me arrepentí de los últimos reproches que le hice. Que tomara whisky a la noche para bajar; pude reconocer esa angustia muchos años más tarde cuando el whisky me ayudaba a mí a bajarla. También me recriminé por haberla sermoneado por mirar *reality shows*. Aprendimos a verlos juntos: *Gran hermano*, *El bar* y uno de expediciones.

Los domingos procuraba visitarla para almorzar en Acassuso. Preparaba un pescado relleno que solía llevar su madre a las cenas de Nochebuena, pescados blancos al horno o a la sartén y guisos de lentejas con chorizo. Terminábamos en una casa de tortas a pocos metros de la estación del tren. Cuando ella venía a comer cerca de mi casa la cita era en el Arturito de la calle San Luis, en Once.

En sus últimos meses volvíamos una y otra vez sobre sus recuerdos. Mamá se había tomado muy en serio el trasatlántico de su esposo, de sus hijos, de la familia. Se recibió de psicóloga, primero atendió en hospitales públicos y lentamente fue montando su consultorio. El exilio extraño en Punta del Este truncó su carrera porque no podía ejercer y se dedicó más enteramente a la crianza de sus hijos, mientras papá trabajaba en un negocio inmobiliario.

De regreso a la Argentina después de seis años hizo un posgrado con una tesis sobre la relación entre Dalí y Lacan. Sonaba como algo imposible para mí, que tenía 8 o 9 años, pero un día me explicó los argumentos, mientras mostraba obras de Dalí que aún retengo. Su compañera de estudios solía pasar las tardes de verano con nosotros. Se metían en la pileta, charlaban, fumaban y después se encerraban en el escritorio de papá a discutir los textos y las pinturas.

Mamá hizo el trabajo que papá nunca hizo: ayudar en las tareas del colegio, comprar útiles, almorzar y cenar en la casa, ir a las citas médicas, hablar con las maestras y aburrirse con sus hijos. Conocer y compartir el tedio de la vida doméstica, las largas esperas en la sala del dentista o probando los uniformes antes del inicio del año escolar. Toda esa ritualidad sin recompensas le dejaba a papá las luces del centro: la atención sobre lo que comía, a qué hora llegaba, qué hacía o qué dejaba de hacer o cuándo podía disponer de tiempo con nosotros.

Después de enviudar, sus hijos pasamos a ser la más absoluta prioridad con el imperativo de no derrumbarse, de salir adelante. Nos pudimos reír de sus planes de demandar a la farmacéutica por la medicación que tomó papá contra la depresión o incluso a las tabacaleras por la adicción de ambos al cigarrillo.

Su primer novio fue un arquitecto que tenía una inmobiliaria familiar. Formalizaron en un casamiento sin papeles que inició una convivencia en nuestra casa. La fiesta, en diciembre de 1993, fue una cena en el jardín con mesas alquiladas. La mayoría de los asistentes compartían el estupor de la novedad. Un amigo grande me dijo esa noche algo que guardé para siempre. Algunas personas que quisieron bien y luego enviudan no se entregan a lutos prolongados: sienten que ese amor puede repetirse.

Al día siguiente salí de viaje con un grupo de amigos por tres meses y pude huir del aterrizaje del concubino en Acassuso. Al regreso lo vi cada mañana ponerle queso crema a las tostadas, contar sus historias poco creíbles sobre sus años de boxeador amateur y jactarse de un supuesto *expertise* en literatura rusa que no pudimos constatar. Le propuso a mamá que invirtiera sus únicos

ahorros en su inmobiliaria y financiera con una tasa de interés altísima, un negocio muy conveniente hasta que un día le dijo que no estaba más la plata, pero que se la devolvería con el cobro de un juicio. Mamá empezó a detestarlo y se separaron al poco tiempo.

Un año más tarde empezó a salir con un dirigente sindical farmacéutico al que llamábamos Pepe. Aunque creo que ya no estaban juntos, la acompañó en la enfermedad y en parte de la logística del ida y vuelta del Centro a Acassuso, porque habíamos vendido el Renault 9 gris.

El cáncer le dio la última epopeya.

Sobrevivir, curarse, conseguir el reencuentro con el psicoanalista argentino en Caracas o en Buenos Aires, tener más pacientes, concretar todas las revanchas pendientes, trabajar más para la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, tomar té con torta con Pitty, salir con sus amigas, suavizar las arrugas de la cara para quitarse años y que sus hijos fueran felices.

Mamá intentó lo que papá no pudo o no quiso. Quedarse.

***

Cuando volví a la redacción después del entierro saqué un pasaje para visitar a T. una semana más tarde. No sé si era huida o alivio u otra cosa. Insólitamente me vestí con un traje de Adolfo Domínguez para lucir en el vuelo directo a Caracas y, más importante, en la llegada a la casa de T. No quería cesar en esa quimera de abrazar la elegancia. La acompañé a una entrevista con un funcionario. No me llamó la atención su capacidad para llevar bien la conversación, pero

sí el modo inexorable de pedir publicidad para el *insert* de Venezuela de *The New York Times.*

—Usted debe anunciar en nuestro suplemento: le reportará un gran beneficio.

El funcionario de Chávez resistió los embates con la promesa de estudiar la propuesta, analizar la propuesta, discutir la propuesta.

El chofer de T. nos llevó a Morrocoy, un parque nacional a 150 kilómetros de Caracas. En el viaje cambié el traje por bermudas y remera. Con frente marítimo caribeño, poblaba los suplementos turísticos con sus aguas turquesas y la flora y la fauna sorprendentes. Alquilamos una pequeña barcaza para ver peces de colores y meternos en grutas, y pensamos, con obviedad de manual, en el día en que podríamos dejarlo todo y mudarnos a Morrocoy.

Una noche vino a la posada una vendedora de bijouterie baja, maciza y muy elocuente para ofrecer sus productos. Elogiaba cada cosa de T.: su ropa, sus joyas, sus zapatos, su bronceado, el corte de pelo. Desplegó toda su bijouterie en la cama. T. era una gran regateadora. Pensaba en números con una velocidad sorprendente. Me pidió que la dejara a solas para cerrar el trato. Le importaba el regateo por la bijouterie y la cuenta resultado de su proyecto en Venezuela. Se había fijado metas audaces como tener cinco propiedades antes de los 40 años.

En un cuaderno anotaba el nombre de cada uno de los hombres que la habían ignorado. Trazaba un bosquejo de ellos, intentaba adivinar las razones y casi siempre los dibujaba como caricaturas: multiplicaba por cinco el defecto físico que les encontraba. Si eran perfectos desde sus parámetros, agregaba un rosa o algún trazo que

pusiera en duda su virilidad. Si eran lindos, los subestimaba intelectualmente. Si eran lindos, viriles e inteligentes, se resignaba.

Hablamos, finalmente, de su relación con Chávez.

Le decía, siempre, de la misma manera: "¡T., mujer hermosa!".

Abrumada, por sus 28 años y por el personaje devorado por el personaje, le respondía siempre de la misma manera.

—Qué cosas tiene, presidente.

Así salía del paso.

Durante la última noche de Morrocoy me contó la tarde que entró a los aposentos de Chávez. Tomábamos ron con Coca-Cola.

—Un día su seguridad Moreno me pidió que me fuera a la parte privada del Palacio de Miraflores, donde el presidente me esperaba. Había una sala con distintas espadas. Allí me enseñó las de Bolívar y otra que le habían regalado en un viaje a Irán. Delante de su cama tenía un cuadro enorme del corazón sagrado de Jesús. Él es muy creyente. Creo que me mostró sus aposentos como para decirme que no era ostentoso. Pidió que nos trajeran arepas de pernil. No me sentí intimidada ante su presencia. Es muy zalamero y está encantado con mi compañía. Le cuento historias que le divierten.

La foto más linda que tenemos es la del regreso de Morrocoy: en el auto camino al aeropuerto. No veo tristeza ni luto. Como si perder fuera así de fácil.

T. me pidió que la acompañara a entrevistar a su admirado Paulo Coelho. La cita estaba arreglada para el sábado 5 de octubre a las 4 de la tarde en su departamento de Río de Janeiro. Faltaba una semana.

—Tienes que venir como fotógrafo y si quieres preguntar hazlo de manera discreta. Y no le digas tus cosas de izquierdas ni de

psicoanálisis. Te falta vida espiritual, Martincito.

Me decía Martincito y aún no sabía mi verdadera edad.

Nos encontramos en Río el 3 de octubre. Yo escribiría sobre las elecciones presidenciales de ese fin de semana y le haría tres preguntas a Coelho para un reportaje en la revista en la que aún trabajaba.

Vestido con traje sin corbata —demasiado formal para fotógrafo—, me prometí dejar de lado mis prejuicios sobre Coelho y el recuerdo brumoso de *El alquimista.*

Llegamos puntuales al edificio de Copacabana. Faltaban algunas horas para la elección que haría a Luiz Inácio Lula da Silva presidente por primera vez. T. quería que perdiese.

El escritor nos saludó con cierta efusividad. Lo acompañaban seis mujeres: su esposa, la responsable de la difusión de su obra por internet, una fotógrafa y algunas amigas. Vestido con bermudas y chomba azul, Coelho se sentó en una extraña posición por la cual sus piernas colgaban del respaldo de su silla. Estaba como suspendido en el aire y sus tibias se bamboleaban. Contó que acaba de volver de Rusia donde había tenido un recibimiento al estilo de los Beatles:

—Mi alma había llegado a Moscú antes con mis libros.

No quería hablar del acontecimiento electoral del día.

—Yo no puedo cambiar mi país, pero sí mi cuadra. Por eso fundé un lugar para que trescientos veinte niños brasileños puedan comer y vivir allí.

Propuso un recorrido por su casa. En un mismo ambiente, parecido a un dormitorio, tenía su PC rústica, la cama matrimonial y un jacuzzi. En la habitación contigua, unos sillones discretos, una

bicicleta fija y cuatro estantes de biblioteca con sus libros en todas las versiones idiomáticas. Ante la sorpresa, le brotaron, sencillos, los números de ese homenaje en vida que había hecho en su departamento: llevaba vendidos 53 millones de libros en más de 50 idiomas que se publicaron en más de 150 países.

Once minutos, la nueva novela que saldría en marzo de 2003, estaba empastada. "El tema es el sexo, el sexo sagrado. Es la historia de una prostituta que vive en Ginebra", contó. T. le acercó su ejemplar de *El alquimista*. Lo dedicó sin pensar: "El amor es el guía".

Volvimos a sentarnos en el living. Saqué algunas fotos, pero me concentré en la mirada del autor sobre T. Coelho no actuaba de cazador. Dejó que T. lo elogiara para montarse sobre esos elogios y ampliarlos. Los tres subimos a la montaña del escritor. Antes de irnos nos convidaron jugos naturales.

Vimos otra vez a Coelho dos días más tarde cuando asumió como uno de los veintiún integrantes de la Academia Brasileira de Letras. Antes de ese reconocimiento, ya había hecho público los pareceres sobre su obra: "Si fuese un crítico diría que es muy buena: estilo moderno, minimalista en esencia, que juega con la imaginación del lector".

Con T. fuimos vestidos de gala. La primera y única vez que alquilé un smoking. Los miembros de la academia llevaban el clásico fardao.

Nervioso, Coelho pidió quedar en soledad a la espera de la espada que le entregarían como parte de la ceremonia. Cinco hombres de seguridad le hicieron de escudo para llegar al escenario. Empezó su discurso con una cita en latín: "Sic transit gloria mundi (la gloria en el mundo es transitoria)". Al vernos nos cabeceó. Una manera de recordarnos lo que éramos: dos desconocidos.

A las pocas semanas, T. viajó a Buenos Aires. Era parte de ese noviazgo generoso en millas aéreas.

Casi sin darme cuenta me había ido quedando en la casa de mamá. Llegué para frenar el deterioro, como si lograrlo pudiera también disimular el mío.

Aunque cada tanto dormía en el departamento de Once, me convencí de que ese chalet de tipo inglés de dos plantas encajaba mejor en la visita de T. Decidí acondicionarlo. Le puse rejas a la medianera, contraté un jardinero para que mejorara todo lo verde, un electricista arregló las lámparas y tapó los cables y un pintor maquilló en un par de tardes las paredes devastadas por la humedad.

Se me escapó un detalle. En los últimos años la gata Iris había tenido muchas crías que, ante algunos descuidos míos, entraban a la casa. Un día antes de la llegada de T., Iris hizo pis en el living. El olor era insoportable. En mi desesperación, rocié medio frasco de desodorante de ambiente. Solo conseguí potenciar el mal olor y agregarle algo de lavanda.

Dormiríamos en la cama de mamá. Ni el cambio de posición del mueble en el cuarto, ni las sábanas nuevas podían borrar ese hecho, que trastabillara con el duelo. Que recordara los últimos objetos que vi en esa cama: su peluca, el blíster de remedios contra el dolor, sus camisones holgados.

Pensé en las comodidades caraqueñas de T.; en sus gustos y costumbres. Como no tenía auto, contraté un remisero para que hiciera los trayectos y reservé un restaurante de las Cañitas y Gardiner de la Costanera, lugares de la nueva plata a los que nunca había ido pero parecían ajustados a su gusto. Para balancear, fuimos

al Británico de San Telmo, un café que me gustaba y también a los reseñistas de la *Lonely Planet*. La última noche le presenté a mis amigos en un bar de Palermo.

Empezamos a pensar una vida juntos. T. me dijo que quería hacer un MBA (una maestría en negocios), que podía hacerla en Buenos Aires con un año de licencia laboral. Consulté en universidades por las vacantes y las tarifas.

El viaje con Sean estaba en un intervalo, pero la idea era reencontrarnos a principios de noviembre en Tegucigalpa. Di, esas semanas, otro paso temerario para mis estándares: después de casi cinco años renuncié a la revista.

Además de las ganas de irme, pesaba que me llevaba mal con un jefe y no sabía cómo confrontarlo. Una tarde discutimos por una nota sobre un policía piquetero que debía entrevistar. Como la conversación era por teléfono, le grité como un desaforado. No me cabía un alfiler y me dio la excusa ideal. Finalmente redacté el artículo y lo cerramos juntos el miércoles a las 11 de la noche. Le anuncié que iba a pedir el retiro voluntario que ofrecía la empresa. Me darían seis o siete sueldos y quedaba liberado para seguir el viaje con Sean todo lo que durara.

Me abría, además, un plan b para el año siguiente: aplicar a un puesto en la empresa de T. Cuando le conté por e-mail a Sean de esa posibilidad me dijo que eso no era periodismo y que me arruinaría por una novia. Pero no me importaba. Nada me ataba decisivamente a Buenos Aires. No tenía trabajo fijo, no estaba la enfermedad de mamá, ni mamá.

Cinco. 2019. Diario de enero. Buenos Aires

Enero, 22. Pasaron veintisiete días desde que N. se fue de la casa en la que escribo. Estoy en el entrepiso —un desfiladero de 8 metros de largo por 1 de ancho con muebles de familia y libros— y repaso la escena. No nos devolvimos ni cepillos de dientes, ni fotos ni ropa. La relación tenía la virtud de un cronograma de salida fácil.

Hoy empecé boxeo, una de las resoluciones de fin de año. El profesor, de 25 años, usa *brackets* y es severo. Me cuesta coordinar las piernas y plantarme. La mano derecha en la mandíbula. La izquierda adelante. Tampoco puedo domesticar la soga.

Aprendo palabras nuevas. *Burpees*. *Jumping jacks*. Planchas alternadas.

Después de 45 minutos descubro dolores en rincones del cuerpo que desconozco. Es parte del duelo: aprender de alineación, posiciones y pegarle a una bolsa de arena.

Hace veintisiete días que no sé absolutamente nada de N. Ni siquiera su geolocalización. Es el vacío, el contraste con la hiperconexión en la que vivíamos.

Enero, 23. Me encuentro con Silvina, una de mis amigas más queridas, en un bar de Villa Urquiza. El corte de luz en el barrio nos hace transpirar: treinta y ocho grados sin aire acondicionado.

Después de hidratarse, da un veredicto lapidario sobre N. Necesito esas validaciones.

Son las 11.58 de la noche. Tengo que disolver el medio Rivotril, lavarme los dientes, pasarme el hilo dental y probablemente me despierte a las 4. A las 8 tengo la segunda clase de boxeo.

Enero, 24. Los últimos tres días que pasé con N. fueron en El Palmar de Entre Ríos. Le saqué la única foto aceptable de frente. En una canoa, después de un chapuzón. El pantalón caqui, la remera blanca, el pelo mojado, el remo en la mano. Es el mejor lugar del mundo, dijo. Sus exageraciones.

Un tremendo aguacero adelantó el regreso a Buenos Aires. Hablamos de la convivencia. Propuso que fuese en el departamento que estaba refaccionando. Me pidió sugerencias sobre los detalles finales —desde los pisos hasta las aberturas— y dijo que me había asignado el escritorio con vistas al Río de la Plata.

En un puesto de la ruta compramos una merienda de quesos, pasas de uva y miel y seguimos hasta su casa. Vimos la película *Abzurdah* y un especial de Esme Mitre, una de sus colegas patricias a las que odiaba desde que le hizo una oferta muy baja por una de sus cerámicas. Parecía haber una contienda por algo más importante desde el fondo del tiempo.

A la mañana siguiente preparó huevos rancheros de desayuno. Me despedí sin saber que había sido nuestra última secuencia doméstica.

El Palmar es uno de los lugares a los que no quiero volver. Tampoco a Los Platitos de la Costanera, ni a un restaurante japonés

de la calle Moreno. No es tanto.

En la clase de boxeo, en la que sentí que me estallaban los abdominales y los brazos, me descargué en la bolsa. Golpear, golpear y golpear esperando quedar exhausto. O hasta agotar el dolor, aunque sea una energía que no se extinga.

Enero, 25. Voy a comer con una mujer recién divorciada. Hablamos de temas diversos y vamos a su departamento. En el cielo raso del living veo una proyección de fotos en blanco y negro del viaje a El Palmar. Me reclamo calma. Disuelvo el Rivotril mientras manejo a casa.

A las 7.30 de la mañana siguiente salgo a correr al parque. Las endorfinas me devuelven el optimismo: pienso que volverá y que justificará la separación con un rapto de locura. Pero las endorfinas bajan rápido.

Hoy escuché dos canciones mientras escribía: "I Will Survive", de Gloria Gaynor, y "Sobreviviendo", de Víctor Heredia. La desesperación produce esos milagros sonoros.

Enero, 26. Acompaño el café negro con una banana. En el gimnasio de boxeo sobresale una mujer baja, fibrosa, que parece profesional. En los ejercicios previos desentono y grito de dolor abdominal.

El entrenador se fastidia con los principiantes como yo.

Abrí los pies.

Doblá la cintura para la izquierda.

Mientras tiro *uppers* intuitivos, la transpiración acuosa del verano porteño disimula el llanto.

Voy a almorzar con un autor de la editorial en la que trabajo. Espero no contarle nada de todo esto. Pero le cuento todo.

Primero debo aclararle que no estoy enfermo. Me ve excesivamente flaco. Él habla de las relaciones que están en la cresta del amor y no consiguen la estabilización. No logran ser normales, parecer normales. Lleva un tiempo separado y aún usa la alianza matrimonial. Me recomienda el libro *El camino del artista* y sus tres sugerencias puntuales: estar muy atento al presente, escribir todas las mañanas a mano, hacer algo distinto a lo que hago. En su caso, estudiar Arquitectura.

Dice que en la vida arquetípica de un escribano se sufre menos. Describe magistralmente el tsunami de emociones en el que odiás, querés volver y más. Una manera de decir que no es para tanto. No hablamos de lo que debemos hablar: su libro.

Tengo una última epifanía del día. N. se enamoró más rápido que yo y, como parece evidente, se desenamoró más rápido.

Enero, 28. En un momento de la madrugada me da un calambre en la pantorrilla. El músculo se convierte en una piedra que tiembla. Lo agarro mientras grito como un condenado. Suele pasarme cada dos o tres meses. No tengo un diagnóstico profesional.

A las 7.30 empiezo el día: levanto de la puerta un diario de papel y preparo café.

Leo un artículo breve dedicado al turco Jonatan Madero, el empresario amigo de N. En el relato de su gran presente —una

constante en él—, aparecen, primero, sus nuevos proyectos inmobiliarios, su pulsión eterna por la innovación y un libro de sus fotos de caballos salvajes. En el segundo párrafo, se suma un nuevo amor como explicación, también, a ese presente venturoso. Habría empezado una relación amorosa con N.

Siento el latigazo de la adrenalina.

No puedo parar de leer y releer: se la presenta como una artista múltiple (videasta, cantante, ceramista, actriz, dj, vj) y se cuenta que se los vio en sesiones de fotos en el Delta de Tigre, donde Jonatan tiene una isla en la que viven diez de sus cuarenta pura sangre.

Me da taquicardia. Treinta días después de que N. me dejara porque quería estar sola, andar más liviana por la vida, es pública su relación con el turco Madero. ¡A veces lo llamaba Joni!

Leo por quinta vez el artículo y sintetizo su contenido a cada uno de los amigos y las amigas que desde la Navidad reciben mis reportes. A todos, incluso a los moderados, les gana la indignación. En el WhatsApp linchan a N.

Releo en mi diario las entradas sobre el turco sin siquiera considerar esta hipótesis.

Jonatan era, para ella, como un primo viejo, un consultor para los temas financieros. Le gustaba reírse de su condición de recién llegado, obsesionado con la acumulación dineraria y una sensibilidad artística que nació el día que cumplió 60 años.

Le generaban cierta fascinación los harems que un relacionista público le armaba para sus fiestas, siempre temáticas, siempre originales, siempre mono o bicromáticas. La noche del último cumpleaños, mientras el relacionista público hacía su trabajo, N. le

anticipó a Juli Belgrano, su nueva *best*, que esa noche Juli se acostaría con Jonatan. Terminaron en una bañera de mármol blanco con pétalos de rosas. Se bañaron y durmieron juntos, pero no se tocaron.

La semana siguiente N. visitó el campo del turco con su hija mayor y con Juli Belgrano.

N. me mandó los mensajes más lindos de amor y fotos de su hija corriendo entre girasoles. Cenaron los cuatro juntos. N. y su hija se fueron a una habitación y los adultos a otra.

—¿No escuchaste nada? —le preguntó Juli la mañana siguiente.

—Nada.

—Fue salvaje.

Un cocinero les preparó un desayuno con huevos, *couscous* y frutos secos.

N. se reía de Jonatan y de todos. Ese fue, también, su arte.

Vuelvo al recorte del diario. Me genera las reacciones del hámster estimulado por un científico malo. Lo leí, lo tiré, lo saqué de la basura y lo dejé caer sobre cáscaras de banana por última vez con preguntas urgentes: ¿desde cuándo estaba con Jonatan?, ¿qué señales me había perdido? Paré, me bañé, lloré hasta que decidí tirar la bolsa de basura en el container de la calle sin saber cuántas horas faltarían para que el recorte entrara en el incinerador o ardiera en una hoguera.

Aun así, el resto del día me los imaginé en casas o en habitaciones inmensas, luminosas, con vistas al mar, ríos, lagunas y montañas. En cada detalle, arquitectos, decoradores, innovadores, artistas y horas de tormentas de ideas. Y ahí Jonatan, con su cuerpo torneado por el ejercicio y el yoga diario a pesar de su edad, le soltaba sus frases

cargadas de espiritualidad. Juntos podían elevarse por encima de la ordinariez de los comunes. No podía haber otra cosa que un amor recíproco. Fuerte, categórico y absoluto.

Me rendí, posiblemente como Jonatan o, mejor dicho, más que Jonatan, a ese envoltorio de belleza, supuesta distinción patricia, arte, frescura, diversión.

A N. le encantaba regodearse en sus falsas epopeyas. Penurias que nunca pasó, el fantasma de la pobreza. Le gustaba evocar un momento de escasez en el que fue a un bar del Centro con sus hijas y les pidió que compartieran el jugo de naranja.

La mayoría de sus amistades eran centellazos de personas que se convertían en mejores amigas: una galerista, una diseñadora, una millonaria, la hija de un jefe de gobierno. Cuando dejaban de servirle, las apagaba. Las reservas amistosas seguían siendo sus amigas del colegio, como Anabella.

Ayer di, según una aplicación, 25.000 pasos, mi récord desde que los mido. Corrí, también, a las 3 de la tarde. Las cuentas son la posibilidad de un control, de una medida en ítems variados: los llantos, los tramos de maratón, la cantidad diaria de frutas que como y las palabras que redacto, los golpes en la bolsa, las semanas sin tomar.

Mi gente sostiene que es el mejor final, mientras percibo que le desea las plagas de Egipto.

Visité a Agustín, un queridísimo amigo desde los 8 años. Buscaba encontrar algún tipo de consuelo.

—No solo es raro pasar de vos a Jonatan. Es raro pasar de cualquiera al turco —dijo primero.

Subimos a la terraza de su casa. Tomamos limonada con la vista puesta en las vías del tren. Me habló de algo más grande: cierta desproporción en ese dolor, como desfasado, de otro tiempo. Llevábamos cuarenta años de velar duetos y su sorpresa me desacomodó.

Caminé las veinte cuadras a mi casa con esa pregunta: ¿por qué duele tanto? Ni siquiera me animé a redactar las conclusiones provisorias.

Enero, 29. Me levanto pensando en ellos, en su vida compartida, la formalización del noviazgo, la posibilidad del casamiento y el embarazo. Arriesgo: la relación puede durar seis años o seis meses. Cuantifico hasta las especulaciones. El nuevo orden del universo es de números.

Aun así, quiero salir en su defensa. De su poder para saltar de fantasía en fantasía, de su plasticidad, de su capacidad para armar y desarmar sin sufrimiento aparente. Mis respetos. ¿Por qué exigirle coherencia en el campo más irracional? Cuando vio que el mundo que tenía conmigo no le divertía armó otro, pienso mientras preparo en un táper la ensalada que voy a llevar al trabajo.

Enero, 30. Salgo hacia Ezeiza. Cami aterriza en una hora.

Durante el día vamos al supermercado, comemos ravioles con pesto, miramos partidos del campeonato argentino y dormimos la siesta en la cama grande. En uno de los tantos momentos en los que imagino a N. y Jonatan en algún lugar, Cami me pregunta: ¿dónde

está tu cabeza? A la noche extraña a su abuela y a sus primos. Hace las cuentas de cuántos días faltan para volver a verlos. Se tranquiliza y pide que caminemos a una heladería.

Me despierto en la mitad de la noche con el mismo tema con el que me voy a dormir: las imágenes de los tortolitos. Escucho sus conversaciones sobre arte, sobre la carrera de N. Puedo imaginar a él dándole consejos sobre qué hacer con sus inversiones o recomendarle un enfoque más contemplativo. Jonatan, me había contado N., dice tomarse la vida meditativamente, que lo que importa es la experiencia.

No puedo salir del turco. La novedad acota el campo del dolor y restringe la búsqueda de N. a las escenografías con él en las que hay vistas panorámicas, pianos de cola, jarrones con cerezas y agua Perrier.

Hoy hubo cuarenta y dos grados de sensación térmica. El dólar siguió subiendo.

Seis. 2002-2003. El camino a Tijuana

Sean había leído a Graham Greene y parecía obsesionado con saber cómo intervienen los Estados Unidos en la política local.

Dos días después del segundo encuentro con Chávez, un amigo suyo de *The Economist* nos hizo un puente con un funcionario de segundo nivel de la embajada en Caracas. Era un treintañero, de anteojos y pelo lacio que se parecía bastante a Jaime Bayly. Nos citó en el Centro San Ignacio, un shopping en Altamira, y ofreció, incluso antes de la sucesión de ron con Coca-Cola, un espectáculo con los estereotipos que Sean necesitaba confirmar.

—Nos equivocamos con (Pedro) Carmona (efímero presidente de facto después del golpe de ese año), pero lo que queremos es sencillo: que el capitalismo funcione acá, que los venezolanos puedan hacer dinero. Pero a veces este país… Todos ellos —señalando a los clientes del bar— se merecen a Chávez por treinta años más.

Una tarde nos instalamos frente a la puerta de la embajada en las Colinas de Valle Arriba. Sean pensaba hacer un comentario a cámara sobre los estadounidenses, pero nos rodearon cuatro agentes de seguridad que preguntaron, con toda amabilidad, qué estábamos haciendo. Después llegó un funcionario del Departamento de Defensa montado en un scooter.

—Solo quería decir que en este lugar se preparó un golpe de Estado —contestó.

El funcionario se incomodó sin dejar de sonreír.

—Este es un país libre y puedo filmar —siguió el inglés.

—Es un país libre por el momento —contestó el funcionario con la cámara prendida.

Habíamos pedido a la embajada de los Estados Unidos en La Paz una entrevista con el entonces embajador Rocha, el que había comparado a los talibanes con los cultivadores de hojas de coca. La respuesta, enviada por fax a Londres y cuando nosotros ya estábamos en Caracas, tenía una anotación en lápiz "suena interesante", pero tachada, también en lápiz, con un lapidario "olvídenlo". Lo olvidamos hasta esa visita a las Colinas de Valle Arriba.

Meses después, y antes de empezar la tercera parte del documental —Honduras, Guatemala y México—, Sean habló de su perplejidad frente a la cámara:

—Ninguna embajada de los Estados Unidos me concedió una entrevista, los miembros del Banco Mundial y el FMI no me dan la información que les pido.

Apagó la cámara y me preguntó:

—¿Crees que nos están siguiendo?

—No veo ninguna chance de que estén interesados en lo que hacemos.

La paranoia de Langan empezó con sus coberturas en la Unión Soviética, se expandió gracias a los chistes del servicio secreto indio, las expulsiones de Afganistán y el mes que pasó de incógnito (le encantaba decir *undercover*) en Zimbabue. En su habitación en San

Pedro Sula, en Honduras, desarmó el aparato del aire acondicionado para esconder los casetes de video.

—Es que Chiquita —la empresa bananera— quizá ya informó al gobierno y pueden venir a secuestrar el material.

El material, es cierto, no ayudaba a la empresa. Llegamos a Honduras con la idea de contar cómo pasó de enclave bananero a un país de maquilas, esas enormes factorías casi libres de legislación laboral. Estuvimos varios días entre los campos de Chiquita, una de las principales productoras de bananas del mundo, y las maquilas.

Había un conflicto por el intento de la empresa de despedir a unos dos mil empleados. En la recorrida por las plantaciones, con el sol encima, sentimos el olor insoportable de los pesticidas.

Sean se acercó a uno de los trabajadores que llevaba un cuarto de siglo en los campos.

—¿Usted ha sido feliz?

—No, no he sido feliz.

La pregunta me incomodó porque la felicidad no estaba en mi registro de temas posibles en el documental. Pero la respuesta generó un momento muy eficaz.

Los trabajadores nos hicieron preguntas de orden práctico sobre cómo llegar a los Estados Unidos. Pedían sugerencias muy puntuales: caminos, rutas, palabras sueltas en inglés.

En el centro de esos campos quedaba la sede principal de Chiquita y su campo de golf. Hasta allí nos condujo uno de los abogados de la bananera: un gordito que hablaba un inglés nasal y que nos creyó amigos de la causa de su empresa.

—Nosotros equipamos a los trabajadores para que usen sus trajes de protección contra los pesticidas, pero no quieren usarlos. Tienen

buenas condiciones de trabajo.

Sean manejaba la destreza de conseguir que explotados y explotadores lo vieran como su *wingman*, una palabra que él usaba mucho y que incorporé a mi inglés traduciéndolo como aliado. Con el abogado usó cámara abierta, una manera de conseguir testimonios de personas que no sabían que las estaban filmando. Aclaraba, con algo de culpa, que no era una cámara secreta, que también llevaba en su equipaje, pero nunca usamos durante el viaje.

Con su cámara abierta entramos a una maquila de un empresario de Seúl. Recorrimos el amplio galpón donde cuatrocientos cincuenta hombres y mujeres de su fuerza laboral confeccionaban prendas de vestir y luego depositaban en cajas de Walmart. Entusiasmado con los detalles de la economía real, el empresario coreano contó que la remera por la que le pagaban 2,50 se vendía a 15 dólares en ese supermercado.

Cuando nos sentamos en su oficina Sean quiso confirmar que pagaba 80 centavos de dólar por hora. El CEO tomó una calculadora y luego de lanzar números y estimaciones en un inglés rústico lo corrigió:

—No, son 0,56 centavos por hora.

Dos días más tarde cruzamos a Guatemala en taxi. Hicimos base en la colonial Antigua, un destino muy popular entre los viajeros. Sean tenía un insistente encono con ellos. Le molestaba todo: las guías para viajar barato, su pintoresca exaltación del sufrimiento y su desprecio por los que pernoctan en hoteles con estrellas. Sean sabía cómo herirlos. Les preguntaba si hacían turismo o si estaban trabajando. Cuando contestaban que eran viajeros, usaba siempre la misma fórmula:

—Ah, son turistas.

Visitamos las plantaciones de café próximas al Pacífico. Sean había leído algunos reportes sobre la crisis provocada, entre otras razones, por los subsidios estadounidenses que dificultaban la comercialización de la producción guatemalteca. Durante el recorrido nos encontramos con niños que cargaban recipientes de plástico con los frutos que arrancaban de las ramas de los cafetales. Elegían los rojos y descartaban los verdes.

—Esto es explotación infantil —dijo conmocionado.

La paga a los que trabajaban —adultos o niños— era de 3 dólares por 100 libras de café (unos 45 kilos). Casi lo mismo que Sean pagaba por una taza de 10 gramos en Sin café no hay mañana, el local colombiano de su barrio Notting Hill.

—Pienso en mi hijo —contó Sean a cámara, padre primerizo a los 40—. ¿Para esto Occidente impulsa el libre comercio?

Uno de los niños que filmó —Lisandro— dijo no saber su edad.

—¿Duele que los niños trabajen? —le preguntó a uno de los padres.

—Duele, pero ¿qué puede hacer uno? —contestó.

La necesidad que tenían las familias de llevar a sus hijos a los cafetales invitaba a un tratamiento que no se restringiera a las valoraciones morales. Se lo dije a Sean con toda suavidad, pero no estaba abierto a revisar su posición. Descargaba, también ahí, su enojo contra el libre comercio y la globalización.

Un día me sentí mareado en los cafetales. Al día siguiente, los mareos se hicieron más intensos. En un centro médico de la ciudad de Guatemala un clínico me dijo que viera, con urgencia, a un neurólogo. Pensé en los pesticidas de Honduras, en las ingestas de

alcohol en San Pedro Sula, en unos hongos que tomamos en los campos de Chiquita. Por los mareos dejé el alcohol y pausé la vida nocturna con Sean.

La mañana de la cita con el neurólogo me desperté con una extraña falta de aire. Me derrumbé en el sanatorio. Era, desde la muerte de mamá, la primera vez que entraba a un edificio con médicos y médicas, enfermos y enfermas, camillas y sueros.

El neurólogo, vestido de verde y muy serio, contó, a modo de presentación, que había nacido en Honduras, que estaba de paso en Guatemala y que emigraría a los Estados Unidos. Le describí los síntomas y también los meses difíciles por la muerte de mamá y otros temas menores como la renuncia al trabajo, la mudanza y los excesos nocturnos con mi nuevo empleador. Me respondió que era normal que después de meses difíciles el cuerpo se relajara un poco y tuviera esos síntomas. Me diagnosticó ansiedad y estrés.

Visto a la distancia, no era nada nuevo.

Me recetó un tranquilizante menor cada 12 horas. Sugirió que me hiciera una tomografía de cerebro.

—¿Puedo tener un tumor? —le pregunté alarmado, como si todavía estuviese suspendido en la atmósfera de las conversaciones con los médicos de mamá.

—Tienes una posibilidad en cien de tener algo.

—¿Un tumor? —insistí.

—Algo.

Desde Buenos Aires un médico amigo me sugirió que no me hiciera esa tomografía porque solo agregaría angustia. Que tratara de dormir, que no tomara alcohol. Empezaron a aparecer más recuerdos de mamá. De sus veraneos en el campo de Córdoba

cuando andaba a caballo sin montura y se metía en un río manso con sus primas.

Volvimos con Sean a la selva. Nos alojamos en un hotel a pocos kilómetros del Pacífico. Tenía una pileta con forma de corazón para promocionar los paquetes de luna de miel y guardias armados con ametralladoras. No era necesariamente tranquilizador para los huéspedes, pero respondía a los estándares de la zona.

El fin de semana siguiente tocaba en el pueblo —cuyo nombre no anoté ni consigo recordar— Vilma Palma e Vampiros, el grupo de pop argentino que había producido una saga de temas pegadizos y masivos un tiempo atrás. Ocuparían un piso del hotel. En la sala improvisada de internet que se ofrecía a los huéspedes encontré tres páginas mecanografiadas con instrucciones para el personal sobre cómo tratar a la banda: no debían pedirle autógrafos ni fotos, ni mirarlos en exceso.

Sean seguía con obsesiva atención la huelga petrolera contra Chávez que empezaba a paralizar el país. La CNN consignó las versiones de un supuesto golpe de Estado y eso lo alarmó aún más.

—Vayamos ya: no me voy a perder otro golpe —me dijo.

No veía razones para volver. El rodaje en Honduras y Guatemala había sido mucho mejor de lo esperado y esas versiones sonaban como exageradas. Pero la posibilidad de ver a T. después de tres semanas hizo que suavizara mi oposición. Le avisé a T. por e-mail que iríamos unos días. Su recepción fue ciertamente fría. Nos invitó a quedarnos con ella y su equipo. Sean dormiría en el cuarto de huéspedes.

En la madrugada siguiente compramos los pasajes en el mostrador del aeropuerto y después de una escala en Panamá

llegamos a Caracas. En la primera noche T. parecía más interesada en su lectura que en cualquier otra cosa.

Como planeábamos pasar las fiestas en San Salvador de Bahía me pidió un poco de atención a mi vestuario. Debía comprar ropa blanca para estar a tono con *Natal*. Llevaba ya diez años inclinado hacia el otro lado de la paleta de colores: el negro de luto, los grises que pasan inadvertidos y los azules, porque mamá decía que me quedaban bien. Me marcó más enfáticamente la ropa que ya no debía usar, como un pantalón celeste chillón que yo consideraba un as.

Con Sean hicimos el recorrido estándar: la visita al Palacio, el café con un militar antichavista, la consulta con los colegas mejor informados, la asistencia a las marchas de los huelguistas y sus aliados. El golpe que fuimos a registrar no estaba sucediendo.

Al día siguiente Sean empezó a impacientarse.

—Qué mierda la CNN.

T. tenía previsto pasar el fin de semana en la isla Los Roques. Voló el viernes y yo me sumaría el sábado. La noche anterior al viaje fuimos con Sean a un club que funcionaba en la parte de abajo de un *parking*. Era la primera vez que tomaba sin control desde la indicación del médico hondureño.

Volé a Los Roques en la única avioneta disponible con el recuerdo de un accidente aéreo reciente: después de un aterrizaje de emergencia en el mar, los pasajeros sobrevivieron, pero terminaron devorados por los tiburones. Tenía resaca, había dormido 2 horas y estaba muy sensible.

El paraíso coral y de aguas turquesas no nos contagió ni a T. ni a mí.

Hice snorkel en estado de tristeza total. Pensaba en mamá, en su hermana, en mi hermano. Con sus amigas intercambiábamos correos electrónicos.

El domingo al anochecer tomé con T. la avioneta de regreso. Ella leía una novela y yo un manual de historia venezolana para tratar de entender lo que sucedía.

Un día más tarde nos despedimos en la puerta de su departamento con el plan de encontrarnos en Bahía. Teníamos las reservas y mi voluntad de comprar prendas blancas.

En el vuelo de Caracas a Guatemala presentí algo malo. Como si T. ya hubiese decidido salir de la relación. Como si ya fuese otra persona que desaparece de mi vida. Redacté un e-mail de enojo en un cuaderno.

Cuando aterrizamos en Guatemala encontré el correo en el que me pedía que termináramos ahí. Borré ese e-mail insoportable, pero pude rescatar uno posterior, alojado en Hotmail, la cuenta que es el pasado del pasado.

Mi querido Martín, siento mucho todo el dolor que he causado a esta relación. Tengo ambiciones demasiado grandes como para parar la rueda de mi fortuna por una persona en este momento de mi vida. Mira esta ruptura como un alivio para ti, a la larga no nos hubiera generado más que problemas. Yo te sigo queriendo, y seguiré escribiéndote hasta que podamos ser amigos. T.

De Guatemala viajamos en auto durante 12 horas hasta llegar a San Cristóbal de las Casas. Fue un viaje exasperante por la extensión, los constantes retenes y un problema con los papeles del

taxista que nos impedía cruzar a México. Solo bajamos a comer porotos negros con una vista privilegiada al volcán Tacana.

Mi cabeza únicamente trabajaba para esa respuesta imaginaria a T. y la frase final.

Solo me queda decirte felices navidades y buena suerte en tu vida.

Palabras casi idénticas con las que despedí a N. dieciséis años más tarde. Deseándole buena vida sin deseársela. En ambos casos, envuelto en esa épica del que dio todo, estuvo dispuesto a todo y recibe un inesperado rechazo. La epopeya del sufriente.

Antes de volver a Buenos Aires quedaban por delante unos días en San Cristóbal de las Casas y Ciudad de México. En un nuevo tour de los idiotas latinoamericanos debíamos encontrarnos con el subcomandante Marcos. Iniciamos los contactos con su red en la ciudad: oenegeros, dirigentes campesinos y periodistas de radios cooperativas que marcaban la distancia entre esa comunicación y la comercial, que nosotros encarnábamos. Éramos, para ellos, turistas accidentales, oportunistas que queríamos insertar 4 minutos de Marcos en un documental que no tenía un argumento demasiado claro ni una posición ideológica definida. Tenían bastante razón. Tomaron nota del pedido.

Llegamos a Ciudad de México el 21 o 22 de diciembre. Sean voló a Londres para pasar las fiestas con su familia y yo me quedé para trabajar en la última parte del documental.

Encontré una rutina. Cada mañana me levantaba, comía enchiladas y con su efecto energético caminaba como un zombi a

una disquería muy cercana al Zócalo, agarraba los auriculares y escuchaba "No me enseñaste", de Thalía, cinco o seis veces. Me vaciaba en el llanto por T. y seguía la marcha. Para compensar —y sentirme un poquito ilustrado— ponía el *Köln Concert,* de Keith Jarrett, en el walkman.

Mamá cumplía años el 23 de diciembre. Ese día escribí un texto para unas pocas personas y lo mandé por correo electrónico.

Ciudad de México, 23 de diciembre de 2002

Mi madre cumpliría hoy 60 años. Hasta sus 50 se quitaba de a dos o de a cuatro. Una noche tuvo la mala fortuna de decirnos su edad cuando terminaba la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces no pudo quitárselos más.

Para los festejos de sus 50, sus hijos le regalamos una versión de Sur para piano y bandoneón que tocamos en el living de la casa. Fue el día en que la vi más plena y radiante desde el suicido de su esposo, a quien había conocido con 19 años. Noviaron siete años y ella solía recordar que se habían besado en cada una de las plazas de la Capital Federal.

Después del casamiento, ella se convirtió en el sostén de hogar. Mi padre se dedicaba a la militancia política y a defender presos políticos ad honorem y no quería vivir, en ese momento, de la generosa teta de la familia Sivak. Ella tenía unos cuantos pacientes y atendía en el hospital de Ramos Mejía. Había sido una muy buena estudiante, pero tardó en recibirse por el pavor que le provocaban los finales.

"A qué mundo traigo a este bebé" o "Qué bebé traigo a este mundo", me dijo cuando nací, en una clínica de Barrio Norte. Le pregunté por esa frase en la sala de terapia intensiva.

Me llamaba El Principito por un sobretodo azul que me regaló mi abuela paterna, Victoria. Después Tinchito o Martincito, a pesar de la barba y la altura. Nunca le dije mamá. Le decíamos enana o negrita. Mi papá contaba que era morena porque de chica en la imprenta de Sabino Araujo, su padre andaluz, le habían volcado un frasco de tinta negra. Sabino siempre le repetía que en un país como la Argentina, donde la Iglesia y el Ejército eran tan poderosos, debía tener doble pasaporte. Tardó casi 45 años en darle la razón.

Murió enojada con la Argentina y uno de sus últimos deseos fue radicarse en España. La última vez que salió debió esperar meses hasta que un juez la autorizara porque tenía dos causas —ajenas y absurdas— vinculadas a la quiebra del banco familiar.

Todavía admiro cómo sobrevivió a la muerte de su esposo, el único gran amor de su vida. Los primeros meses fueron espantosos. En una casa desproporcionadamente grande, de cuatro pisos, dormíamos apiñados en colchones en mi cuarto. Sollozábamos toda la noche y entre los tres nos consolábamos.

Fuimos, con discusiones y disgustos entre nosotros, un bloque contra algunos familiares y amigos. En su frontalidad y a veces poco tino, sólo pensaba en defendernos a nosotros. Recién ahora lo puedo ver de ese modo.

Así fue su pelea contra el cáncer. La única vez que se lo pude decir fue cuando le di la biografía de Banzer, que estaba dedicada a ella y a mi hermano. Escribí ese libro en una carrera contra el tiempo periodístico y contra su cáncer. Le di el libro en el escritorio de casa,

el 20 de agosto de 2001, y nos abrazamos por un rato largo. De ahí en más lo cargaba en su cartera o lo tenía siempre en su mesita de luz.

Leyó todas las notas que escribí. Cuando salió mi primera nota en el ignoto mensuario El espejo, en 1994, pasó horas buscándolo en los kioscos de la ciudad hasta encontrarlo. Siempre le pedí comentarios críticos a mis artículos y se negaba a darlos. "Otros me gustaron más", fue lo más duro que me dijo.

Nos reíamos que pronunciaba mal casi todos los apellidos, que se peleaba hasta con el diariero por las cuentas; nos encantaba esconderle los chocolates, estirar los dedos del pie, amenazarla con quitarle la peluca que usaba por la quimioterapia e imitar sus conversaciones con sus amigas analistas. Éramos, creía, como tres hermanitos hasta que en su agonía tuve la más fuerte de las sensaciones: sentir que (yo) había salido de ese cuerpo esmirriado. Nunca me había dado cuenta, por obvio que sea.

Horas antes de su muerte tuvimos nuestra última conversación. Ella me dijo que nos quería tanto como una gran montaña. Se le cayeron unas lágrimas chicas y con poca agua. Casi sin respirar, alzó los brazos y con ellos dibujó una montaña. Fue lo último que escuché y vi de ella.

No hubo día, en estos tres meses de dolor irremediable, que no haya pensado en esa montaña.

Martín

En la medianoche del 24 de diciembre, tomé el vuelo que unía Ciudad de México con Buenos Aires. A pesar de la pastilla me costó

dormir, soñé con T. y amanecí con un cielo rojo en el descenso a la ciudad.

Dorián me esperaba en el aeropuerto.

***

Me instalé en lo de mamá para pasar unas breves vacaciones antes de reencontrarme con Sean en el sur de México. El Colo y Esteban —dos amigos de la carrera de Sociología— me auxiliaron en la mudanza del Abasto a Acassuso. Silvina me ayudó a arreglar la casa que había retomado su declinación. Debía lucir mejor para poder venderla y pagar sus deudas con una feria americana que me llevó meses organizar. Dormía en la cama de mamá.

Me encontré con Sean el Día de Reyes en San Cristóbal de las Casas para empezar el último tramo del documental: nada le importaba más que conversar con el subcomandante Marcos.

El primero de enero de ese 2003, los zapatistas habían hecho una acción sorpresa para el noveno aniversario del alzamiento: llegaron a caballo a San Cristóbal, pasaron unas pocas horas y se fueron. No los detuvieron, no les dispararon.

—Debimos haber estado ahí —dijo Sean.

Solo habíamos visto a los zapatistas en los posters y las camisetas que se comercializan en las tiendas de la ciudad.

Mientras esperábamos una respuesta por la entrevista a Marcos, volaríamos a la selva Lacandona para conocer a los damnificados del Plan Puebla-Panamá (PPP), un proyecto que se proponía construir puentes, rutas, represas y otras obras de infraestructura. Según sus denunciantes, favorecía a las grandes empresas interesadas en

realizar inversiones en América Central y perjudicaba al medio ambiente y a cientos de pueblos originarios que deberían relocalizarse.

Contactamos a una organización indígena no zapatista para pasar un par de días en un pequeño poblado y evaluar los primeros efectos del PPP. Sean me pidió que les informara a los zapatistas. Pensaba que Marcos, que llevaba varios años sin dar entrevistas, podría apersonarse a caballo para hablar con nosotros.

Tomamos un taxi que recorrió unos 600 kilómetros en una ruta asfaltada hasta que llegamos a un pueblo desde donde volaríamos a la selva. En un primer intento la avioneta de tres plazas no pudo salir por una tormenta con granizo. La mañana siguiente surgió un problema adicional en pleno vuelo: no aparecía un claro donde aterrizar hasta que el piloto divisó un sendero largo de césped como pista.

Pasamos varios días sin luz eléctrica ni agua potable. Dormimos sobre maderas sin colchones, nos bañamos en una pequeña cascada, no tomamos alcohol y probamos un pollo desconocido para mí: duro como carne vacuna por la falta de hormonas.

A Sean le gustaba reírse de mi condición de urbano. Como en cada lugar, hicimos competencias para ver quién aguantaba más segundos sin respirar en una laguna o partidas de ajedrez.

En esas 48 horas escuchamos las historias de los pobladores. El documental era sobre los perjudicados, los desplazados y sobre Sean. No necesariamente en ese orden. Hubo un acto en el que las autoridades dieron discursos breves para lo que ellos llamaban la película. Lamento haber perdido el cuaderno de notas y depender de la versión editada del documental.

Pasamos el amanecer del domingo con la vista puesta en las montañas. A pesar de la llovizna ansiábamos que llegara el taxi avioneta. Cuando apareció tardó unos minutos en aterrizar. El piloto olía a bebida blanca.

—No podemos subirnos si estás borracho —le dije.

—Es domingo de mañana. Los sábados hay fiesta —contestó.

Llevé a un aparte a Sean para decirle que prefería caminar 40 horas antes de arriesgarme. No solo era el control positivo de alcoholemia. Era la lluvia, el viento y esa avioneta enclenque.

Sean vio otro momento para el documental. La quimera de volver a arriesgar nuestras vidas.

Cuando la avioneta no podía subir 20, 30 o 40 metros para pasar la línea de las montañas (en el aire me resultaba difícil calcular la altura), yo gritaba o comía mi bufanda artesanal. La descuarticé con los dientes. Sean filmaba y se reía de mi miedo hasta que se puso a rezar.

El suspenso fue largo.

Superadas las montañas, el piloto empezó a hacer leves juegos de acrobacia. Se inclinaba hacia un lado y otro. Sean recuperó su risa y volvió a filmar.

Al fin aterrizamos. Solté las hilachas de la bufanda y le grité al piloto variaciones de "fuiste un irresponsable". Tomó los 300 dólares del viaje y propuso una tregua:

—Vente a tomar unas chelas con nosotros, así te relajas.

De regreso en auto a San Cristóbal pasamos por un campamento con las banderas zapatistas de fondo negro y estrella roja. Cuando le dije a Sean que me parecía que no valía la pena, contestó maliciosamente.

—En otro momento del documental hubiese salido corriendo, entusiasta, a abordarlos.

Era una acusación de aburguesamiento —y podía tener razón—, pero me ofendí. Le propuse que bajáramos. No había nada sustancioso.

Sean cada tanto mencionaba a un amigo mexicano, que se llamaba Pascual, como posible productor adicional para conseguir la entrevista con Marcos. Estuvimos, en total, dos semanas en San Cristóbal y el llamado y la cita de los zapatistas nunca llegó. Volamos a Ciudad de México para cubrir la marcha de "El campo no aguanta más", la protesta de los productores locales que perdían con las políticas proteccionistas de los Estados Unidos. Y luego seguimos al último destino: Tijuana, una ciudad importante en los más de 3000 kilómetros de frontera que separan a México de los Estados Unidos.

En dos semanas de estadía vimos muchas maneras de cruzar lo que llamaban "la línea". Estaban las razones recreativas de la noche. Los estadounidenses —en su mayoría sub 25— se quedaban ciegos tomando margaritas, conseguían el gramo de cocaína a 20 dólares —contra los 80 o 90 al otro lado— y pagaban 15 por un *table-dance*.

Los primeros mexicanos con los que hablamos nos dieron sus propias razones de cruce por el día. Jorge Cornejo, el corresponsal de *La Jornada* en Tijuana, contó que cruzaba a comprar leche para sus hijas y comida para el perro. "Voy para ver algunos partidos de fútbol (americano) y hacer algunas apuestitas deportivas", dijo un funcionario de Migraciones.

Nos concentramos en los que entraban ilegalmente a los Estados Unidos. Pasamos un día en el desierto de Tecate junto con los Beta, una fuerza especial del Estado mexicano que asistía a los migrantes.

Les daban agua, los orientaban para que no los mataran el sol o la sed, y perseguían a los coyotes (cuentapropistas que cobran para cruzar a los inmigrantes). Habían sido, también, objeto de denuncias.

En una zona del Tecate con grandes rocas encontramos a dos hombres que pensaban llegar a San Diego con agua y unas latas de arvejas y sardinas. "Vamos a las cosechas", contó uno y no quiso seguir con la charla para guardar energías.

En un área menos desértica conocimos a un muchacho con la cara quemada que llevaba esperando un mes para cruzar. Su esposa y sus hijos habían ido los últimos tres sábados a visitarlo. Le llevaban comida y charlaban de lado a lado del muro hasta que se apagaba la luz natural. El hombre lo contó como parte de su nueva vida hasta que recordó que su hijo lloraba las 4 horas que les tomaba volver a la casa. Y cuando lo dijo, en un inglés sin acento, él mismo se derrumbó y pidió a Sean que bajara la cámara, que no lo filmara llorando.

Esa noche cenamos con dos funcionarios de Homeland Security. Sus temas de interés eran la relación entre los inmigrantes y el narcotráfico. Uno explicó por qué había tramos con muro y otros sin él:

—Cuanto más muro hay, más seguridad para todos.

—¿Como una Muralla China contra el narcotráfico? —le preguntó Sean burlonamente.

—La muralla norteamericana —contestó.

Sean cruzó por otra razón: a retirar los últimos dólares que le había dejado la empresa productora. Fue unas horas después de romper el teléfono del hotel tras una discusión con su directora

ejecutiva. Le dijo *cunt*, cuya traducción en español (puta, yegua) no tiene la gravedad que Sean le asignó en inglés. No se vuelve de ese insulto, me explicó.

Pasamos las últimas cinco noches del documental en Playas de Tijuana. El muro avanzaba sobre el océano unos 50 metros. Los que cruzaban entraban al agua y nadaban hasta el otro lado de la frontera. Antes estudiaban los movimientos de la migra, la fuerza estadounidense a cargo de custodiar la frontera.

La primera noche, Roberto, un podador guatemalteco, nos sorprendió con un grito:

—¡Se durmió, la migra se durmió!

Nosotros veíamos lo mismo que él: un jeep con las luces encendidas. Pero Roberto insistía. Y cruzó. La migra, efectivamente, dormía.

La noche siguiente conocimos a Miguel. Al otro lado del muro lo esperaba su ocupación de siempre: limpiar las suelas de los zapatos en el Golf Club de San Diego. "Ningún americano quiere hacer mi trabajo". Contó que la bolsa de basura en la que pondría su ropa tenía una doble utilidad: conservar seca su única muda y hacer de flotador para el primer cruce del Pacífico y uno posterior, un río breve con corrientes endiabladas.

A Laura la conocimos en la madrugada del último día de rodaje. Chiapaneca y tímida, tenía 16 años y llevaba en su panza un bebé de nueve meses y una semana. El plan A de Laura era caminar a San Diego y el plan B era cruzar unos cien metros, acostarse en la arena y tratar de dar a luz a Danielito: así, según ella, Danielito se podría convertir en ciudadano estadounidense.

Sugerí que no lo intentara, que fuéramos al hospital y un par de obviedades más.

—Yo cruzo para que mi hijo no tenga que cruzar de grande —dijo a la cámara y decidí callar para siempre.

A unos pocos metros los inmigrantes empezaban a prepararse en grupos de tres. Estaban en calzoncillos y con bolsas negras de basura con su ropa. Al pasar saludaban a la cámara encendida.

A las 2 de la mañana, Laura nos despidió: "No se olviden de mí ni de ninguno de nosotros". El documental termina con esas imágenes tristes de los que cruzan. Y la voz en off de Sean.

Volvimos al hotel y nos sentamos en las reposeras de la pileta. El mezcal no nos alcoholizaba, ni nos daba la euforia del fin del documental. Seguíamos hablando de Laura cuando empezó a clarear.

Volamos juntos a Ciudad de México y de ahí cada uno seguiría con su vida. Nos dimos un abrazo en el aeropuerto sin decirnos demasiado. Días más tarde recibí un e-mail de Sean.

Martin. ¡Qué viaje! Guau. Fue un viaje único en la vida. Por extraño que parezca, ya he olvidado la puntuación de nuestra competición. ¿Fue 14/14? ¿O gané yo? No me acuerdo.

Apuesto a que estás contento de estar de vuelta en Buenos Aires. Yo llegué a Londres muy, muy cansado. Las últimas noches fueron de mucha euforia y emoción. Quiero agradecerte y disculparme por mi comportamiento en México. Como dijiste, estuvo muy mal y fue injusto de mi parte culparte cuando las cosas iban mal, y mencionar siempre a Pascual como una amenaza. La enorme presión que tenía no me disculpa.

Quiero darte las gracias por tu trabajo esforzado, tus grandes ideas y la pésima traducción. Realmente no podría haber completado la serie sin vos. Lo más importante que quiero decirte es que disfruté mucho de tu compañía. Nueve meses juntos en la ruta, en aviones de mierda, en hoteles, y a veces bajo fuego, exige mucho de dos personas. Tuvimos toda la emoción de un nuevo romance, y realmente fue el comienzo de una gran amistad. Pero con toda la presión que tuvimos, tanto personal como profesional y farmacéutica, muchas amistades habrían terminado. Sobrevivimos sobre todo gracias a tu paciencia. Así que, una vez más, gracias.

Con profunda amistad y respeto y cariño absoluto, de Sean, el Maestro de Ajedrez. ¡Por un gran viaje!

Siete. 2019. Diario de febrero. Buenos Aires

Febrero, 3. Repaso los números: 34 días sin alcohol, 36 con Rivotril, 35.000 palabras escritas, 12.056 pasos por día de promedio (unos 8 kilómetros), 5 frutas diarias, 4 trotes por semana, 10 días de boxeo.

Me asaltan recuerdos deshilvanados.

A N. le gustaba mucho una casa en la campiña francesa que había comprado su abuelo cruceño. Un verano, una amiga de su hermano mayor había sacado fotos y las había subido a Instagram. Para N. era un intento de apropiación. Le fastidiaba soberanamente: le pidió que no lo hicieran más.

En diciembre N. estaba convencida que la señora que cuidaba a sus hijas y la atendía a ella había intentado envenenarla con la comida.

Una noche muy al final de todo N. canceló una cita porque no encontró la llave de su casa. Tomó aceite de marihuana y transpiraba en el palier. Decía que tenía muchas cosas: la mudanza, el juicio de divorcio, la enfermedad de su papá y nosotros.

Febrero, 4. Imagino nuestro primer encuentro. Me creo, pretenciosamente, con espalda y altura y con la seguridad de aparentar frialdad y distancia.

Por falta de valor descarto Tinder y Happn. Tampoco puedo estar solo. Veo personas. Por momentos compulsivamente. No consigo tener gestos de cariño o afecto.

En los últimos meses con N. había renunciado a las relaciones ocasionales. Me encontré con una de ellas, fuimos a un bar, a mi casa y ahí le anuncié solemnemente mi decisión de consagrarme a N. Desde entonces y para siempre. Al poco tiempo supe que mis planes no coincidían con los suyos.

Febrero, 5. "¿Te dejaron por Jonatan?", me pregunta mi amiga Ana por mensaje de texto y sigue sin esperar respuesta ni explicación.

"Qué cosa más ordinaria, por favor. Me intentó vender un estudio en Miami Beach en zunga y remera".

La leo y releo, mientras viajo en el subte D.

Duermo un poco mejor. Me levanto a las 4, descarto la idea de medio Rivotril y consigo volver a dormirme.

Febrero, 12. Anoche fuimos con mi amigo el Colo al bar Mamita, una esquina de Colegiales con un salón en penumbras, pero iluminado por un Alberto Olmedo en blanco y de neón. Hombres y mujeres toman cocaína en el baño después de respetar las filas de acceso.

El dueño y animador, Norman, vive en el piso de arriba, desayuna ocho huevos fritos cada día de la semana y se entrega a largas maratones de televisión y series. Su moto BMW de tres ruedas y con

stickers de Batman queda estacionada en la puerta. Cada noche baja al salón de Mamita y se somete a largas rondas de fernet con Coca-Cola. Escruta la escena de su bar como si no fuera propio. Tiene el pelo muy largo, anillos en todos los dedos y un sobrepeso que no parece importarle. Cuando empieza a clarear escribe en Facebook.

Esa noche, por una serie de circunstancias azarosas, Norman recibe mi reporte del caso N. y no vacila en su resolución:

—Volvé a tomar alcohol y escribí todo en el Face.

Le agradezco y pido una Coca Zero. Con el Colo nos sentamos en la barra; él evita darme sugerencias. Nos vamos temprano porque debo madrugar para recibir a los albañiles que mejoran y pintan mi casa. Avanzo con todo menos con la funda del sillón. N. me había recomendado un azul francia. Elijo, finalmente, un gris para no darle esa última razón.

Febrero, 13

—Tengo miedo de que vos y mami se mueran —me dice Cami comiendo Chocolinas.

Le había preguntado si le pasaba algo, esperando cualquier respuesta menos esa.

—¿Desde cuándo?

—Desde las vacaciones.

Hablamos de su abuelo materno que murió pocos años antes.

Quiso saber, por fin, cómo había muerto mi papá.

Le dije que había saltado desde un edificio alto. Que su abuelo estaba muy triste y que había tenido una vida difícil. Me preguntó si

yo tenía una vida difícil. Contesté que no, que tenía una vida muy linda, y que no existía ninguna posibilidad de que muriera como su abuelo.

Me preparé diez años para hablar de ese tema con Cami, pero no sé si dije lo correcto. Si hablé de más o de menos.

Empezó a tener insomnio, miedo a no dormirse. La ansiedad crecía a partir de las 8. Algunas noches podía. Otras no. Descubrió que le gustaba despertarse, prender el velador y estar solo en la casa con la única ayuda del reloj de la cocina en su mesita de luz y tres de sus peluches.

Febrero, 14. Anoche me encontré en La Lucila con Marina, una compañera de primaria y secundaria que vive en un rancho cerca de la playa en Rocha, Uruguay. Caminamos un rato y nos sentamos en una mesa a la calle del restaurante de su familia. Marina es enérgica en todo lo que dice. Tiene el pelo muy largo como iluminado por el sol. Cuando no surfea hace acuarelas de peces o brebajes con yuyos. En pocos días se hará una inseminación artificial. Terminó con su último novio unos meses atrás porque él no quería tener hijos.

Pidió jugo de naranja y vino tinto para ella y agua para mí. Me retó.

—Vos no te podés poner tan mal por una chica.

Me contó de las veces que estuvo en la casa de Tigre de Jonatan y de su estrategia de seducción: le habló de la vida espiritual que encontró en Rishikesh y que su alma había quedado ahí para siempre. Le propuso que viajaran juntos a la India.

—Un pibe muy liviano. Y te lo dice una exmodelo, ja.

Anoté, en una servilleta, lo que dijo de N.

—Cómo la coloreaste. Cómo agarraste los lápices Caran d'Ache.

A la 1 de la mañana la acompañé a la casa y luego esperé casi media hora a que llegara el 168.

Febrero, 17. Mañana voy a ver a N. en una presentación de un libro de la editorial en la que trabajo. No puedo faltar y ella tampoco. Arriesgo que vestirá sus jeans clásicos —no importa el calor pegajoso en estos días— y remera Vince blanca de algodón dentro del pantalón. Evalúo si ponerme anteojos negros por primera vez.

Febrero, 18. La presentación del libro es masiva para la fecha. Pude haberme ido enseguida, pero me impuse quedarme para saludar a N. No tan frío, no tan distante, pero evitar evitarla.

Estaba vestida tal como había arriesgado. Noté que tenía nuevos accesorios: una mochila de cuero azul, un protector de celular. Yo llevaba una camisa blanca, un pantalón gris y zapatos flamantes, en un esfuerzo por no lucir triste, roto, golpeado; para impedir que cualquier desaliño revelara el estado interior.

Cuando la vi, caminé hacia ella y pasé de largo. Simulé buscar a alguien y desandé unos metros para tener ese uno a uno. Ella fingía que hablaba por celular para no saludar. Conozco ese truco porque solía hacerlo con otras personas.

Nos hicimos la misma pregunta: ¿cómo estás? El suyo sonó desproporcionadamente falso y no sé cómo sonó el mío. Nos dimos un beso seco. La vi aniñada y, sobre todo, atribulada, incómoda,

más bajita. No sentí dolor, ni emoción, ni ganas de charlar o hacerle un chiste. La nada misma.

Me fui con la victoria moral de no haberme quebrado.

La victoria duró 90 minutos.

Rodolfo, un amigo del trabajo, me dijo que había estado en una comida y alguien anunció que N. se iba a vivir a los Estados Unidos con Jonatan. Pensé en sus hijas, en que supuestamente odiaba ese país.

Más tarde me derrumbé. Y volví a la noche de Navidad, en Catamarca.

Febrero, 23. Falta la formalización de la relación, los viajes a Rishikesh, el casamiento, los hijos con Jonatan. Cuando eso ocurra espero no estar en esta intemperie.

A la noche visito a Marina y bajamos al río. Vemos la luna. Me pregunta si estoy llorando. Contesto que sí.

—Ay, Martín —dice y se ríe.

Es lo que necesito: que alguien no se tome en serio el melodrama.

Febrero, 24. Cami vuelve sobre el tema durante el desayuno.

—Tengo miedo de que te mueras.

—No me voy a morir, Cami.

—Tengo miedo de que te suicides… ¿Qué es que te suicides?

—Que te mates vos mismo.

—No hay ninguna posibilidad.

Febrero, 25. Doy 18.360 pasos, hago 13,22 kilómetros, según la aplicación. Llevo 62 días sin alcohol. Si llego al 6 de abril sin tomar, habré alcanzado los 100, mi cumbre del sistema de numeración decimal.

Anoche fui a un cóctel en el Palacio Duhau. En esas situaciones veo mejor qué y cómo tomó cada quién y los efectos en sus euforias. Javier, un exaltado productor y escenógrafo, habló frenéticamente de la película de Lady Gaga y Bradley Cooper. Fue la última que vi con N. en el cine. Debió irse antes porque su hija menor lloraba y reclamaba su presencia. Se perdió el final: cuando Bradley Cooper —un cantante alcohólico— se suicida.

El boxeo es el mundo del pequeño rigor. Matías, el entrenador, no puede tolerar mi falta de coordinación manifiesta, mi imposibilidad de girar bien para pegar una derecha contundente. Mi cuerpo no obedece. Es una sensación demoledora. El ejercicio de una hora, la frustración del aprendizaje lento y los retos del entrenador.

A la noche me pregunto por qué no abrí las paritarias de la separación con N. aún antes de Jonatan. Por qué pesó más que nada la aceptación resignada. No entré en el pantano de los reproches, los reclamos airados, todo el repertorio que usé en mi favor y que también escuché en mi contra. ¿Mejor el que presume irse digno? No sirve de nada esa dignidad. Es impostura en alguien, como yo, que fue tantas veces indigno.

Febrero, 26. Recibo la tercera caja de Rivotril. Es como un futuro cercano asegurado. Me explican que una medicación más fuerte

corta la cadena psíquica y la noche queda en blanco para siempre.

Febrero, 28. Para huir —y a la vez entender— del caso N. llevo días en un ejercicio al que aún no le encuentro utilidad explícita: evocar, rotular, escribir y reescribir historias propias de dolor amoroso. Y ahora aparece —o hago que aparezca— la prehistoria y sus dos patrones definidos.

El primer patrón, de los 14 hasta los 18 años, fueron enamoramientos largos y persistentes sin reciprocidad alguna.

El segundo patrón, de los 19 a los 24, fueron noviazgos felices de los que en algún momento quise salir, tres meses más tarde entraba en un ciclo de desesperación agónica por volver y recibía un rotundo no. Ocurrió a los 19, a los 21, y a los 24.

Durante el último fin de semana de febrero libre, con el zumbido de N. de fondo, escribo sobre el primer patrón pensando en la ausencia de reciprocidad del presente. Todo lo que recuerdo del caso C.

Como si se tratara de una comparación científica, usé la pizarra de corcho de la cocina —donde suelen estar las facturas impagas o los recordatorios urgentes— para pegar papeles de colores con las diferencias y las similitudes entre el caso C. y el caso N. Quería saber, también, cuánto había cambiado mi capacidad de albergar ese sentimiento de desgarro.

Cuando Cami me preguntó por las nuevas paletas de colores en la pizarra —no entendía mi letra— le contesté que era la estructura de un libro de un autor que estaba enloqueciendo despacito. Al rato

puse esos papeles a un costado para redactar cronológicamente —casi sin comparaciones— el caso C. Así lo titulé.

El caso C

1993 fue el año en que estuve completamente enamorado de C. El año en que tuve 17 y 18 años. La música de fondo es "Carol", una canción de sesenta y una palabras de Los Ratones Paranoicos.

Carolina, ya no hay tiempo para mí
este día y en el carro voy a ir
a buscarla por un puente algo gris
muchas veces vuelcan autos hacia aquí.

C. era la mejor amiga de Susú, la novia de mi amigo Agustín. Cuando él me invitó al casting de la primera película de su padre, *El amante de las películas mudas*, y me dijo que iba a presentármela, me preparé para la ocasión. Elegí unos shorts de jean, no recuerdo si unas botitas de gamuza o unas All Star altas grises y una remera blanca que remitía a los trazos gruesos de Fido Dido, el personaje publicitario de 7up. En el walkman llevaba indefectiblemente casetes de Piazzolla. Me gustaba mucho —era el único póster de mi cuarto adolescente— y necesitaba hacer pública la adhesión.

En ese mundo de los colegios bilingües —con una porción del alumnado volcado a la práctica del rugby— supongo que buscaba una distinción, una diferencia. Con Agustín y nuestro amigo Macario

hicimos la revista *Ruidos y Mugidos* en 1991 y *Exultate* en 1992. Mis artículos eran decididamente tristes y malos.

Mi presente me encuentra en otra noche de insomnio ubicado en el mismo sitio desierto y con fantasmas de otras noches más prósperas. Busco sosegarme entre mis penumbras, queriendo argumentar las canciones olvidadas. Las sombras mojan mis ojos nuevamente como muchos años atrás.

"Eras como una nube de dolor", me dijo años después mi compañera Marina. No era consciente de ello y en la mirada de los demás pesaban más tres complejos: la gordura, el pelo pajoso e, intermitentemente, los granos que llegué a taparme con curitas. Mis amigos del colegio me llamaban autista.

Después de la muerte de papá empecé tres nuevas actividades en simultáneo. Básquet en el club Buchardo, el taller de periodismo para chicos de *Página/12* y bandoneón.

Cada viernes tomaba clases en Villa Luro. Viajaba en tren de Acassuso a Barrancas de Belgrano y subía al 113 con dirección a Liniers. Era una proeza, una muestra de amor por eso que asociaba indefectiblemente a papá: el tango. Practicaba 2 horas por día, pero no tenía oído musical ni talento. Priorizaba la escala cromática y mantener un repertorio de nueve arreglos individuales: un minué de Bach, "Sur", "Yesterday", de los Beatles, "Naranjo en flor", "Adiós, Nonino", "La última curda", "Libertango", "Años de soledad", "El día que me quieras".

C. me gustó instantáneamente la primera vez que la vi. Su cara redonda, los ojos marrones, el pelo rubio lacio y larguísimo. No dijo

mucho. No dije mucho. Pero fue el pasaje inmediato al enamoramiento absoluto.

En quinto descubrí la marihuana. Creo que había probado antes, pero en el último año de la secundaria se convirtió en un consumo regular con mis compañeros del Highlands, incluso los días de clase. Nos encontrábamos en las vías del tren a las 7.15, fumábamos y antes de entrar nos colocábamos las gotitas que blanqueaban los ojos.

En un primer tiempo no sabía cómo acercarme a solas a C. y los encuentros tenían la inercia de las reuniones mixtas. Fumábamos, veíamos Los Simpson en la casa de Susú de Olivos, comíamos grandes cantidades de harinas dulces con el bajón de hambre. A falta de una aproximación en esos menudeos grupales, di un temerario, y también torpe, primer paso.

Un martes de invierno, me embarqué en una travesía de 50 minutos para buscar a C. Conduje el Renault 9 gris de mamá en dirección opuesta a mi escuela solo para llevarla a su colegio. La primera vez que lo hice, C. se sorprendió. Viajamos los tres: ella, su hermano y yo. Al bajarse, le entregué mi primer poema de amor, seguramente muy influenciado por los poetas que leía a mis 17: Girondo, Gelman y Benedetti. He recibido muchos reproches por ese trío de juventud.

Repetí el ritual unas diez veces y casi quedé libre por las medias faltas acumuladas al llegar tarde al colegio. Había tomado demasiado en serio la canción de Los Ratones Paranoicos. Cuando no tenía el auto y me resignaba con el tren, buscaba la mejor posición posible para verla en el andén de enfrente, esperando el

suyo. Muchas mañanas, si coincidíamos, podía verla: su uniforme todo rojo, la bufanda marrón y la cara de frío.

Un día, finalmente, me declaré en persona, sin la mediación de los poemas. Fue en el mismo Renault 9 que usé para llevarla y traerla del colegio. Un miércoles a las 8 de la noche.

No recuerdo los detalles ni las frases que llevé armadas en la cabeza y sobre las cuales había pensado durante semanas. Esa primera parte estuvo bien.

Le aclaré que solo quería decírselo, que no tenía que contestarme nada. No intenté darle un beso ni le extendí la mano. Quise dejar testimonio. Como si se tratase de un tribunal para dar cuenta de ese sentimiento irracional. Como si lo que verdaderamente importara fueran esas palabras puras dichas de asiento a asiento.

Volví triunfal por las calles internas que unen Olivos y Acassuso. Llevaba la victoria del amor puro. Los besos o el acceso carnal eran otra cosa, un problema del que podía prescindir. Me quedaba con el triunfo enorme de la enunciación.

Un día después, Susú, que hasta entonces parecía ajena en mis intentos, me dijo que había estado muy bien. Y sentí que había una aprobación. Un: bien hecho. Un: ahora es cuando.

Envalentonado, la invité a un concierto de tango. A ella le gustaba mucho escucharlo y, sobre todo, bailarlo. En un viaje al Centro saqué entradas, muy posiblemente, para ver Salgán y De Lío, y esperé ese sábado con relativa ansiedad. Si el concierto empezaba a las 9, toqué el timbre de su casa a las 7.30.

El timbre sonó una vez.

Dos veces.

Tres veces.

Hasta llegar a mil. Y C. no estaba. Ni su familia. Ni nadie.

Días más tarde usó una de las frases de su repertorio para explicar el desplante: Me colgué. El cuelgue estaba, en algún sentido, asociado a la marihuana.

No me resigné. Una noche de primavera fui a tocar el bandoneón desde la vereda. La luz de su habitación estaba prendida. Ejecuté "Naranjo en flor" en un arreglo solista que podía completar sin descollar, con un problema evidente de ritmo, pero con la certeza de embocar casi todas las notas. Mientras tocaba miraba su balcón y las casas vecinas para evitar algún repudio. C. no salió. Nunca supe si estaba o si decidió no salir.

Mis compañeros de división tenían un grupo de música llamado Ocote, un cordobesismo que quiere decir culo y que nos enseñó Leandro, el guitarrista. Mi debut en Ocote, como invitado, fue en Arpegios, en San Telmo. Una de esas noches en las que había casi tantas bandas como público. Mi participación se limitaba a acompañar al grupo en una canción, "El blusito", que tenía una primera frase fácil de recordar: *En la misma ciudad en la que nació Gardel.*

Esa noche, además, haríamos con Agustín un dúo breve de bandoneón y violín del andantino de "Adiós, Nonino". Junté valor y antes de salir al escenario, busqué a C. en el público para cerciorarme de no repetir la escena de la serenata. Como si quien saliera de los camarines de Arpegio fuera una estrella, le dije al oído:

—Esto que vamos a tocar es para vos.

Subí al escenario vestido con el gamulán negro de papá, un pañuelo gris y borceguíes oscuros.

Se hizo un silencio. El simpatizante de una banda de punk rock profirió un insulto genérico contra los hippies, volvió el silencio y ejecutamos la pieza. No recibí ningún comentario de C.

Intenté, finalmente, con un brujo. Lo visité una tarde en un departamento de Las Heras y Ugarteche. Su living daba a un jardín común con juegos y pelotero. Me ofreció marihuana y cocaína antes de empezar la sesión. Dije que no. Aunque mi prioridad era hablar de C., el brujo me llevó a hablar de mi abuelo materno. No recuerdo los detalles, pero sí que en algún momento me dio una tarea. Todos los días debía escribir unas frases sobre C. en una hoja sin renglones. Lo pude hacer un par de semanas hasta que concluí que tampoco funcionaba.

Una tarde C. vino con dos de sus amigas, Susú y Julieta, a mi casa. En el escritorio vimos un documental de Sumo que termina con una versión solista de Fito Páez de "Mañana en el Abasto". Fumamos y tomamos té con leche con galletas de agua. Las mojábamos y nos reíamos con el cambio de sus formas en la infusión.

A la noche llamé a C. y le dije que quería verla 10 minutos. Tomé el tren y al rato estaba en su habitación. Le tiré el cuerpo de papá: le hablé de su muerte, de mi dolor. No podía estar más errado. La chica que me había dicho que no escuchaba mi catarsis de llantos y mocos. Ahí estaba el final.

Hubo una última tanda de poemas, la última aparición para llevarla al colegio, los últimos porros grupales. La vi por última vez en la fiesta de egresados de mi división en un boliche de la Costanera en diciembre de 1993.

Seis meses más tarde C. dejó de gustarme. Lo que parecía insoportable —la no reciprocidad, la espera, los intentos fallidos, el sufrimiento interminable— ya no me importaba. Fue un alivio recordarlo, mientras todavía no decido qué hacer con esos papeles de colores que usé para las comparaciones con N.

En los siguientes veinticinco años no me encontré con C. Ni siquiera intercambiamos frases de ocasión por correo o redes sociales. Desde la vecindad del Facebook, supe que tuvo varios hijos y que vivió en Uruguay.

Ocho. 2005-2017. De Londres a Afganistán

Con Sean mantuve un contacto regular que se intensificaba cuando él pasaba temporadas en Afganistán o Irak.

—Bienvenido al centro del mundo —me texteó el 7 de julio de 2005.

Por su mensaje me enteré de que aquel día cincuenta y seis personas habían muerto por los ataques suicidas en el transporte público de Londres. La cuarta bomba explotó en un colectivo a pocos metros de la plaza Tavistock, la sede principal de la maestría en Política latinoamericana que yo empezaría en septiembre; Sean había firmado una carta de recomendación para la beca del British Council.

El día que aterricé en Londres sentí una alegría indescriptible. El plan había empezado cuando mamá estaba en terapia intensiva a horas de morir y se había concretado tres años más tarde.

Me instalé en un piso 16 en un complejo de edificios para personas de bajos ingresos en Camden Town, en el norte de Londres. Los primeros días caminaba mientras duraba la luz natural, hacía trámites migratorios de residencia y en la universidad, asistía a los cursos explicativos del British Council y a sus cócteles introductorios. Descubrí una situación extraordinaria de privilegio: me pagaban un sueldo por estudiar. Toda mi educación había sido de ocupación doble: la carrera (una licenciatura y un terciario) y

múltiples trabajos. En Londres podía dedicarme solo a los cursos de Historia colonial, Historia económica de América Latina y Política comparada. Leía en bibliotecas grandiosas, tomaba pintas con chicos y chicas de todo el mundo y tenía amigos como Sean.

En la noche del último martes de septiembre Sean tocó el timbre del 123 Lulworth, de Agar Grove, en Camden Town. Venía de filmar la cotidianeidad de la primera escuela de conducción de mujeres talibanas para su formidable *Afghan Ladies' Driving School.* La pasaba muy bien en Kabul: comía *foie gras* todas las noches, nadaba en las piletas de los hoteles de la ciudad en reconstrucción y asistía a las fiestas de la comunidad de extranjeros.

En el ascensor del edificio en el que yo vivía, Sean se encontró con dos yonquis que lo reconocieron.

—¿Sos vos? —le preguntó uno

—Sí, él mismo —contestó encantado.

—No lo puedo creer: he visto tus películas. La última fue de Irak, ¿no? Siempre tengo miedo por lo que te pueda pasar. Rezo por vos y le pido a mi familia que también rece.

—Gracias, es muy lindo de tu parte.

Sean sostiene que tiene un particular éxito entre los adictos a las drogas duras.

Esa noche, seguimos por Regent's Park y paramos en Tucson. Hicimos un tour de clubs a los que se accede por invitación. En el que nos quedamos el relacionista público le comentó que lo hacía en Kabul y nos invitó un par de vodkas con jugo de arándanos. El club tenía sillones blancos de diseño, mesas ratonas con formas de huevos, *barmen* de distintas etnias, algunas luces amarillas y *chillout* de fondo.

Sean despotricó contra la nueva noche londinense.

—Cuando escribía sobre rock era mejor ser músico, ahora es mejor ser presentador.

Señaló a uno alto, locuaz y expansivo. Como aburrido de esa escena, propuso que fuéramos a la fiesta de estudiantes de posgrado a la que me habían invitado.

Paramos en un deli a comprar cervezas. En la salida dos personas con remeras de la selección jamaiquina nos ofrecieron hachís y Sean les pidió cocaína.

—¿Saben que me dedico a matar gente? —les preguntó.

Ante la sorpresa de los dealers, Sean les contó que había aprendido esa frase en Kabul.

Intercambiaron los números de sus celulares.

—Los puedo invitar al cine una de estas noches —los despidió.

En la fiesta había estudiantes de *master* de cinco continentes, aunque en su mayoría de América del Sur. Ofrecían cervezas y cubalibres; un grupo bailaba y una pareja recién formada entre un israelí y una polaca fornicaba en el baño con la voluntad evidente de capturar la atención de todos. A Sean le encantó ese clima de estudiantina etílica, cosmopolita y ciertamente desinhibida. Se puso a hablar con una argentina convertida al judaísmo y yo con un japonés que había cambiado la física cuántica por algo relacionado con la informática que no terminé de entender.

Después de la fiesta caminamos un par de horas en la madrugada. Le conté que iba a escribir el libro de nuestro viaje y que anotaría cada detalle del reencuentro de esa noche.

—Pero en un artículo dijiste que yo era narcisista. ¿Eso va a quedar?

—Seguro.

Sean propuso que tomáramos un taxi a su casa de Notting Hill. Su esposa e hijos dormían. En la cocina sacó un mezcal, su cámara de guerra y me dijo que me grabaría: ¿cómo pasaste de T. a ser un hombre casado?

***

Diez años antes de enamorarme de mi primera esposa la vi en el bar de enfrente de la Facultad de Ciencias Sociales en la que estudiábamos. Como una pintura en movimiento, A. subía, espigada, unas escaleras caracol estrechas hacia un bar que llamábamos La Pecera, por su frente preponderante en vidrio y la forma rectangular de la caja. Tomábamos café en cualquiera de las tres o cuatro mesas. Casi siempre después de las clases de la mañana.

Llevaba un anillo de compromiso, una novedad en una facultad agnóstica, politizada y con sobrerrepresentación del voto trotskista. Teníamos 19, 20 años. Toda una vida para aventurarnos en el ensayo y el error, en las posibilidades abiertas en curso y el rumor siempre excitante del amor libre que se practicaba en una de las fracciones más sectarias del trotskismo.

Pero había alguien que había optado de una vez y para siempre.

Por entonces yo trabajaba de periodista *free lance*, cursaba tres materias por cuatrimestre en Sociología y participaba de un grupo de estudio con Juan Carlos Marín en el que leíamos a Marx, Foucault, Piaget, Clausewitz, Weber y al propio Marín. Pasaba muchas horas por día en el subsuelo de la biblioteca de la calle Marcelo T. de Alvear, casi siempre con mi amigo Ariel, el Colo.

Almorzaba paquetes de cerealitas, panes de queso o, excepcionalmente, un sándwich en La Giralda de la esquina. Seguía vistiendo de negro —los mismos gabanes que habían sido de papá y variaciones de borceguíes— y en invierno llevaba una bufanda negra o un pañuelo gris. Todos y cada uno de estos rasgos me integraban a esa comunidad a la que acababa de ingresar luego de una vida en el corredor norte del conurbano bonaerense.

Diez años más tarde, en el verano de 2004, vi en Palermo a esa chica de la facultad, de La Pecera, en un restaurante de comida del sudeste asiático que quedaba a pocas cuadras de mi casa. Trabajaba de moza al mediodía.

En los dos años que pasaron desde el final con T. había tenido relaciones ocasionales y algo más parecido a un noviazgo con una mujer casada. Mi anhelo amoroso más presente era la convivencia. Obsesionado con sus múltiples posibilidades, casi que envidiaba a mis amigos y amigas en concubinato. Insistía en conocer todos los detalles de esa vida.

—¿Mientras vos escuchás música qué hace tu marido? —le pregunté a la mujer casada una mañana que nos despertamos en mi casa.

—No estoy tan pendiente.

Después de haber visto a la chica de Sociales en el restaurante de mi barrio empecé a almorzar en el lugar una o dos veces por semana. Ofrecía un menú fijo de 5 dólares compuesto por una ensalada o una sopa, un curry y una limonada.

Me gustaba en proporción inversa a lo que sabía de ella. Casi no hablábamos. No había encontrado temas de conversación, ni hacía

referencias al menú fijo. Ni siquiera le había dicho que la conocía de la facultad.

Un amigo en común empezó a darme información sobre su vida y consiguió su correo electrónico. Un sábado a la noche le escribí un e-mail temerario para la exasperante timidez de los mediodías. Me respondió asombrada. Nos vimos, por primera vez, una semana más tarde en un bar de Belgrano.

Llegué 15 minutos antes y ella 15 después. Venía de bailar tango en una milonga dominical de Bajo Belgrano. Hablamos mucho.

Me contó que había dejado su carrera de cientista social y su interés por la gestión pública, pero seguía atenta a las cuestiones de género, un tema que me resultaba absolutamente desconocido. Trabajaba en el restaurante cada mediodía, practicaba tango todas las tardes y tomaba clases de pintura y canto. Había reemplazado las ciencias sociales por el arte.

Actué de tímido toda la noche. Como si ese correo inaugural lo hubiese redactado otra persona. La acompañé hasta su casa y en la puerta le di un beso: breve, intenso y decidido. Me dijo que no lo esperaba. Como el e-mail.

Vivimos tres meses sin despegarnos y cuando nos despegábamos caíamos en el texteo frenético desde nuestros Nokias lentos. Ese fue mi limitado *expertise* amoroso. En la planicie de la pantalla veía la pendiente hacia el fin del amor.

Nuestro primer viaje fue, esperablemente, a Colonia. Casi condenados a los territorios de nuestra clase social, la media alta profesional de la ciudad de Buenos Aires, nos subimos al barco que cruza el Río de la Plata. Nada más tranquilizador, nada menos arriesgado. Le propuse que viviésemos juntos. No recuerdo si la

noche que tomamos dos botellas de Santa Julia o si durante uno de los paseos frente al río. Dijo que sí.

En la primera cita le había contado que quería estudiar en Londres. Durante el primer año entregué las monografías para recibirme de sociólogo, completé las aplicaciones a las universidades y me presenté a una beca que daba el British Council, que cubría la matrícula, los pasajes y un estipendio mensual.

Quería vivir lejos de casa, aprender, no trabajar de periodista o, mejor dicho, tomar un respiro. Me sentía cada vez más burro y escribía sobre muchos temas que desconocía o conocía muy por arriba. Me propuse pasar un tiempo sin expedirme en público sobre nada.

A. me ayudó generosamente con la solicitud de la beca a pesar de la inocultable diferencia: no quería vivir en Londres. No le gustaba la ciudad, en particular su clima, y, sobre todo, creía que irse postergaba su plan de dedicarse al tango.

No habíamos resuelto, además, un problema adicional: en Londres ella no tenía papeles para trabajar. El casamiento nació como una negociación. Empezó con una cumbre en el Delta de Tigre. Después de días de fricciones llegamos al acuerdo final que no redactamos, pero memorizamos.

Nos casaríamos en agosto, yo me iría a Londres en septiembre, ella vendría en noviembre y nos quedaríamos hasta septiembre del año siguiente. Ella dejaría de trabajar en el restaurante todos los días para tener más tiempo para sus cursos previos al viaje. Ese fue, con tantos verbos en potencial, el pacto social de convivencia.

Nos casamos un viernes de agosto de 2005 en casa. El restaurante en el que trabajaba nos regaló el catering para veinte

personas. Esa noche nos embarcamos a pasar el fin de semana en Colonia como luna de miel. Viajé con las prendas que había comprado para la ocasión: un saco negro de un local en el que se vestían los actores de una tira que se había puesto de moda —*Resistiré*— y unos zapatos negros sin cordones.

En un mes cambié de estado civil, cumplí 30 años, publiqué un libro y me fui de la Argentina.

***

La noche con Sean concluyó con esa celebración del matrimonio y el matrimonio empezó a colapsar cuatro semanas más tarde.

A. mandó un correo en el que decía que habíamos tenido un año malo, que ella corría detrás de mí, que no podía imaginarse ahí y que deberíamos considerar un período a la distancia o repactar todo.

Fue un mazazo. El amor romántico descendía a una negociación. El acuerdo de Tigre pasó a mayúscula, como los de Oslo.

La crisis siguió escalando cuando me contó que no había podido sacar el pasaje. Que algo la bloqueaba, que sabía que eso implicaría separarnos y asumía el costo.

Acordamos una conversación telefónica que unía un departamento de Camden Town con uno de Palermo. Anunció que finalmente no vendría a Londres y que no estaba segura de nuestro matrimonio.

—¿Estás con alguien?

—No —contestó.

Insistí con la pregunta hasta que cambió el no por un sí. Estaba con alguien. Fue la primera vez, hasta entonces, que sentí una desesperación que podía apagarse, solamente, con la muerte. Vi,

también, con una nueva luz, el dilema de mi papá el día que decidió tirarse desde un edificio al vacío. Y estaba, por azar, en un piso 16 quince años más tarde.

Me recompuse. Agarré la tarjeta telefónica, hice varios llamados a mis amigos y le mandé un mensaje a Sean. Me consoló por teléfono y me invitó a tomar un vodka-tonic a un bar cerca de la estación de Holborn.

—¿Cómo no iba a terminar así? Es una bailarina de tango. No una contadora alemana de Audi.

—¿Tengo que casarme con una contadora? —pregunté.

—Si querés evitar melodramas, sí. Es tu elección.

En las cuatro semanas que habían pasado desde nuestro reencuentro Sean también se había separado. Fue una disolución más lenta, que llevaba meses de conversaciones. Él quería estar en Medio Oriente, entre guerras, y en esa vida alocada de corresponsal y Anabel lo necesitaba como un padre y marido presente en la diaria de Notting Hill. Hija de un exalcalde de Londres y de una madre alemana estricta, vivía cada viaje de Sean como una escala hacia el divorcio. Frente al mismo acontecimiento —un divorcio—, él estaba mucho menos afectado que yo.

Esa noche me quedé a dormir en el sillón de su primera casa de separado: había pocos muebles y una televisión grande. Me dio una remera azul de entrenamiento de la selección de Brasil que usé durante quince años: al principio para jugar al fútbol y después como pijama. En esa remera había algo de toda la amistad con Sean.

El día después chateé con mi flamante exesposa y puse como condición para ir a Buenos Aires que dejara de ver a su nuevo novio.

—No sé si puedo —contestó.

Esperé unas horas para enviar el e-mail de despedida, un género en el que creía tener cierto *expertise*. Lo revisé varias veces y lo mandé desde una de las bibliotecas en las que estudiaba. Di un par de vueltas por el Hyde Park. Mientras caminaba mi cabeza volvía a algunas frases, como si se tratara de una canción. No una canción memorable, pero sí con algunas líneas fáciles de recordar. Me senté a tomar un café doble y a hojear el diario de papel.

Respondió 5 horas después. Leí el final en voz alta porque no había nadie a mi alrededor, caminé rápido los 50 metros hasta la plaza Tavistock y me senté en un banco con una botella de agua. Miraba la estatua de Gandhi pensando qué buscaba ahí. Podría haber estado frente a un superhéroe de *Detective Comics* y el desgarramiento hubiese sido el mismo.

Perdí el apetito, me costaba ir a clases y concentrarme en las labores. Lo viví como un papelón: de la alegría absoluta a ese dolor. En los días siguientes me aboqué a escribir un último e-mail. La aclaración de la aclaración de la aclaración. Pretendía rebatir que no todo había sido neblina, como dijo ella en uno de los correos. No había e-mails en los celulares. La ansiedad se calmaba al entrar al correo en bibliotecas o en los cafés con la *laptop*. Respondió que tomaría el primer avión a Londres, que no quería terminar la relación así y que se dejaría de ver con su novio-exnovio.

Los días siguientes pasó del desenojo al enojo y del enojo al desenojo. Los últimos mensajes antes de su viaje eran el retorno a la cotidianeidad. Simulábamos que nada había pasado y simplemente llegaba dos meses más tarde. Sean se reía de la ópera dramática que creía ver representarse frente a sus ojos.

Nos instalamos, esas semanas, en el departamento de Camden Town. Me esmeré para acondicionarlo. Limpié los pisos con lavandina, ordené, hice una compra grande en el supermercado y cociné lentejas. No recuerdo demasiados detalles de la primera noche.

Ella empezó a conocer la escena de tango londinense. Me encantaba verla en la pista: su delicadeza, la manera en que sonreía, sus destrezas de pies y manos y sus zapatillas negras con suela blanca.

Como yo no extrañaba el periodismo ni las redacciones, comencé a averiguar opciones de doctorados. En el Reino Unido, donde las becas para estudiar temas latinoamericanos eran escasas, o en los Estados Unidos, donde las posibilidades eran mayores y a ella le interesaba más vivir. Pero la *pax* matrimonial fue breve y nuestras conversaciones se hicieron particularmente lacrimógenas cuando volvimos a hablar de separarnos.

En un restaurante indio del Soho, uno de los mozos nos quiso consolar al vernos llorar copiosamente.

—Tienen salud y pueden comer.

Nos contó de dos primos suyos, en Pakistán, que habían muerto por una explosión.

—¿Qué tipo de explosión? —le pregunté.

—Una bomba que cayó del cielo.

Seguimos llorando.

Cuando me recuperé llamé a Sean y fui a dormir a su casa. Me dijo que por favor no volviéramos a comer los tres juntos. Y que tenía una contadora de Audi para presentarme.

Antes de irme de Londres me quise llevar, como apretujados, los recuerdos de la felicidad. Leer *The Guardian* en el 214 que unía Parliament Hill con la plaza de Tavistock. Los días y las noches con mis amigos nuevos, comer *curries*, correr en el parque de Hampstead Heath, las clases con profesores que admiraba como James Dunkerley y Colin Lewis, que daba Historia económica de América Latina en la London School of Economics.

En Buenos Aires me instalé en el departamento de Dorián porque mi casa estaba alquilada por unos meses más. A. compartía un departamento luminoso de Once con un par de extranjeros. Tenía habitación propia.

Empezamos a noviar. Muchas veces dormía con ella, pero había vuelto, con más fuerza que nunca, la distancia física.

El 20 de diciembre me mandó un e-mail en el que hablaba de sus vaivenes emocionales y me pedía que probáramos con un poco de distancia. En La Paz, donde estaba trabajando, lo leí como un pedido de separación en cámara lenta. La llamé desde un locutorio de la plaza Abaroa. Le dije que no; si prefería, estaba dispuesto a que nos separásemos, aunque yo tampoco quería.

Llegué a Buenos Aires el 23 de diciembre de 2006, el día del cumpleaños de mamá. Cuando pasé a buscarla por su departamento de Once, me invitó a charlar —es decir, a concretar la separación— antes de irse a la milonga. Puso sus zapatillas de baile en la cartera. Quería ser una línea de "Naranjo en flor". Terminamos en su casa. Lloramos, nos abrazamos y nos alejamos a los extremos del colchón doble dispuesto en el piso.

Despertamos como un matrimonio disuelto.

***

Dos años más tarde recibí un correo de Sean.

Te extrañé y lamento que hayamos perdido el contacto. Mi año en Afganistán hizo que perdiera el contacto con el mundo. Fue un año intenso; mataron a dos de mis intérpretes, casi me matan a mí y, por supuesto, entré en guerra con mi productora. Tengo que montar la mía propia. Ahora estoy de nuevo en Kabul: mierda, este lugar es una locura, pero me siento como en casa. Gané un premio por mi última película (Fighting The Taliban, 2007), así que ahora me están ofreciendo mucho trabajo, lo cual es bueno. En realidad me gustaría comprarme una casa de campo inglesa, escribir un libro, jugar con mis hijos. Pero ahora tengo que hacer una película sobre Liverpool, que es más peligrosa que Afganistán. Creeme. Después de eso, quizá el próximo otoño, me encantaría hacer otra película en América Latina. En cuanto al amor, sigo un poco enamorado de mi exmujer, pero tal vez solo por mi tendencia a no soltar. La he pasado muy bien flirteando con chicas francesas aquí en Kabul. Sí, Kabul, la capital del amor. La guerra es un gran potenciador de la libido y la alegría porque en cualquier momento sabes que la vida puede acabar. El año pasado me pusieron contra la pared un grupo de hombres armados, y pensé: "Esto es todo, voy a morir". También pasé una semana bajo fuego intenso con soldados británicos. En cada momento sentí la bendición de estar vivo.

Desde entonces pasaron meses sin que me escribiera o respondiera mis correos. No me preocupé porque solía hacerlo. Pero

no era Sean siendo Sean. En su siguiente e-mail me enteré de que había sido secuestrado por los talibanes.

Me alegró mucho recibir un correo electrónico tuyo. Siento mucho no haber estado en contacto con vos, aunque te he pensado mucho últimamente. Probablemente no lo sepas, pero fui secuestrado por los talibanes. Me tuvieron en un cuarto oscuro durante tres meses y me liberaron a finales de junio. Fue intenso, Martin, extremadamente intenso. Ahora no tengo energía ni para responder a los correos electrónicos. Durante el cautiverio pensé mucho en vos y en el tiempo que pasamos juntos en América Latina. He atesorado nuestro tiempo juntos y lamento que no nos encontremos más a menudo. Así que ahora que tengo una segunda vida, concretémoslo. En octubre voy a ir a Nueva York. ¿Cómo te va la vida? ¿Escribiste un nuevo libro? ¿Sos ya un verdadero newyorker (un liberal descafeinado, sin alcohol, bajo en grasas y sin corazón?). Espero que no. Mis mejores deseos, tu compañero, Sean.

En shock, gugleé las noticias del secuestro y releí sus e-mails anteriores.

En Londres se sentía cada vez más un extranjero. No conseguía salir del triángulo temático de las celebridades, el aumento de los precios de las propiedades y el hiperconsumo. No le parecía un lugar normal.

En marzo de 2008 ya estaba instalado en Kabul para continuar con el tercer documental de la saga y planeaba cruzar de Afganistán a Pakistán para filmar los campos de entrenamientos secretos de los talibanes. Su *contact man* lo citó en Torkham, una ciudad en la

frontera afganopakistaní en el borde de Khyber Pass. Viajaron durante 10 horas en las montañas nevadas del lado pakistaní. Sean llevaba los ojos vendados. Para evitar seguimientos cambiaron tres veces de auto. Cuando le sacaron la venda estaba en un pequeño cuarto de un pueblo de montaña en el distrito tribal de Bajaur. Les dieron té y pan. Debía esperar la llegada de su *fixer* e intérprete.

Ese 28 de marzo durmió en una de las dos camas estrechas de una habitación de tres metros por dos. En el medio, un agujero funcionaba como baño. La única ventana estaba cubierta por un chal.

Con su *fixer* pasaron allí los tres primeros días. El cuarto un hombre les trajo una radio, un pantalón holgado y unas almendras. Cuando le habló al intérprete Sean vio cómo su cara se transfiguró.

—Estamos secuestrados —le indicó.

Un grupo de talibanes los visitó para hacerles preguntas y comentarios.

—Usted está trabajando para extranjeros, usted es un espía —le dijo uno al intérprete.

—Usted es un extranjero y por eso es un espía —le indicó otro a Sean.

Sabía lo que seguía: para los espías, la ejecución.

Sean desarrolló una estrategia de supervivencia: debía empatizar con los guardias de la casa, que parecían más fácil de llevar que los que llegaban con los comandantes talibanes.

A las 3 de la tarde empezaba a anochecer. Trataba de descansar con temperaturas bajísimas y una frazada humedecida por las gotas que caían de una pérdida en el techo. Después de la adrenalina inicial su cuerpo colapsó y empezó a dormir buena parte del día.

Tenía fiebre por la disentería y los mosquitos lo picaron de los pies a la cabeza. Se le cayeron dos dientes y otros cinco se rompieron por la falta de vitaminas. Perdió 20 kilos.

Fijó rutinas para recuperarse. Cien flexiones de brazo cada mañana, rezos por la tarde. Empezó a redactar un diario íntimo, pero simulaba que escribía un guion de película.

Durante su cautiverio, imaginaba que alzaba a sus hijos —Luke de 5 y Gabriel de 3— y les lavaba las frentes, las piernas y los brazos y después les daba el beso de las buenas noches. Pero esas imágenes se confundían con la culpa. El día que Gabriel cumplió 4 no paró de pensar en él. Luego supo que su hijo había preguntado: ¿Por qué papi no llamó?

Durante casi dos meses nadie supo del secuestro. Su familia, sus amigos y hasta sus colegas no se preocuparon porque estaban acostumbrados a sus ausencias prolongadas.

Sean se desesperó. Su secuestro seguía sin aparecer en las noticias. Nadie lo estaba buscando. También se alarmó por la pérdida del único producto de lujo: un pequeño jabón Eau d'Orange Verte de Hermés que se había caído por el agujero que usaba de baño. Como creía que su salud mental dependía del jabón metió la mano bien adentro en el agujero hasta recuperarlo.

Día y noche pensaba en la escena de su muerte. En la madrugada entrarían en el cuarto y lo decapitarían. En algunos casos, antes le dirían que sabían que él era un periodista inocente, pero lo tenían que matar como advertencia a los extranjeros que quisieran visitar esa región.

La noticia del secuestro llegó a sus hermanos de manera oblicua: debían contactar a un periodista local para que iniciara las

negociaciones para liberarlo. Ese periodista llamó a un comandante talibán de alto nivel. El comandante visitó a Sean en su habitación. Le dio un teléfono satelital para que hablara con el Canal 4, que, al igual que la productora de televisión, participaría del regateo por el precio del rescate. El comandante puso un AK-47 en la cabeza del intérprete. "Decile que lo vamos a matar si no cumplen".

Los detalles del rescate se intentaron esconder del público porque pagar a los talibanes estaba tipificado como delito desde el 11 de septiembre de 2001. Era una manera de financiar una organización terrorista. Canal 4, además, no quería crear un antecedente: cada secuestro de un corresponsal representaría una posibilidad de *cash*.

Cuando lo liberaron Sean fue al British High Commission en Islamabad. Pasó su primer día en libertad en una habitación aún más pequeña que la de su cautiverio. Unos oficiales del equipo antiterrorista de Scotland Yard lo desnudaron para una revisión y pusieron en bolsas de plásticos todos sus objetos personales, incluidas dos fotos de sus hijos. Lo interrogaron durante 8 horas.

Desde Islamabad voló a Heathrow. En una sala lo esperaban sus hijos y su exesposa, su madre y sus hermanos. Gabriel se adelantó en su scooter.

—Hola, papi, ahora tengo 4.

Sean se agachó y le respondió.

—Lo sé. Lamento mucho haberme perdido tu cumpleaños.

Durante el secuestro había intentado, en vano, redactar una carta a sus hijos. Quería decirles cuánto los amaba. Se reprochaba que crecerían con una pregunta insoportable. Si nos querías tanto, ¿por qué fuiste a ese lugar?

Empezamos a escribirnos cada día, como en los tiempos del viaje por América Latina, como si pudiéramos volver atrás.

Creo que la guerra me cegó durante muchos años, y todo lo que podía ver era Irak y Afganistán; pero a medida que esos recuerdos que queman se desvanecen, el año que viajamos juntos me parece cada vez más maravilloso. Por alguna razón no dejo de recordar una mañana en particular. Creo que fue en Honduras. Pasamos una noche en una granja y por la mañana un granjero nos preparó aguardiente de durazno. O algo con alcohol y duraznos frescos. Era la mejor manera de empezar el día. Y en los últimos meses me han venido a la memoria los recuerdos del viaje por Argentina, Bolivia, Venezuela, Honduras, Guatemala y México. Ahora que miro atrás, me doy cuenta de que aquellos días fueron de los más felices de mi vida. Muchas ganas de volver a vernos pronto.

***

Nos reencontramos una noche helada de octubre en el Soho de Nueva York. Faltaban dos semanas para que Barack Obama ganara su primera elección presidencial.

Hacía más de un año que yo vivía en la ciudad —primero en Chelsea, Manhattan, y luego en Fort Greene, Brooklyn— porque estaba haciendo un doctorado en Historia de América Latina en la New York University. Mi vida de doctorando lucía burguesa —aunque la beca universitaria no brindara ese estatus— al lado de la suya. Divorciado, me había ido a vivir con mi novia y queríamos tener un hijo. Daba clases a los estudiantes de grado, tomaba cursos de

posgrado, preparaba mis exámenes, escribía una nota semanal para el diario de Lanata y ya trabajaba en mi proyecto de tesis, la historia del diario *Clarín*. Tenía una rutina de lectura, de escritura. De comprar en Trader Joe's, de ir a la feria orgánica los sábados —hasta que desarrollé un rechazo a lo orgánico—, de trotar alrededor de Prospect park, de nadar en una pileta próxima a Washington Square, de jugar un torneo de fútbol los sábados y squash recreativo los miércoles, de asistir al BAM de Brooklyn cada fin de semana, de ver a Anderson Cooper todos las noches a las 9, de pedir chino y mirar el programa de entretenimiento *Deal or No Deal* los sábados a la hora de la cena, de tener la suscripción de viernes a domingo de *The New York Times* en papel y la de *The New York Review of Books*, y de la fascinación con una novedad llamada Netflix, que por entonces llegaba por correo y en formato de DVD. Una vida ordenada y monótona que nada tenía que ver con lo que quería ser cuando viajé con Sean por América: un periodista que pudiera decir que empezó a los 18 y se retiró de las redacciones a los 70.

Si en aquel primer encuentro en el hotel Castelar sentimos una cercanía relativa —el documental, el trabajo de periodistas— y diferencias marcadas —él esperaba su primer hijo, yo enterraría a mi madre—, nuestras vidas, en ese reencuentro, parecían distintas.

—Siempre supe que algún día serías profesor —me texteó horas antes de volver a vernos—. Creo que eran esos suéteres de lana que usabas. Mi etiqueta decía Prada. La tuya decía Profesor.

Nos abrazamos en una esquina. Hice un esfuerzo por no llorar. Tenía el olor a tabaco de siempre. Busqué señales materiales del cambio que implicó el secuestro: otra forma de vestirse, la piel, algún accesorio, algo. Pero no. Llevaba su ropa de otoño de

siempre: una campera negra, un buzo gris, una remera roja que apenas se asomaba, jeans y zapatillas.

Nos sentamos en un *thai* convencional de Washington Square. Ahí almorzaba una vez por semana por su conveniente menú fijo de 9 dólares y por el ritual de pedirle a la moza que no trajera la sopa y el *pad thai* al mismo tiempo y que nunca me hiciera caso. Enterado de la situación, pidió varios platos picantes y que los trajeran todos juntos como para ponerse del lado del restaurante. Tomamos cerveza y brindamos por el reencuentro.

Miró las ventanas que daban a la Calle 4 con cierto detenimiento. Contó que por semanas su única ventana al mundo exterior era un agujero del tamaño de su puño desde donde podía ver un árbol de damascos que crecían cada día un poco, las hojas en las ramas y las gotitas de agua en las hojas. Que aprendió, en la contemplación, a ver ese cambio diario, la alteración de esas tres variables.

—El sonido más hermoso y más normal del mundo era el llanto de un bebé que escuchaba por las noches.

Sean seguía fumando mucho y necesitaba salir a la calle cada 30 minutos.

Me intrigaban un montón de cosas. Le pregunté si había pensado en fugarse. Contestó que durante los tres meses de su secuestro vivió cada noche con la posibilidad de la ejecución, de la decapitación, y con la duda de intentar o no una fuga. Aunque las posibilidades eran remotas porque estaban en una zona de entrenamiento de los talibanes y al-Qaeda acampaba en las montañas aledañas, imaginaba que en el momento de la ejecución se lamentaría por no haber intentado escapar. En ese juego mental, prevaleció el de no intentar nada.

—Todo el tiempo pensaba que si me mataban —ahí o en cualquier otra circunstancia— la gente diría que fui un idiota.

En una de las imágenes recurrentes que aparecían, fuerzas especiales de los Estados Unidos lo rescatarían. Y el sabría qué hacer.

—Debía permanecer sentado y gritar en inglés que era el rehén.

Hablamos del libro que Sean pensaba escribir.

—Creo que lo voy a titular *Hotel Talibán* y quiero hacer una comedia negra porque, asumámoslo, esta gente es graciosa.

El libro se centraría en recuerdos porque no pensaba volver ni a Afganistán ni a Pakistán: le había prometido a su familia, a sus hijos, que nunca más se pondría en riesgo. Era, también, una despedida trágica: el corresponsal de guerra anuncia que deja su teatro de operaciones.

Me contó lo que consideraba un secreto. Durante los tres meses de cautiverio mantuvo en sus medias los 7000 dólares que llevaba como reaseguro. Me dijo que pudo ocultárselo a sus captores, pero no me quedó claro de qué modo lo había logrado. Sospeché que lo había inventado. En cualquier caso, se proponía gastarlos en Nueva York.

Esa primera noche lo vi relativamente bien. Dos tonos menos emocional que en sus correos. Contaba su secuestro como si se tratara de él y, por momentos, de otro.

Más tarde se sumó mi novia. Sean le preguntó, con respeto solemne, todo lo que se le debe preguntar a una escritora. Por sus libros, sus historias. Aclaró que era vago para la lectura, pero que iba a leer sus novelas y cuentos.

Terminamos en un bar de Prospect Park, Brooklyn, con mis compañeros de doctorado. Sean podía animar públicos distintos y usar diferentes registros. Les contó con detalle su secuestro y les preguntó sobre sus vidas, sus temas de tesis y todo lo que pensó que les podía importar. A las 4 de la mañana se subió a un taxi.

Su viaje a Nueva York tenía como objetivo seguir con la recuperación. Pero no podía dormir en la cama. Se sentaba en el living y pasaba horas mirando por la ventana con una luz de velador prendida.

Durante su estadía tenía que dar una charla en la New York University y reunirse con oficiales de la CIA. Flirteaba con los agentes que lo querían ver para intercambiar informaciones. Amagaba con visitar Washington DC y Langley. También, con avanzar en la propuesta de su libro. Estaba —empecé a notarlo— paralizado. Y errático para fijar encuentros: me citó y canceló tres veces en una semana. Mandaba largos pedidos de disculpas por Facebook.

Nos encontramos en Pravda, un bar inspirado en la vieja Unión Soviética en el que descollaba el vodka de higo. Me contó de sus desventuras. Las noches en vela, las conversaciones poco edificantes con la CIA, el nulo avance en su propuesta de libro.

Pidió medio litro de vodka.

—No me contaste qué pasó con la familia que te secuestró.

—No sé. Primero me dijeron que los americanos destruyeron la casa con misiles, pero después supe que no era cierto.

Luego de un par de rondas les habló a las chicas de la mesa de al lado y les contó de su secuestro. Se convirtió en el número de la

noche. Fuimos a dos bares más y la escena se repitió, como si intentara memorizar un guion, pero seguía siendo su vida.

—Antes del primer trago les va a contar del secuestro con los talibanes —le anticipé a una pareja.

En el último de los bares nos encontramos con una compañera de la universidad que le quería presentar. Se llamaba Maggy y creía en dos cosas: el sistema financiero y las fuerzas de seguridad. Me despedí para dejarlos solos, pero al rato cada uno se fue a su casa por separado. "Me cuesta cualquier intimidad", me texteó Sean cuando llegó a la suya.

No pudimos encontrarnos las siguientes veces que lo intentamos. No tenía la felicidad del sobreviviente. Era, más bien, el dolor de un hombre roto, que no podía estar en ningún lugar. Ni en aquel cuarto oscuro ni, mucho menos, en la vida después.

En los siguientes diez años mantuvimos una relación epistolar. El no volvió a Nueva York y yo no volví a Londres. Varias veces programamos viajes de reencuentro que no se concretaron. En Barcelona, en DC, en La Habana, en Buenos Aires.

En el invierno de 2017 encontré a Sean de casualidad en la oferta de entretenimientos de American Airlines: ofrecía una película basada en *The Taliban Shuffle*, el libro de la corresponsal Kim Barker, apostada en Afganistán y Pakistán entre 2004 y 2009. En la vida real, Barker tuvo un *affaire* con Sean. Tina Fey hace el papel de la corresponsal de guerra en *Whiskey Tango Foxtrot* (*WTF*, el acrónimo de *what the fuck*, qué carajo). El coprotagonista, Martin Freeman, es la versión escocesa de Sean.

La película es la historia del cambio radical en la vida de la periodista. Deja el tedio de una cadena de televisión en Nueva York

para convertirse en corresponsal de guerra en Kabul. En una variación bélica de *Comer, rezar, amar*, Sean es un fotógrafo *free lance* y una suerte de sombra de Tina Fey. El argumento intenta desdramatizar la vida de los corresponsales de guerra. Hay fiestas, vida nocturna y competencia furiosa por las primicias. La relación amorosa de los protagonistas es a medias: surge de las coberturas y de la necesidad de acompañarse ante la posibilidad de un coche bomba. Después del secuestro del fotógrafo —tan inverosímil como su rescate—, la protagonista vuelve a los Estados Unidos a conducir el noticiero y él se queda en la zona de guerra.

El editor de *Spectator's* le encargó a Sean que viajara a Nueva York para entrevistar a Tina Fey y contar el lanzamiento de la película. Antes de llegar le hizo un reproche a su amiga Kim:

—¿Por qué me pusiste yendo a un prostíbulo chino?

—Sean, ¡vos me llevaste a ese prostíbulo! Y eso está en mi libro. ¿Lo leíste?

—Para ser sincero, todavía no.

En el artículo, Sean sostiene que Tina Fey "capta esa mezcla de vulnerabilidad, empatía y dureza a ultranza que he encontrado tan a menudo en mis colegas mujeres". Y da un veredicto de la película: "*Whiskey Tango Foxtrot* no es solo una brillante comedia negra sobre la guerra de Afganistán, una especie de *MASH* para la generación posterior al 11 de septiembre. También es uno de los retratos más mordaces y honestos de los periodistas de guerra que jamás se hayan visto en la pantalla. Y debería saberlo porque el personaje de Martin Freeman está inspirado en mí".

Encontré más a Sean en su nota que en la propia película: es la historia de su impericia para poder hablar con Fey.

Mi última oportunidad de entrevistar a Tina fue después de la proyección, en una fiesta privada para el elenco y el equipo. Una fiesta de Hollywood es como cualquier otro ambiente hostil. Recurrí a mi amplia formación SERE (entrenamiento militar inaugurado por el Reino Unido en la Segunda Guerra Mundial que responde a las iniciales de supervivencia, evasión, resistencia y escape) para dirigirme a la primera línea. Ahí localicé a Steve Martin, la leyenda de la comedia, y me uní a su entourage mientras hacía fila frente a la soga de terciopelo. En el manual del party crasher (los que caen a una fiesta sin invitación), esto se conoce como colarse y funcionó de maravilla. Pasé por delante de los de seguridad y entré.

Y de repente ahí estaba la verdadera Tina Fey, la mujer más divertida de Estados Unidos. Me quedé con la boca abierta y no se me ocurrió nada que decir.

—Sean, ¿por qué no venís a conocer a Lorne Michaels? —preguntó.

Tina Fey pasó su brazo por debajo del mío y me llevó a conocer al creador de Saturday Night Live *y productor de* Whiskey Tango Foxtrot. *No recuerdo lo que dijo a continuación, porque fue entonces cuando el actor Tom Hanks se sentó y me saludó antes de presentarse. Inmediatamente ignoré a todos los demás en la mesa —incluidos Tina Fey y Lorne Michaels— y entablé una conversación absorbente con Tom Hanks sobre mi calvario de tres meses a manos de los talibanes. Una de las ventajas de haber sido secuestrado es que la persona, por más importante que sea, no puede irse cuando empezás a contar la historia en las fiestas. Enfrasqué a Hanks por al menos 45 minutos.*

El editor de *Spectator's* seguía reclamando que entrevistara a Fey.

Como no podía, intentó con su encarnación en la pantalla grande: Freeman.

—¿Cuánta investigación hiciste para la película? —le preguntó esperando que enumerara sus documentales y su prosa de no ficción.

—Bueno, para serte sincero solo leí el guion y aprendí mis líneas.

Resignado escribió el final del artículo.

También recuerdo que le di un beso en la mejilla a Tina Fey y le agradecí que me presentara a medio Hollywood. Mientras salía a la calle para llamar a un taxi, me consolé pensando que las cosas podrían haber acabado mucho peor en mi vida. Podrían haberme cortado la cabeza en aquella habitación. En cambio, pude conocer a Tina Fey, Martin Freeman, Billy Bob Thornton y Tom Hanks, y el libro de mi amiga Kim Barker se convirtió en una gran película. Y todos nos reímos mucho. Es una forma de plantarse frente al terrorismo. ¡Hurra! (el saludo de los soldados norteamericanos).

Tiempo después de ver la película y de escribir todo sobre Sean, encontré un artículo dolorosísimo donde relataba su vida después del secuestro. Se publicó en *The Times* con el título "Home Sweet Hell" —un juego de palabras que reemplaza el hogar dulce hogar por hogar dulce infierno— y en *The Australian* como "Me liberaron los talibanes, y entonces realmente comenzaron mis problemas". Si hasta entonces Sean había intentado desdramatizar el secuestro

recurriendo a la paleta protectora de la ironía y el humor, en ese artículo decidió ir por verdades incómodas.

Volver a casa es mucho más duro que el cautiverio.

Durante mi cautiverio había construido un muro defensivo en torno a mis emociones, pero ahora que volví a estar entre amigos bajé la guardia. Y sus preguntas amistosas casi me destrozan. (...) Por el bien de mis hijos, cuando volví decidí reprimir mis emociones y posponer mi crisis hasta una fecha más conveniente. En retrospectiva, veo que ese pudo haber sido mi primer error (...).

Intenté fingir después de mi liberación y actué como si estuviera bien. Pero por dentro me estaba desmoronando poco a poco y no entendía por qué. Por algún milagro estaba vivo. Ya no estaba secuestrado. Nadie me amenazaba con matarme. Había recuperado mi libertad. Debería estar feliz. Sin embargo, por alguna razón irracional, no sentía nada. Estaba emocionalmente muerto. Peor aún, me volví contra los que más quería en el mundo.

Mi exmujer, Anabel, me invitó a comer poco después de volver a casa. Desde el día de mi secuestro se había dedicado a conseguir mi liberación. Mientras lo hacía, yo estaba tumbado en la cama de mi celda reviviendo cada momento de nuestra relación. Cuando crees que estás a punto de morir, toda tu vida pasa frente a ti. Y lo ves todo con perfecta claridad. Vi su cara la primera vez que nos vimos. Reviví nuestro primer beso y la primera vez que hicimos el amor. Cuando volví a Inglaterra, ya no tuve dudas. Sabía que era el amor de mi vida, mi alma gemela. Estaba soltera de nuevo. Llevamos a los niños a Venecia y pasamos una noche romántica juntos.

Y aquí estaba yo, unos días después, sentado frente a ella en un restaurante. Pero por alguna razón me incliné sobre la mesa, la miré directamente a los ojos y me oí decir estas palabras: "En caso de que te lo estés preguntando nunca más volveremos a estar juntos". Se le desencajó la cara y le saltaron las lágrimas. Hasta el día de hoy no tengo ni idea de por qué dije eso. En los meses siguientes desconecté el teléfono y me aislé de mi familia y mis amigos. No salí de mi departamento durante semanas. Me acurrucaba en el suelo y me quedaba así días y días, como el sargento Brody en el primer episodio de Homeland.

Hasta el año pasado no podía dormir sin una luz encendida. Me quedaba despierto, incapaz de detener las imágenes de violencia y decapitaciones que se reproducían en mi mente. Todo salía de mí como el carrete interminable de una película que se derrama por el suelo. La verdad es que nunca se supera del todo.

En los primeros meses de mi liberación intenté aparentar que todo iba bien. Pero por dentro gritaba y sentía que perdía el control de la vida. Una vez, después de dos semanas incomunicado, mi exmujer tuvo que trepar por un desagüe para entrar en mi departamento y encontrarme. Estaba preocupada por los niños y por qué seguía faltando a mis reuniones con ellos. Pero si yo mismo no lo entendía, ¿cómo iban a entenderlo los demás?

He tardado seis años en asimilar mi suplicio y entender el derrumbe provocado por el trastorno de estrés postraumático. Y por primera vez en mi vida supe —realmente supe— lo que es vivir con miedo. Pero lo extraño es que me sentí realmente feliz dentro de aquella habitación oscura. No feliz en el sentido cotidiano; la amenaza de ejecución era mi espada de Damocles. Y me

atormentaba que mi muerte causara tanto sufrimiento a mis hijos y ensombreciera sus vidas. Durante tres meses estuve despierto todas las noches esperando a que me degollaran. Es un tipo de terror intenso que se filtra en el subconsciente, donde acecha, acurrucado, listo para abalanzarse en cualquier momento.

Una mañana, el comandante talibán entró en mi habitación y me dijo que me iban a ejecutar. Aunque estaba resignado a mi destino, le expliqué que tenía un pequeño problema con que me degollaran. "¿En vez de esa opción —pregunté educadamente— podrían pegarme un tiro en la nuca?". Me dirigí a mi guardia favorito y le pregunté si podía dar el golpe de gracia. Estaba tan emocionado de que lo hubiera elegido como mi verdugo que se puso a llorar. Por alguna razón me perdonaron la vida y nunca volvimos a hablar de ello.

La felicidad que sentí durante mi cautiverio —y no sé cómo decir esto sin sonar un poco sensiblero— se pareció a un despertar espiritual. Temiendo por mi vida, me volví muy sensible no solo al sufrimiento ajeno, sino también a la alegría de vivir. Sentía un amor abrumador por mi familia y, cuando escuchaba el canto de los pájaros en los campos de los alrededores, imaginaba que mis pensamientos eran transportados a casa por las mismas delicadas olas que llevaban su canto.

Después de mi liberación me daba vergüenza hablar de esto, producto de mi propia imaginación febril. Quizá solo intentaba bloquear los terrores reales que me rodeaban. Pero lo cierto es que me sentía feliz en aquella habitación porque nunca me había sentido tan unido a toda la gente a la que quiero, tan vivo y tan enamorado de la vida y de todos los seres vivos. La amenaza de la muerte me

había hecho comprenderlo. Fue la mayor lección que uno puede pedir en la vida y por eso le estoy eternamente agradecido. Dicho esto, preferiría pegarme un tiro antes que volver a pasar por lo mismo. De hecho, pasé los siguientes tres años después de mi liberación peleando contra el impulso de hacer precisamente eso: pegarme un tiro.

Nueve. 2019. Diario de marzo. Londres

Marzo, 1. Desde el Mundial de Rusia de julio de 2018 le debía un e-mail a Sean.

Disculpas por estos meses de demora. En diez días voy a estar en Londres para la feria del libro y espero verte. Estoy escribiendo un libro. Un tercio es sobre nuestro viaje, vos y T.

Tu antiguo fixer

Querido Martin. No necesitas disculparte en absoluto. Una amistad no se mide por la frecuencia de la comunicación, sino por la intensidad de los momentos compartidos y los recuerdos duraderos. (¡Eso no lo vi en un anuncio de Gillette! ¡Me lo acabo de inventar!). Estoy rodando en Estados Unidos y tengo que volver a Siria una semana, pero espero estar en Londres en esas fechas.

Ok, vas a tener el 66 % de las 72.000 palabras.

¡Ok! Así se habla. Sabes que como narcisista que soy no me involucraré si solo soy el 50 % de la historia. Siento envidia (también admiración y asombro) de que hayas podido sentarte y escribir 72.000 palabras. La verdadera razón de mi silencio es que he estado teniendo otra pesadilla en el trabajo y luchando contra la productora.

Es la historia de mi vida. No me extraña que esté arruinado y sea un fracaso. Creo que sería un buen personaje de una novela de Graham Greene, como uno de esos curas católicos que malgastan su vida en alcohol y drogas. La cena suena encantadora.

Marzo, 2. En un mensaje de Facebook le cuento a T. que estoy escribiendo un libro, que es un poco confuso el tema, pero una parte tiene que ver con Sean, con el viaje con Sean y con nuestro noviazgo.

—No sé muy bien qué tipo de interés puede tener un libro sobre mí, pero tú eres el aclamado escritor y sabrás mejor —contesta.

—¡Aclamado escritor!

—Te adelanto que ya no soy la ejecutiva que conociste. Estoy terminando mi grado en Psicología y trabajo en el ayuntamiento de Sevilla.

A sus 10 de la noche tenemos una conversación breve por video de WhatsApp. Habla desde lo que llama su base, su casa de Carmona, a unos 30 kilómetros de Sevilla. Lleva el pelo rubio recogido y la palidez del invierno europeo: dejó de tomar sol quince años atrás. Asume el tono de una entrevistada.

—No me siento del todo de aquí: soy una ciudadana del mundo. He viajado a casi cien países, noventa y siete para ser exacta. Y he vivido en más de veinte.

Quiere aclarar su giro ideológico sin que le pregunte.

—Cuando te conocí era de derechas. Hoy estoy más en el centro, más atenta a la asistencia a las capas más desprotegidas.

Empezamos por el recuerdo de Venezuela.

—Nunca te vi tan enfadado como cuando vinieron de ese tiroteo. Me parece que no era tan peligroso, pero vos le diste gran relevancia. ¡Eran dos pringados ustedes! Yo creo que no le caía bien a Sean.

—¿Por?

—Pues no sé.

Le leo el diario de Choroní.

—¡Cómo te tenía: arando! —dice riéndose a los gritos.

Hace una pausa para buscar agua. Con la distancia T. puede formular más contundentemente cómo influía que todos creyeran que era la chica de Chávez.

—Venezuela era el país de los sobreentendidos: "Hacer como si". Los ministros creían que teníamos algo con su presidente y yo lo sabía aprovechar. El me invitaba a estar y me presentaba gente. Yo sabía qué quería —que me fuera bien en el negocio— y no quería estar con él. Él, además, nunca avanzó ni me dijo nada explícito. Me fui de Caracas en diciembre de 2002, pero debí volver para cobrar el dinero que nos debían: facturábamos alrededor de un millón de dólares, pero con la huelga petrolera había cobrado solo 600.000. Hasta entonces fue con el proyecto más alto. En la Libia de Gadafi me fue mejor: hice un millón en seis meses.

En la década que trabajó en la empresa pasó la mitad en el campo (Egipto, Emiratos Árabes, Polonia, Uruguay, Brasil, Venezuela, Ecuador, Marruecos y Libia) y la otra mitad como directora con base en Londres y con viajes a los destinos en los que abría proyectos.

—Tenía cumbres y eventos sociales. Viajé a Botsuana y a Tailandia para hablar con sus primeros ministros. Conocí a actores, como Keanu Reeves o Robert de Niro. En las cumbres de líderes y

presidentes hablaban de grandes lobbies, grandes negocios. Como escuchaba todo, muchas veces me veían como una espía.

—¿Quiénes?

—En Libia principalmente. Me vigilaban, tenían mi teléfono intervenido, pedían información de mí. Sentí paranoia.

—¿Fuiste espía?

—¡Que no, Martín!

—No tiene nada de malo. Es un trabajo.

—Pues te digo que no. Si quieres adornar tu novela e inventarte eso, puedes hacerlo.

En 2010, a los 37 años, dejó la compañía, que ya tenía los mismos problemas de sustentabilidad que la prensa gráfica frente al avance digital. Abrió un proyecto grande en Israel y luego entró, como *country manager* en España, en una empresa de defensa dedicada al software. Se mudó siete meses a Niza como parte de una fantasía pertinaz de mucho tiempo con la Costa Azul hasta que leyó *La rueda de la vida*, de Elizabet Kübler-Ross. Esa lectura, canónica en la autoayuda y la vida espiritual, la decidió a volver a estudiar.

Quedamos en hablar unos días más tarde.

Marzo, 6. Pactamos una nueva cita virtual a las 11 de la noche en España. Ese día se levantó a las 6 para estudiar una hora y media, trabajó todo el día en el ayuntamiento y terminó la tarde en una clase de yoga. Fue al punto.

—Contigo hubo algo con el *timing*. El proyecto de Brasil, el previo a Venezuela, no me había ido bien y estaba muy agotada: tomé ciento dos vuelos en seis meses. A Venezuela llegué con tanta

presión que pensé en dejar la empresa. Pero remonté. Era lo que más me interesaba: que me fuese bien en el trabajo.

—Querías llegar a tener cinco departamentos —le recordé.

—¿Te conté eso? Ahora los tengo: gané tres trabajando y heredé dos.

Leí la carta de despedida, la del 24 de diciembre.

—Nada de eso cambió —dijo con algo de emoción.

Contó que en 2003 salió por dos años con un compañero del trabajo y le pasó lo mismo. Quería y no quería. Y a partir de eso sintió culpa y nunca más tuvo relaciones de pareja. Que llegaba hasta cierto lugar y no avanzaba más.

—Como contigo.

Como si lo que le pasó conmigo, a pequeña escala, hubiese adelantado sus siguientes veinte años.

—He tenido rollos, cosas, pero nadie me ha dado vuelta la vida. No me quejo: he tenido una vida muy afortunada. Tú también. Y mira qué lindo que tantos años después nos acordemos y hablemos de todo esto riéndonos.

Tras sonreír me puse un poco solemne. Le agradecí el modo en que me acompañó en la muerte de mamá.

Ella hizo un gesto, no me respondió. Sacó otro tema y me contó de sus planes: hacer una maestría en Psicología y mudarse a Phuket, Tailandia.

Marzo, 9. "¡Ay, me acabo de dar cuenta de que llegas mañana a Londres! ¡Hurra! ¡No tengo plata así que invitas la cena y los tragos!". Sean propuso que nos encontráramos en el Frontline Club.

Marzo, 10. “Hey, me olvidé de decirlo: bienvenido a Londres”.

Marzo, 11. Llego a las 3 a. m. al aeropuerto de Gatwick. Para hacer tiempo, tomo un café con leche mientras leo *Del caminar sobre el hielo*, de Herzog. Arrastrándome con lentitud deliberada, subo al tren vacío que en 40 minutos me lleva hasta la estación Victoria. A las 6 entro al hall del hotel con la idea de dejar las valijas, para ir a merodear por la zona, tomar un desayuno clásico británico y hacer tiempo hasta el *check-in* del mediodía. Pero me dan la habitación y duermo intermitentemente hasta las 8.30. Cuando veo el sol infrecuente, me cambio rápido y salgo a caminar con dos aplicaciones en llamas: el contador de pasos y el Instagram. Debuté el día anterior con una foto de Cami en Lugano después de jugar un partido de futsal.

Del año que viví en Londres retuve un circuito estándar y nada original para visitantes. Empezaba en el Hyde Park, seguía por el South Bank hasta la Tate Gallery, cruzaba a la catedral de San Paul y terminaba en Covent Garden. Lo hago casi sin peso en la mochila, pensando en el encuentro con Sean, en la feria del libro que empieza un día más tarde y en este libro. Paro a tomar sopas —una *miso soup* y una vietnamita— y a comprar un suéter con cuello de tortuga. Al final de la tarde troto una hora por Hyde Park.

Ese día alcanzo mi récord: 38.368 pasos, 27,62 kilómetros en 5 horas y 32 minutos.

A las 8.15 me espera Sean en el Frontline, su club. Ocupa una esquina en una vieja casa victoriana sobre Norfolk Place en Paddington. Tiene un restaurante público en la planta baja (una reseña pondera su aceptable cocina británica moderna), un fórum donde se ofrecen charlas, talleres y exhibiciones y un anexo con doce cuartos para dormir. El *club room*, ubicado en el primer piso, funciona como el restaurante de los socios —periodistas, editores, productores— que pagan 100 libras por la membresía y 35 de cuota mensual.

Al llegar distingo a Sean arrumbado en una mesa hablando con dos tipos de más de 60 años. Como está de espaldas a la barra, pido un agua con limón para observar la escena y cargar el celular. Sean se da vuelta; nos vemos y nos abrazamos.

Me presenta a sus amigos como dos zorros de la guerra que habían estado en Vietnam en los 70 y en la caída de Sadam Husein. Cierra la conversación y se despide de ellos.

Nos volvemos a abrazar. Para el promedio británico, Sean es excesivamente físico en general y, en particular, en un club que, a esa hora, parece exclusivamente de hombres.

—Estás demasiado flaco. ¿Estás en quimio o algo así? —pregunta.

En su cuerpo alto y espigado sobresale una pancita propia de la inacción. Viste la ropa de siempre —jeans, zapatillas y una campera negra de tela— y tiene más canas y casi la misma cantidad de pelo.

Pide una copa de malbec argentino.

—No es demagogia. Es lo que siempre tomo.

Me propone un tour por las vitrinas y fotos del lugar como si se tratara de un museo de las ciencias periodísticas de la guerra.

Retaguardia etílica y container emocional, el Frontline alberga a los que vieron cuerpos deflagrados, a los que viajaron con las tropas occidentales, a los que se pasaron de rosca en las noches de Kabul, a los que pueden hablar de amigos muertos o secuestrados, a los propios secuestrados, a los que mandaron sus notas de prensa o sus falsos vivos o simplemente hicieron un reporte, a los que tienen ataques de pánico recordando las explosiones.

Una de las vitrinas las ocupa el camarógrafo Mohamed Amin y su prótesis de brazo. Viajaba en el avión secuestrado de Ethiopian Airlines que en 1996 se incrustó contra el Pacífico y sobrevivió. Se había destacado por sus documentales en África, donde, solía decir, el 95 % de su trabajo era logístico. Junto a su prótesis resplandecía bajo el lamparazo del led la biografía *The Man Who Moved the World. The Life and Work of Mohamed Amin*.

En la vitrina contigua se destacan dos botas de cuero con una suerte de arnés de madera para, presumiblemente, anexarse a un cuerpo amputado. En la siguiente se exhibe una cámara averiada por un arma de fuego y una remera, sin sangre ni rastros de violencia, del camarógrafo.

Nos detenemos en una de las columnas próximas a la barra donde están los retratos de los doce socios del club que murieron durante coberturas periodísticas.

Sean hace un recitado presuroso de los que tuvieron menos suerte que él.

—Tim, asesinado en Libia; Mary Colby (una mujer con un parche en el ojo), asesinada en Siria. Acá —señaló con el índice—, un amigo asesinado por un francotirador israelí en Gaza. Trabajaba en Canal 4.

Y ese es Boris Stewart, gané un premio que lleva su nombre después de mi secuestro.

Le pregunto por los retratos que están del otro lado del salón.

—Ese es John Catly, que está secuestrado en Siria.

—¿La mayoría tiene que ver con Siria?

—No, hay de Gaza, Moscú, Libia, Siria, Afganistán.

Volvemos a la barra.

—Sí, ya sé, es un club extraño. Vení que te presento al dueño.

Vaughan Smith fue camarógrafo hasta que en 2003 montó con su esposa el Frontline. Viene de visitar a su amigo Julian Assange, asilado en la embajada ecuatoriana en Londres. Cuenta del estado de su barba, la merienda de la tarde, su conflicto con el gobierno ecuatoriano de Lenín Moreno y el riesgo de una detención inminente (tres semanas más tarde perdió el asilo y fue trasladado a un centro de detención).

Sean también visita a Assange. A cambio de una paga que considera ínfima para una cadena de televisión, escribe reportes sobre el hombre de WikiLeaks.

—Cada vez que hablo con él confirmo que es básicamente un hacker. Y, como todo hacker, actúa socialmente de manera muy rara.

Del otro lado del salón, divisamos a un rusólogo célebre: Luke Harding. En 2011, mientras trabajaba como corresponsal de *The Guardian*, se convirtió en el primer periodista británico de staff expulsado de Rusia desde el fin de la Guerra Fría. Primero publicó un libro sobre su expulsión y luego *Collusion. How Russia Helped Trump Win The White House*.

Con sus modos entre amigables y torpes, Sean se propone sacarle tema de conversación. Le habla de su secuestro y una conexión rusa

posterior. Harding presta poca atención, como si estuviera pensando en la historia que cree cambiará el destino del mundo: la entente Putin-Trump. Pruebo con una exageración para aumentar su aire de suficiencia.

—Sus artículos son muy leídos en Argentina.

—Oh, eso es lindo.

Ninguna nota de prensa cambia el curso general de los acontecimientos bélicos ni de las relaciones internacionales. Pero en este club —no solo por Harding— el consenso es otro.

En el bullicio Sean pasa de mesa en mesa. Incluso se acerca a un productor con el que tuvo una de sus peleas más ruidosas y a quien le acaban de diagnosticar leucemia.

En la primera salida para fumar nos encontramos con Charles Glass, una de las leyendas de los corresponsales de guerra. Lleva cincuenta años cubriendo Medio Oriente, recibió una herida de artillería en el Líbano en 1976, fue el jefe de los corresponsales de ABC y estuvo dos meses secuestrado por musulmanes chiitas hasta que consiguió escapar.

—Dos meses son casi tres, Sean —le recuerda Glass, que es británico-americano, pero habla como americano y vive en París.

Es la chanza entre ellos: la cantidad de meses en los que cada uno estuvo secuestrado. Glass quiere convencerlo de que publique libros y no regrese al campo de batalla.

Volvemos a la mesa con su malbec intacto y pido una segunda ronda de agua con gas. Entre los dos elegimos la cena: vieiras a la plancha, morcilla, puré con manteca, coliflor con queso, panceta de cerdo, ensalada de manzana, apio y zanahoria y pastel de cordero de Norfolk.

Mientras el salón se vacía, empieza nuestra conversación.

—Durante los últimos quince años siempre nos hemos visto en los momentos más límites de nuestras vidas —dice para no disfrazar ese encuentro de una entrevista de libro.

—Tenés razón —contesto algo parco y sin querer entrar en un terreno emocional.

—Yo estoy quebrado: sin trabajo, sin un peso. Vivo en la casa de mamá a los 54 años, no tengo novia, no pude escribir mi libro. Pero hablemos del tuyo.

En el celular grabo la conversación sobre su documental sobre América Latina.

—El viaje cambió mi percepción del mundo: antes era este-oeste. Y ese viaje me hizo ver el sur-norte. Venía de tener un gran hit con el documental de los talibanes de la BBC y por eso Canal 4 pagó un montón. Igual me gustó más el *making of* que la película.

Le cuento que en el primer borrador del libro omití un episodio en Bolivia porque involucra a la cocaína.

—No tengo problema con eso. No me va a causar un segundo divorcio.

Mientras pasábamos unos días con Evo Morales antes de que el Congreso eligiera presidente, gestioné una entrevista con su competidor, Gonzalo Sánchez de Lozada. Presidente entre 1993 y 1997, hablaba un español con acento por haberse criado en los Estados Unidos. El acento de un embajador.

—Me quisiste demostrar que íbamos a tener la *world exclusive* con el gringo y le ganaríamos a la CNN —dijo Sean.

No recordaba esa supuesta victoria periodística, pero sí la mañana del reportaje porque Sean amaneció con la mandíbula trabada. En la

noche había tomado cocaína y no podía modular.

Sánchez de Lozada nos esperaba en el jardín de su casa después de mi insistencia. Intentamos con un trago de whisky, un relajante y un té de boldo, pero la mandíbula no se desbloqueaba. Yo no podía entrevistarlo porque le había dicho a Sánchez de Losada que Sean lo haría. El expresidente dijo cosas sorprendentes, pero no hubo repreguntas.

Sean tuvo una política narcótica errática en La Paz. No hablaba en español, pero, para no contarme, conversaba con el dealer desde su habitación sin saber que la Policía boliviana era la propietaria del hotel. Nunca compraba de día por un principio innegociable: sostenía que solo los adictos planeaban el consumo por adelantado.

Mientras viajábamos, la historia de la mandíbula trabada llegó a *The Sun*, el diario sensacionalista del Reino Unido. En un principio Sean sospechó de mí como la fuente, pero luego supo cómo llegó al diario. Se lo contó a un íntimo amigo, ese íntimo amigo se lo contó a su novia y la novia lo contó en una cena en la que estaba un *free lance* del *The Sun*.

—¿Y qué interés tendría *The Sun* para publicar algo que parece tan lateral como la entrevista con un candidato presidencial boliviano? —le pregunto.

—Para atacar a la prensa liberal, uno de sus blancos. "Documentalista de Canal 4 no pudo hacer un *world exclusive* porque tenía la mandíbula trabada por la cocaína". El editor de *The Sun* me llamó para contarme que finalmente no lo harían. Cuando le agradecí respondió que no era un favor personal. Que para contar la historia debía usar los primeros párrafos para explicar quién mierda era yo.

El tema lo lleva al tema: me pide efectivo para mensajear a su dealer.

Le pregunto por su gran pelea con la productora del documental y ese grito de *cunt* a la directora ejecutiva cuando estábamos en Tijuana. Sean no quería filmar rápido y correr de lado a lado. Prefería pasar diez días como mínimo en cada lugar importante. Eso le daba verosimilitud a la historia. No había que evitar los tiempos muertos y las transiciones. El espectador, sostiene, puede captar eso muy fácilmente.

—En mi primer documental —Sean acompañó a los padres de dos turistas británicos secuestrados en Cachemira— por naif, romántico o lo que fuere, decidí estar ahí en cuerpo y alma. Si hubiese tenido que morir para encontrar a los rehenes, lo hubiese hecho. Me reemplazaron con esos shows de celebridades que están dos días en una selva o en los que hablan de cocinar un omelette de espinaca como si fuese también un viaje. El año pasado estuve en Siria por un documental fallido de nueve días que salió 170.000 dólares porque había seguridad, dos productores, cámaras, conductores. Ese dinero en América Latina yo lo estiraba por meses. Esto es algo que realmente lastimó mi carrera: mis peleas con los productores.

—Pero sigo sin entender el conflicto.

—En América Latina querían que salteara lugares o que los hiciera más rápido. En mi cabeza yo estaba peleando contra la máquina de la televisión. No quería que Anabel estuviera en el documental porque en todos mis documentales estaba solo. *Keep it real* (mantené la autenticidad). Y el *keep it real* era tener cuatro noches alocadas. Esos conflictos me costaron una carrera y una casa.

—En Honduras nos quedamos tres días en un hotel de la selva jugando al fútbol y al ajedrez.

—Ganaste en el fútbol porque era una cancha grande y yo fumaba mucho.

Pasamos a T.

—¿Qué pasó con la bella y misteriosa T.? Creo recordar que tenía un corazón de hielo.

—Hace poco tuve dos conversaciones con ella. Cuando vivía en Libia, durante la época de Gadafi, la acusaron de espía. Al parecer le ocurría a menudo.

—¿Nos lo perdimos? ¿T., la chica Bond? Estoy seguro de que hablamos de eso y ambos pensamos que era una mujer misteriosa, tal vez una asesina serial. ¿O era solo yo? Olvidé que eras muy joven, simple e ingenuo.

—¿Por qué siempre fuiste frío y distante con ella?

—¿No te diste cuenta?

—No.

—Porque estaba celoso.

—Qué revelación.

—¿Vos estabas enamorado o fue esa cosa Ava Gardner?

—Claro que sí.

—Vos siempre con peleas grandes. Este millonario con N. Antes Paulo Coelho o Chávez.

Comemos en penumbras y completamente solos. Algo fantasmagórico: un club de corresponsales de guerra, con sus muertos en las vitrinas, sus prótesis, y uno de los hijos pródigos como único sobreviviente de esa noche.

En ese silencio, y en esa oscuridad, se escucha un grito.

—Noooooo.

Mi grito.

Un ratoncito negro pasa caminando por el centro del comedor. Subo a la mesa y vuelvo a gritar por un miedo inexplicable. Acabo de pagar 111 libras por una cena (unos 130 dólares) y hay un roedor en el salón. En ese lugar de valientes que se arriesgan a perder sus vidas por amor a su oficio se escucha el grito aterrador de uno que nunca fue a una guerra.

—¡Es solo un ratón! —grita Sean.

El italiano a cargo del restaurante nos anuncia que debe cerrar. Sean le contesta que nos puede dejar la llave y que él mismo cerraría como hizo otras veces. Pero el italiano se niega.

—Vamos, que vienen mis amigos —pide Sean.

Sus amigos son los hermanos libaneses que le venden cocaína.

—¿Por qué habré elegido libaneses como dealers? Me sigue el Medio Oriente.

Salimos a la puerta y esperamos que se estacione uno de los hermanos.

Sean va a su encuentro y vuelve riéndose.

—Pensó que lo estabas filmando.

—Estaba tratando de usar IG.

—No subas esta compra.

Faltan minutos para la medianoche cuando empezamos a caminar por el perímetro del Hyde Park. Sean lleva un gramo de cocaína en el bolsillo. La escena me resulta familiar.

Marzo, 12. Llegamos al hotel a las 12.17.

El bar de The Caesar, un insípido cuatro estrellas en Bayswater, tiene elementos de confitería de estación de servicio: dos televisores con las noticias, mesas chicas de madera pintada y luces tenues. Sean pide un negroni.

En las tres mesas ocupadas se reparten, homogéneamente, noruegos, españoles y finlandeses. Todos eufóricos por la reiteración de cervezas industriales tiradas. Sean establece relación con cada una de las mesas: les pregunta de dónde son, sus planes en Londres.

A la 1 prendo el grabador con la intención de hablar de su secuestro. Le pregunto por una duda inicial después de haber leído todo lo publicado: si el fondo de toda la historia era su obsesión con entrevistar a Bin Laden.

—Lo conocí en Jalalabad a mediados de los 90. Paró su convoy y saludó a mi *fixer* e intérprete, Sami, con quien estuve secuestrado. Sami tenía un jardinero que supuestamente había sido el chef de Bin Laden y sobre quien yo quería hacer una película para llegar a él. Vivió en una granja unos años cuando estaban en Tora Bora. Dijo que Osama era un hombre encantador. Mató al menos a tres mil personas, pero podía ser bastante amable con un anciano. Le pregunté por sus comidas. Tenía una dieta muy simple: huevos fritos y cosas así. Pero el año del secuestro mi objetivo era hacer los campos de entrenamiento talibanes. La película no lo necesitaba, pero elegí una zona donde Ayman al Zawahiri, el número dos de Bin Laden, tenía una mujer y vivía. Elegí como foco la red Haqqani porque es una de las organizaciones insurgentes más experimentadas y sofisticadas de Afganistán. Aunque subsumida en

el paraguas más amplio de los talibanes, mantiene un mando y líneas de operaciones distintas.

Sean dijo en varias entrevistas que había estado tabicado 10 horas en el viaje previo a su secuestro. Me parecía un coloreo. Le pregunto sobre eso.

—Cuando estábamos a una hora de la casa me vendaron los ojos. Era una buena señal: si no necesitan vendarte los ojos, te van a matar.

—Pero cambiaron de vehículo.

—Unas cuantas veces. Tenía un pañuelo, como los árabes, lo llevaba sobre la cabeza para que la gente no pudiera verme. Nos detuvimos en el mercado local, lleno de combatientes con armas, para comprar jugo de naranja. Y yo me reía pensando: "Si alguno de estos *fuckers* me mira, estoy muerto. ¿Para qué paramos? Podemos estar muy bien sin el jugo de naranja".

—Sami, como yo, era tu *fixer* e intérprete. ¿Nunca lo nombrás por un tema de seguridad?

—Estoy usando su historia en todas mis historias sin mencionarlo. Con Sami trabajé diez años y su hermano se unió a la yihad y trabajó con la gente de Bin Laden.

—En Nueva York me dijiste que enloquecía escuchando la radio, aunque no tuviera pilas.

—Tuvo una crisis nerviosa. Un *pashtun* afgano es como un argentino-irlandés-portugués multiplicado por veinte: son muy orgullosos. En su orgullo guerrero ven al resto, a nosotros, como débiles y corruptos. Su crisis, que fue nerviosa y emocional, fue muy difícil para él, pero buena para mí. Me obligó a asumir el papel del sargento mayor. Y es interesante, porque él era el tipo fuerte con

fuertes creencias. Y, de repente, dejó de lavarse. Es asombroso cuando la mente cede y el cuerpo le sigue muy rápidamente. Al poco tiempo empezó a sangrar. Por su orgullo no quería decirles que estaba sangrando ni que necesitaba remedios. La única toalla que teníamos estaba cubierta de sangre. Mientras se deterioraba, pasaba la noche en vela. Dejamos de hablar porque se estaba volviendo loco. Necesitaba relajarse y no hablar. Y era un problema para mí porque necesitaba que tradujera.

—¿Cómo fue el tema del rescate con él?

—En casos anteriores, los occidentales fueron liberados a cambio de un rescate y los *fixers* locales fueron asesinados. Un buen amigo nuestro, un periodista italiano con el que trabajamos en otros documentales, fue secuestrado y sus jefes pagaron un rescate por él, pero no por su *fixer* y los talibanes lo mataron. Hubo un gran escándalo en Afganistán: los talibanes se dieron cuenta de que no quedaba bien matar al musulmán y salvar al no creyente. Como este caso pesaba sobre el nuestro intenté tranquilizarlo. "Sami, te juro por Dios que salimos los dos o ninguno".

—¿Creés que desde el principio querían cobrar un rescate o con el paso del tiempo se dieron cuenta de esa posibilidad?

—Los americanos decían que era todo cuestión de dinero. Es un poco de las dos cosas: querían intercambiarnos por prisioneros y querían dinero. Lo que reconstruí es como una mala película sobre la CIA: si te secuestran en Afganistán, está bien. Pero si estás cautivo en Pakistán, aunque sea en zonas tribales, es políticamente muy delicado porque se supone que los pakistaníes son nuestros aliados. El ministro de Asuntos Exteriores británico —y esto me lo contaron espías británicos— utilizó lenguaje diplomático para decir al gobierno

de Pakistán: "Si Langan es asesinado y su cuerpo aparece en Afganistán, diremos que estuvo en Pakistán". Al parecer, un día después, el servicio secreto pakistaní llamó a los talibanes pidiendo que no me mataran y que negociaran de una vez.

Sean sale a fumar a la puerta y tengo que usar el grabador-celular como los periodistas deportivos cuando entrevistan a los jugadores a la salida del vestuario: de parados.

—Así que por primera vez en mi vida supe que aquello no era un juego y que me podían ejecutar. Estaba sentado en una habitación y sentí como si alguien me hubiera dado un golpe. Me quedé literalmente sin aliento. Todas las otras situaciones peligrosas en las que estuve no habían sido reales. Fueron un poco de sabor, pero no lo suficientemente real. Esa vez sí: "Puedo perder a mis hijos, ellos pueden perderme a mí", pensé.

De regreso al bar, Sean espera que llegue el mozo con mi tarjeta de crédito para llamarme por otro nombre. Quiere que piense que es robada. Su locuacidad narcótica se vuelve emotiva.

—Me estaban interrogando y querían saber el nombre de mis hijos. "Pueden preguntar cualquier otra cosa, pero no sobre mis hijos", les dije. "Entonces tendremos que dispararte", se adelantó uno. Mi respuesta fue llamativamente educada: "Lo siento entonces, tendrán que dispararme". Se sorprendieron, como diciendo "esto normalmente funciona". Pero después me desencajé y les pregunté: "¿Quieres saber el nombre de mis hijos? Se llaman Luke y Gabriel. Mañana Gabriel cumple 4 años y se va a preguntar por qué no ha llamado su papá". Eso me salvó: los talibanes perdieron el control de la situación. Desde entonces la familia de la casa me ofreció protección y nos empezó a traer mejor comida. Mi hijo vivió lo

mismo que vos con el secuestro de tu tío. Ese miedo, esa rabia, que algo te ha jodido la vida.

No había pensado en ese paralelismo hasta que Sean lo nombró. Mi tío fue secuestrado, la familia pagó un rescate que mi padre entregó después de una serie de postas, y luego fue asesinado. El cuerpo tardó más de dos años en aparecer. Todo el relato de Sean, tan aparentemente distinto a la Argentina de 1985, se volvía, también, muy cercano.

—¿La familia que te cuidaba formaba parte de la misma organización?

—Se empeñaron en aclarar que no eran lo mismo que los talibanes. El éxito de los talibanes, al contrario de como los describen los medios occidentales, es que están integrados en las comunidades locales. Son la comuna local, no el terrorismo extranjero. Esa era una casa de seguridad y mi vida estaba en manos del dueño, que tenía diez hijos viviendo ahí. Me prometió que no nos matarían, que él nos protegería. Yo intentaba hacerle saber, sutilmente, que cuando me liberaran su vida estaría en mis manos. El creía, como muchos ahí, que los occidentales estamos todos conectados y que si yo llamaba a Bush, él lanzaría una bomba.

—¿Rezabas todos los días y hacías flexiones?

—Hacía flexiones, pero no rezaba islámicamente. Cuando empecé a cenar con los talibanes ellos rezaban y siempre me ha encantado esa situación. La relación con las mujeres de la casa cambió cuando dije que estaba dispuesto a morir por no decir el nombre de mis hijos. Tres días más tarde llegó una carta del jefe de la red Haqqani, uno de los terroristas más buscados del mundo, disculpándose, felicitándome por mi valentía y anunciando el castigo a quien hizo

esa pregunta. Hasta entonces las mujeres me trataban peor que los hombres porque piensan que si no sos musulmán, sos sucio y estás espiando. Cuando cambiaron la actitud hacia mi caminaban kilómetros para conseguir verduras frescas. Preparaban postres, arroz, frijoles y de vez en cuando un poco de pollo.

—Y veías sus caras.

—Sí, y nos acercamos. Cantaba para mantenerme vivo. Les contaba historias sobre mi vida, sobre Londres. No creían que en los túneles de Londres hubiera trenes. Y cuando se imaginaban una visita a la ciudad yo les decía que podían quedarse en mi casa.

—¿Te pidieron que te convirtieras?

—Pocas veces, especialmente los dueños de la casa porque no podían ser amigos de no musulmanes. Los talibanes solo una o dos veces.

—¿Cómo fue la salida de la casa?

—Me dieron zapatos de mujer hechos de plástico y un burka. Con el burka puesto tenía la sensación de seguir cautivo. Luego me llevaron a la última casa de seguridad, en Peshawar, que fue la peor experiencia. Había combatientes talibanes heridos en proceso de recuperación. Regenteaban la casa dos hermanos deformes y discapacitados mentales. Era un espectáculo de terror. En una pequeña habitación de hormigón, con solo una silla para sentarse, escuché una voz con acento americano hablando con un manos libres: "Tenemos el dinero, ¿ustedes tienen el paquete?".

No hubo intercambio de prisioneros y el rescate se depositó en una cuenta en Dubái. Canal 4 le pagó por un año de trabajo y por el arreglo de sus dientes. Nunca más lo volvió a contratar. Según Sean, pesó en esa decisión que él dijera en público que creía que Canal 4

había pagado un rescate a las personas de la casa en la que estuvo cautivo.

—Los diez años previos al secuestro hice diez películas. En los diez años posteriores al secuestro, solo dos. Cuando te secuestran, pasándolo mal, la recompensa es: "Lo siento, no podés hacer lo que te gusta hacer, incluso si sos bastante bueno haciéndolo". Eso fue lo más duro de estos últimos diez años: que me dijeran que no puedo hacer lo que hago. Medio Oriente es lo que realmente me interesa.

—Me impactó mucho el artículo donde decías que tus problemas de verdad empezaron cuando te liberaron y en el que contabas tus fantasías suicidas.

—¿Dónde dije eso?

—Le leo. "De hecho, pasé los tres años siguientes a mi liberación luchando contra el impulso de hacer precisamente eso: pegarme un tiro". Pensé mucho en qué te dirían tus hijos al leerlo.

—Pero no lo dije en un sentido tan literal.

Leí varias veces la historia de Sean y Gabriel. La de su cumpleaños. Y aun cuando vuelve a ella, cambiada, ampliada, coloreada, no puedo evitar el llanto.

A Sean se le nublan los ojos al contar que antes de salir a las montañas que se convertirían en las de su secuestro vio a su difunto padre en un sillón. Y el padre, un arquitecto del que nunca había hablado demasiado, anticipó lo que le ocurriría.

Repite el estado de su declinación: desempleado, en bancarrota, de regreso en la casa de la mamá como si fuera un niño. Dos semanas atrás entregó su computadora por dinero.

—Voy a poder tener una relación amorosa cuando tenga un departamento y un auto.

La noche termina alegremente: nos reímos de nuestras desgracias como meros accidentes. Cerca de las 4 me pide efectivo para un taxi.

Quince minutos más tarde, con el Rivotril en la lengua e hinchado por el agua con gas, pongo la alarma y leo: "Esta alarma está establecida para dentro de 2 horas y 45 minutos".

Pienso en su dolor por última vez y me duermo.

Escribo 3 horas más tarde en Instagram.

Con Sean Langan viajamos de Buenos Aires a Tijuana entre julio de 2002 y marzo de 2003 para su documental "Travels of a Gringo". Anoche, en el Club Frontline, hablamos ocho horas de ese tiempo, de los meses que pasó secuestrado por los talibanes en 2008. Voy a escribir sobre eso y sobre su generosa amistad de todos estos años.

Desayuno el inglés clásico en su variante vegetariana mientras tomo un litro de café. Pongo dos manzanas en la mochila y camino hacia Olympia, donde se hace la feria del libro.

Escribo a la noche. Con todo el día encima. Con el saco puesto que me había regalado N. en una excursión a un shopping de la ciudad de Buenos Aires donde tenía descuento del 40 %.

Caminé 24.000 pasos del hotel a la feria, de la feria al hotel. Del hotel al restaurante, del restaurante al hotel. Fue una larga sucesión de reuniones. En la feria del libro no hay autores, ni público ni presentaciones. Se compran y se venden derechos, se arman redes de relaciones, se planean ingestas de alcohol y curry. Las reuniones con agentes y editores duran 30 minutos.

A la noche comimos con un grupo en un restaurante indio, el Malabar Junction, de Bloomsbury. Mientras contaba la cantidad de cervezas que había tomado cada uno, perdí la concentración. Dos preguntas me taladraron de pronto la cabeza: ¿habrán anunciado boda ya los tortolitos?, ¿estará embarazada? No lo averigüé.

Volví a las copas vacías sobre la mesa y comprendí que se me están escapando sus facciones. Es el proceso lento y persistente de borrar a alguien.

Me pongo el pijama, me hago bolita, ubico la almohada entre las piernas y duermo 7 horas.

Marzo, 13. Con *Wanderlust. Una historia del caminar*, de Rebecca Solnit, en la mochila, voy a la feria. Descubrí una jactancia entre los asistentes: saber quién consigue mayor cantidad de reuniones por día. Uno tiene catorce en 8 horas. Marco seis en 6 horas. En la feria aparece de manera recurrente el cosmopolitismo impostado, la enumeración de lazos con distintos continentes: mi amigo ecuatoriano, mi *best* sueca, mi colega de Tokio. En los intervalos, como manzanas rojas que regalan en el stand de Polonia, pruebo café en el de Sumatra. Al caer la tarde pido en el stand de Emiratos Árabes los derechos de un libro pensando que me podrían invitar a Abu Dabi.

A la noche hay otra *dinner party* global en un club del Soho. Convocados por una agente literaria, participan editores españoles, una agente turca, una editora francesa, un par de británicos, una agente colombiana, su colega que vive en La Habana y otros. Atienden tres europeas del este.

Un escritor noruego que acaba de publicar un libro sobre el silencio —*Silence in the age of noise*— monopoliza la charla de mi rincón. Erling Kagge es, además, la primera persona que recorrió solo el polo sur a pie. En la naturaleza puede caminar 10 horas diarias. Le cuento mi hazaña de 38.000 pasos el lunes.

—Caminar es caminar en la naturaleza: esos contadores cuentan mal los pasos —dice y derriba mis trofeos urbanos.

Promueve su libro con una idea: el silencio es fundamental para estar sanos y ser felices.

Alejandra, agente literaria, le dice que no se puede ser feliz tan fácil.

—Uno es feliz si se propone serlo —replica Erling con el inglés de Herzog.

Tiene una editorial que publica ciento veinte títulos al año, pero no va todos los días a la oficina porque le gusta viajar, caminar y ser feliz. Cuenta que al día siguiente volará a Marrakech con su novia.

Insiste en volver al nunca recomendable tema de la felicidad.

—La gente es feliz 7,2 sobre 10. ¿Cuán felices son ustedes? —nos pregunta a Alejandra y a mí.

—4 sobre 10 —contesta ella y aclara que es tan difícil hablar de eso como de la fidelidad.

Me siento representado por ese pesimismo y toda mi atención se dirige hacia Alejandra. Por la manera de hablar de sus libros, de sus autores y de su obsesión discreta: los enanos.

Como en todas esas noches londinenses no tomo alcohol. En cada reunión social, debo decir algo al respecto. O aclarar, tontamente, que no soy alcohólico. Es parte de la temática de este diario:

caminar, boxear, no tomar alcohol, consumir un ansiolítico a la noche, escribir, recordar, olvidar.

Nos quedamos charlando en la vereda hasta que nos despedimos. En la caminata de 62 minutos lloro como quien quiere terminar de vaciarse y sacarse todo eso de encima y dar por concluido el duelo. A pocas cuadras del hotel le mando un mensaje a Sean.

—Fue una noche grande y conmovedora.

—Sí. Muy divertido. Y me levantó el ánimo.

—Casi lloraste cuatro veces. Yo fui el valiente que lloró de verdad.

—¡Creo que fue la falta de pan lo que te hizo llorar!

Le había dicho que, además del alcohol, había dejado las harinas.

Marzo, 14. Camino 54 minutos para reunirme con Charles, el agente literario con el que trabajo, en la plaza Bedford, a unos 5 minutos a pie del British Museum.

Es una vieja casona de varios pisos en los que pude ver desde afuera cómo algunos empleados tipean, presurosos, los e-mails de después del final de la feria del libro. Espero en un amplio hall hojeando el catálogo de la agencia y la *London Review of Books*. Le saco una foto a una gran biblioteca y acepto un café.

Le cuento a Charles de las 72.000 palabras escritas y de la separación, sin llorar, como si ya fuese un disgusto navideño o un simple libro. Me sugiere que no me preocupe por el título provisorio.

Camino unas cuadras y me siento a comer cordero en un restaurante turco.

Marzo, 15

—Por cierto, si todavía quieres pagarme algo de dinero por tu libro aceptaré encantado porque estoy en bancarrota y sin una libra —me escribe Sean a media mañana.

La primera noche le dije que lo podía ayudar cuando recibiera un anticipo. Le recuerdo la propuesta.

—No quiero un porcentaje. Sos el autor. Solo pensé que tenías algunos gastos de investigación.

Quedamos en ver el documental a las 6.30 de la tarde en el bar del hotel.

—Siento ser tan desesperante: ni siquiera tengo para el bus —me escribe una hora antes de la cita. ¿Vos tenés Uber?

—No tengo, pero tomate un taxi y lo pago cuando llegues —contesté.

—Lo siento. Acabo de intentar usar mi tarjeta Oyster, pero no tiene crédito. Esto es demasiado deprimente: tengo 54 años y soy como un niño. Cuando me paguen te devolveré este dinero.

—¡No te preocupes por eso!

—No estoy preocupado en un sentido burgués. Sé que es solo dinero. Pero me preocupa en el sentido honorable, en el de respetar la bondad de los amigos.

Llega 30 minutos más tarde.

En los días que no nos vimos había tenido una pelea brutal con la productora del documental sobre Siria. Pese a su insistencia, no lo quería mandar a Damasco por razones presupuestarias. Quería leerles a dos británicos de ISIS la carta de la madre de una joven violada por la organización, que había secuestrado y decapitado a su amigo James Foley, el periodista norteamericano. "Es un gran

momento de televisión", les gritó. Le dijeron que no. Solo querían que viajara a los Estados Unidos a terminar el documental en condición de amigo de un asesinado.

—Si acepto, me pagan 7000 libras y puedo vivir dos meses. Si no acepto, sigo sin plata para el subte.

Nos disponemos a ver su documental *Travels of a Gringo* y eso le cambia el humor.

En el bar del hotel pide un sándwich club y una copa de vino (después se pasa a la Coca-Cola clásica). En ningún momento deja el cigarrillo electrónico.

En el documental aparece su curiosidad, su afecto y hasta su valentía gástrica. Tomó sopa recalentada en un rancho de El Alto, Bolivia, sin agua potable. En cámara se ve mi rechazo torpe.

—Ya desayuné.

Se obsesiona con los mineros bolivianos que no lo miraban a los ojos. Cuando salíamos de una mina, en Oruro, le dio la mano a un trabajador. Dijo que antes no lo había mirado a los ojos y ahora sí.

Me pidió que se lo tradujera.

—Sean, era otro el que saludaste y no te miró —lo corregí.

Y rio a la cámara.

—Eso es lo que nos faltó en la edición final: nuestras conversaciones.

Vemos un episodio y medio, la mitad del documental, y cortamos porque esa noche nos encontramos con Kim Barker, la corresponsal de guerra cuyo libro inspiró la película de Tina Fey.

Leí *The Taliban Shuffle* atento a Sean y tratando de entender el mundo de Kim. La historia es el pasaje de una chica de 31 años de Montana primero a la redacción del *Chicago Tribune* y luego al

mundo de los yonquis de guerras. Kim nunca había salido de los Estados Unidos, solo hablaba inglés y tenía un novio aspirante a guionista —así lo fulmina en una línea— con el que avizoraba un matrimonio con bebés.

Cuando Kim aterrizó en Kabul la gran prensa estadounidense ya había ocupado la región con reporteros de guerra que cubrían la invasión. Debió aprender los rudimentos básicos: a regatear, a llevar efectivo por la falta de cajeros, a negociar con hombres poderosos, a lidiar con las tropas cuando se sumaba a sus incursiones bélicas.

El libro de Kim no se destaca en la descripción de los paisajes de la guerra, sino en el mundo libertino de los expatriados. Sus bares y restaurantes, sus discos y fiestas, como las temáticas de los jueves, los asados diurnos del viernes y los prostíbulos, como Ching Ching, al que llamaban restaurante chino.

Cuenta que conoció a Sean en la primavera de 2005 en L'Atmosphere, uno de los restaurantes más caros de Kabul.

Sean era muy gracioso, siempre el centro de atención, un irónico sabelotodo con gafas que se burlaba de sí mismo y solía sentarse en una esquina rodeado de mujeres atractivas e inteligentes. Sean era la versión de Kabul de una estrella de cine clase B. También, un adicto a la guerra. En mi primera salida grupal me llevó a un burdel de Kabul. Nos hicimos amigos rápidamente. Sean me contaba todo, como le contaba todo a casi todo el mundo, incluso cuando se trataba de un secreto.

Discrepan en dos temas cruciales: el día de su encuentro amoroso y la conversación previa al secuestro.

En su libro, Kim precisa que entró a la cocina de una casa adonde habían ido y lo besó. Pero entonces apareció por allí Tom, otro corresponsal, y ella se disculpó y volvió a su hotel más tarde.

En cierto modo Sean me gustaba de la forma vaga en que a muchas mujeres les gustaba Sean. Pero todos sabíamos que aún amaba a su exesposa, y amaba aún más el conflicto.

Sean sostiene que no fue un *affaire*, sino un encuentro íntimo breve. Que a él no le gustaba Kim.

—Entonces nada de lo que vi en la película se parece a la vida real —le digo.

—Creí que sabías que las películas no son como la vida real.

Kim describe el último encuentro antes del secuestro. Almorzaban ensalada de pollo cuando Sean le contó su plan para ir a conocer a un comandante sénior en las áreas tribales de Pakistán.

—¿Qué pensás?

—Que sos un idiota y te van a secuestrar.

Sean recuerda que le dijo, simplemente, que era peligroso. Guarda una gratitud especial con ella por haber movido sus contactos en el gobierno pakistaní para conseguir su liberación. Eso no consta en el libro.

—Te va a encantar —me dice mientras subimos las escaleras del Frontline.

Kim y un grupo de corresponsales de guerra lo habían invitado a comer, pero no quiso ir. Aunque se excusó por razones laborales, siente que ya no pertenece a esa comunidad. Lleva diez años sin

pisar Kabul y tiene un problema adicional que lo avergüenza: no puede pagar su parte.

En una de las mesas nos esperan periodistas de *London Times* y *The Guardian*, Kim y una amiga suya. Los hombres se abrazan efusivamente y son muy cariñosos con Sean.

Kim se encarga de pedir los tragos: vodkas y negronis.

Elogian mis Converse furiosamente rojas y no me preguntan por qué tomo agua.

Para buscar un terreno común Sean les cuenta que en mi artículo sobre nuestro viaje lo presenté como un narcisista y que Kim lo presentó por primera vez como King (rey) Langan. "Big (gran) Langan", lo corrige.

Cuando nos quedamos solos Kim detalla que su puesto de corresponsal en Nueva Delhi costaba 120.000 dólares en gastos sin incluir su sueldo y que la empresa decidió cerrarlo. Renunció para quedarse en la zona de guerra hasta que volvió a los Estados Unidos y a los pocos años entró a la redacción de *The New York Times*. Cuenta, también, su próximo libro, se titula *Los accidentes* y es sobre los cuatro divorcios y las cuatro reconciliaciones de sus padres. Habla de sí misma como una persona superexitosa que no quiso tener hijos, al igual que su hermano.

Me dice, cuando decide que estamos en confianza, que le preocupa mucho la situación de Sean. Que no sabe cómo ayudarlo y que cada vez lo ve peor.

Tomamos un último trago juntos. Sean recrea el tiroteo en Caracas y vuelve a denostar al periodista del *Times* que nos preguntó quién había disparado primero.

—Vamos, Sean, eso no pudo haber sido lo único que le importó —protesta Kim.

—¿Estás escribiendo una nota sobre *the man*? —Sean cambia de tema para evitar una discusión y le pregunta sobre Donald Trump.

—No. Sobre un hombre muy poderoso de la ciudad. Un empresario.

Remata, en realidad, con una caricatura. La de quien no puede revelar nada frente a un bocón como Sean y un desconocido como yo. Además, se tiene que ir: esa mañana llegó de Nueva York, estuvo en el gimnasio por la tarde y al día siguiente parte al alba a una excursión de *hiking*.

Le da un abrazo a Sean, me regala un *bye* con la mano y se sube, sonriente, a un Uber.

Con Sean quedamos en comer vietnamita la noche siguiente.

Marzo, 16. Visito el mercado de Camden Town —tras las huellas de mi vida de estudiante en Londres— y tengo un momento hostil en el regateo por la remera del Chelsea para Cami. El vendedor libanés pide 30 con el pantalón incluido, baja a 25 y luego a 20. Y cuando le pregunto por otra remera, contesta con descortesía.

—Estamos acá para hacer dinero. No para contestar tus preguntas.

Vuelvo a la hora y media y ofrezco 18.

No se mueve de 20 y pago 20.

El sábado a la noche nos encontramos con Sean en el café Italia del Soho. Esa tarde faltó a la cita con el psicólogo de su hijo mayor porque se quedó dormido. Después de despedirse de Kim y de mí,

fue a su casa, se sirvió vodka y tomó los restos de cocaína de la primera noche, mientras recorría CNN y los canales de noticias. Un dilema lo mantuvo en vela: si aceptar las libras que le ofrecen y no ir a Siria de nuevo o renunciar y no ser parte de un documental que no le gusta.

—Y le fallé a Luke —dice apesadumbrado.

La Policía había agarrado a Luke con un porro a la salida del subte. Con esas requisas, sostiene Sean, busca mostrar que no solo revisa a negros, pobres e inmigrantes. Como usan cámaras en sus uniformes, los padres pueden ver la secuencia.

En el café nos atiende una albanesa con acné juvenil que acaba de llegar a Londres para estudiar hip hop. Le cuento que Sean fue secuestrado por los talibanes y no muestra ni interés ni curiosidad.

—Esto no funciona como antes: ya me ven como un viejo.

En el vietnamita Sean pide muchos platos: *rolls* de cerdo, sopa verde asiática, *dumplings*, guiso de panza de chancho, un pescado en salsa negra y arroz frito con huevo.

Me pregunta sobre el libro y cuando por azar llegamos a mi amiga Marina descubro algo de Sean que ignoraba: su interés por el surf.

Me pide todos los detalles posibles de mi excompañera de secundaria convertida en surfista. Vemos dos videos suyos en el agua, y Sean se revela como un conocedor de quién es *goofy* (la persona que surfea con el pie izquierdo en la parte trasera de la tabla) y quién es regular (la que coloca el derecho atrás).

Pide una ronda de cervezas y más picante.

—Cuando N. te dijo que nunca quiso casarse con el padre de sus hijas, aunque finalmente lo hizo, ni con su primer novio, pero con vos sí quería, ¿no te sonó una alerta? Es una *pricker*.

—¿Qué quiere decir *pricker*?

—Alguien que muestra, seduce y no concreta.

Volvemos al café Italia y pide un *cannolo* de postre.

A la medianoche, mientras caminamos del Soho al hotel, cuenta que muchas veces se va a dormir con dolor de pecho. Que no ejercita, que puede pasar días enteros en el sillón viendo la televisión y leyendo los diarios. Sin moverse. A veces toma vodka. A veces cocaína. Come mal. Intercala los cereales con tostadas. Pocos vegetales y frutas. Como en su cautiverio.

En la caminata detiene a distintas personas para pedirles fuego hasta que decide gastar 0,80 libras en un encendedor, su única erogación de nuestras tres noches.

Y ahí, en esa charla final, me dice que ya no tiene la energía para salir adelante que tenía cuando se separó de Anabel. Que ahí hizo sus dos documentales buenos de Irak y Afganistán y ya. Como si hubiese algo que no lo dejara salir. Que ya le queda poco de carrera y que la vida de los 43 —la edad que tenía cuando lo secuestraron, la edad que tengo cuando lo escucho— a los 50 pasó muy rápido. Buena parte de su tiempo se va, dice, en cómo conseguir plata. Que no puede escribir el libro de su secuestro. Que sabotea todas las relaciones amorosas posibles.

Una de ellas con una millonaria, divorciada de un político pakistaní, con quien pasaron un fin de semana con sus respectivos hijos. Gabriel le pidió algo mientras preparaba una minimotocross: "Esta vez no lo arruines". Y Sean lo arruinó.

Charlamos un rato en el bar del hotel. Él toma Coca-Cola clásica y yo, Zero. Nos despedimos muy efusivamente.

Fue —me escribe la mañana siguiente— *un paseo realmente memorable por Londres. Todo hombre debería tener un romance con un alma surfera. El mero hecho de escuchar tus historias (mucho mejores que las mías) me levantó el ánimo, así que gracias por eso. Seguí caminando y conocí a dos mujeres en una parada de autobús y tuve un breve interludio con ellas. No más que breves conversaciones que demuestran lo emocionante que puede ser vivir cuando te mantenés abierto al azar. Como dicen los surfistas (y ellos son los sabios budas de las tablas), hay que entrar en la corriente para después agarrar la ola. ¡La fuerza elemental del universo! Nuestros encuentros siempre me afirman en la vida y son muy divertidos. Me alegro de habernos conocido en aquel café de Buenos Aires. Por otro viaje en la ruta algún día. ¡Tu compañero de viaje! Comandante Sean*

Marzo, 17. En mi último día en Londres visito los lugares del tiempo en que viví acá. Primero, la plaza Tavistock, donde queda el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres. Saco fotos. Por unas semanas Instagram cambiará mi campo visual.

Camino casi 2 horas hasta el parque en el que corría tres veces por semana: el Hampstead Heath. Trepo hasta Parliament Hill, donde una pizarra chica informa: avistaje de nubes. Londres también se ve desde ese pico natural.

Vivía a unos 800 metros de ahí. Paso por la puerta de la casa y camino seis cuadras hasta el cementerio de Highgate para ver la tumba de Marx. A los amigos y a la parentela que me visitaban los llevaba siempre a saludar a mi vecino famoso muerto. La vecina

famosa viva era Gwyneth Paltrow, a quien crucé una sola vez en el supermercado y no supe qué decirle.

Hoy es la oración anual, la ceremonia que recuerda a Marx. Desarrollé un especial interés por qué decir frente a la muerte y admiro especialmente a quienes pudieron decir algo en estado de conmoción. El hermoso obituario de Gabriela Esquivada sobre su marido Charlie Feiling en 1997 la misma semana de su muerte y el de Engels frente a la tumba de Marx están en la cúspide de esas preferencias.

El 14 de marzo, a las tres menos cuarto de la tarde —dijo Engels en 1883— *dejó de existir el más grande pensador de nuestros días. Apenas lo dejamos dos minutos solo y cuando volvimos, lo encontramos tranquilamente dormido en su sillón, pero para siempre. Ha muerto venerado, querido, llorado por millones de obreros de la causa revolucionaria, como él, diseminados por toda Europa y América, desde las minas de Siberia hasta California. Puedo atreverme a decir que si pudo tener muchos adversarios tuvo un solo enemigo personal. Su nombre vivirá a través de los siglos, y con él su obra.*

Cuando llego a la puerta del cementerio dos jóvenes flamean una bandera contra el régimen chino y exigen democracia para los trabajadores. Dos meses atrás la tumba de Marx fue profanada por un grupo de iconoclastas que lo responsabilizaron por las atrocidades del estalinismo. Le tiraron pintura.

Hay ciento cincuenta personas en el mausoleo a la espera de que comience el evento. Después de sacar muchas fotos con el celular

reparo en un detalle: los militantes comunistas pueden verme como un botón. Pero nadie parece sospechar. Señores y señoras mayores también sacan fotos y hacen videos con los celulares. Todos escuchamos al maestro de ceremonias del partido cuya muletilla suena hermosamente en inglés: *comrades,* camaradas. Invita a todas las delegaciones internacionales a saludar al homenajeado. Y ahí pasan, una por una, la de Irán, la de Yakarta, la de Pakistán, la de Chile y algunas solitarias, como la chica española de Izquierda Unida. Se acercan al monolito, miran al Marx de piedra, le muestran su puño y su reverencia. Los viejos milicianos de Sendero Luminoso agitan la bandera "Fin al aislamiento total de Abimael Guzmán" y deben recordarle al maestro de ceremonias que no los mencionaron. Parecen campesinos costeños sacados de sus llanuras y envejecidos en el suburbio londinense.

Y, de repente, por pedido del maestro de ceremonias y con un ayudamemoria, empezamos a cantar la "Internacional". En muchos idiomas, todos superpuestos y desorganizados.

Saco una foto de la tumba de Marx en la que el rayo de sol le acaricia la cara. Redacto en Instagram.

Qué lindo volver a verte, Carlos. Cementerio de Highgate, Londres.

No puedo ir al pub donde continúa el homenaje. Me propuse caminar al hotel y luego tomar el segundo subte de toda la visita a Londres para llegar al aeropuerto.

Diez. 2019. Diario de abril-junio. Buenos Aires-Ciudad del Este

Abril, 1. Escribo dos semanas después de volver de Londres.

Ayer vi a N. de lejos, a unas cuadras de mi casa. Me senté en el bar en el que nos encontrábamos. A los 5 minutos se asomó a fisgonear el interior. Aunque evitamos el contacto de ojos, quise creer que buscábamos la confirmación de que el otro seguía ahí a pesar de la disolución de todo.

Abril, 2. En boxeo intento la contorsión, el equilibrio, el movimiento de cintura. Aun con problemas técnicos, la bolsa puede ser una gran descarga. Es el momento mágico en el que no escucho la pedagogía de Matías cuando me dice, desde sus *brackets*, su cuerpo pequeño, fibroso y ágil, que está mal lo que hago.

Durante las primeras semanas de enero le pegaba a la bolsa y lloraba pensando en N. Reemplacé aquel llanto, el vacío, con este diario, el trabajo en la editorial, el conteo de pasos, los días sin tomar, los días con el Rivotril. Todo contado, medido. Vivo en esta reiteración de obsesiones. El año pasado N. me mandó un artículo sobre las crisis creativas. Ella, creadora, quería evitar que perdiera el impulso creador. Yo no tenía ningún problema en no tener un tema para escribir. Involuntariamente N. me lo dio.

Hay personas que escriben con una idea de felicidad. En su fenomenal *Cochabamba 1550-1900. Colonialism and Agrarian Transformation in Bolivia,* la historiadora estadounidense Brooke Larson escribió algo muy amoroso sobre su marido y sus hijos. "Doy las gracias de todo corazón a Carter por ser siempre la calma en el medio de mis tormentas interiores; a Jodie por su apoyo y solidaridad; a Josh, que a menudo me desea 'feliz escritura', aunque odie verme desaparecer camino hacia mi estudio del ático". Tengo muy presente ese deseo: *happy writing*, feliz escritura.

Abril, 6. Ayer cumplí cien días sin alcohol. Una mujer con la que me veo cada tanto vino a casa. Mientras tomaba una cerveza, me alentaba a que terminara con la racha. Vimos una película y se quedó a dormir. Me despertó el sodero de Ivess. Ella leía en el living. Preparé café y mate cocido. Le dije que llegaría a los doscientos días. Me sugirió que buscara un número redondo mejor y se fue.

Abril, 7. Armé la biblioteca sobre caminar y boxear. En Facebook encontré un posteo que leí varias veces. Lo escribió la usuaria Lola Melendi el 31 de diciembre de 2018.

Este año me enamoré dos veces. La primera, me dejaron por WhatsApp. Viajaba parada en un 152 y cuando terminó la brevísima conversación solo atiné a bajarme. Quiso el destino que fuera en la puerta de un negocio de zapatillas. Comprar un par fue decisión mía. Cuestan lo mismo que me voy a ahorrar en salidas/para que me recuerden siempre que estoy bien plantada.

Mayo, 19. A las 8.15 de la mañana visito el segundo lugar en el que planeábamos casarnos con N.: Ciudad del Este, la ciudad paraguaya que compone la triple frontera junto a Puerto Iguazú, en la Argentina, y Foz de Iguazú, en Brasil. Lo ratificamos en persona, por WhatsApp, lo inscribimos en manteles de papel, en cuadernos, en murales.

En los últimos seis meses pasé 24 o 48 horas en esos lugares en los que nos casaríamos: Los Ángeles y Ciudad del Este. Solo en uno; con Cami en el otro. Al primero aterricé como un plan con N. A Ciudad del Este llegué por azar. Le propuse a Cami que fuéramos a ver la Copa América a Brasil y contraofertó las cataratas.

Mayo, 21. Javier, el guía, nos pasa a buscar a las 7 de la mañana en una van blanca. Durante el trayecto habla del fracaso de Paraguay como nación, de los riesgos de caminar por las calles de Ciudad del Este, de las posibilidades de ser estafados. Sugiere comprar en el mall al que nos lleva porque varios pasajeros que eligieron otro destino comercial recibieron celulares o computadoras que no pudieron encenderse o sus tarjetas de crédito fueron clonadas. Aclara que ni él ni la empresa en la que trabaja, Caracol, tienen comisión. Les hacen regalos a fin de año.

En una de las tiendas compro mis primeros guantes de boxeo, unos Everlast rosas de oferta: 13 dólares, 35 menos que los azules. Antes de pagar me pregunto cómo reaccionará Matías ante esa elección.

Con Cami salimos a caminar por la feria y a visitar otros malls. Quiero que se pruebe un Rolex de oro en Mona Lisa, el que vende los productos de mayor lujo, pero no hay para niños. Entre los

puestos callejeros compramos un equipo imitación de Adidas y una remera de Cristiano Ronaldo.

Es domingo, todo parece semivacío y la mitad de los puestos, cerrados. En un chiringuito de lata comimos sopa paraguaya y una variedad de chipá con café espeso. Volvimos a Puerto Iguazú mirando por la ventanilla.

Antes de llegar recibo una llamada de un número desconocido de línea.

—Soy una amiga de N.

—Decime.

—Te quiero contar todo.

No me da su nombre y no parece ser Anabella, su mejor amiga. Le digo a esa voz anónima que no, que gracias, y paso el resto del día pensando en esa llamada.

Mayo, 25. Quedan algunas fotos de N. en el Drive y la ropa que me regaló. Unas botas de gamuza de buena calidad, unas zapatillas negras que le dieron como canje, una billetera de la misma marca que ella pagó, una campera de avión que compró en un supermercado, una camisa azul de lino, dos camisas celestes holgadas, dos suéteres negros y uno azul con rayas. Son ahora objetos a los que les despegué cualquier emoción.

Por un tiempo he renunciado a los encuentros ocasionales, a las reincidencias. Me despierto siempre solo. En silencio, sin hacer preguntas, sin que me las hagan.

Mayo, 29. Reaparece la amiga de N. sin nombre. Hace unos días me mandó un e-mail con una dirección inventada para la ocasión: todalaverdadsobrenubecita@gmail.com. Es una monografía sobre el arte de N., a quien llama Nubecita. Llegué a la mitad de la primera página de nueve y paré.

Al día siguiente me llamó por número privado.

—¿Qué te pareció? —preguntó evitando el "hola, cómo estás".

—No leí mucho. No entiendo tu insistencia.

—¿Pero no te habías enamorado de su arte?

— …

—¿Sos tan pedante que pensás que el arte está sobrevalorado?

—No quiero hablar. Mejor no me mandes nada más. Entro a una reunión.

Bloqueé su dirección de correo para no recibir más insumos. Ya no le deseo el mal: ese sentimiento horrible se fue extinguiendo.

Junio, 2. Tuve una cita en un japonés de Bajo Belgrano. Charlamos mucho y nos despedimos a las apuradas. Lloviznaba.

En el cruce a nivel de Monroe escuché la conversación de dos chicas de unos veintipocos años, las dos con mochilas en las espaldas. Hablaban de una ruptura amorosa.

—¿Viste cuando te explota el corazón? —preguntó una de ellas como si esa sensación fuera una experiencia reconocible como parpadear, el crecimiento del pelo.

Cuando te explota el corazón. Gugleé la frase en la cuadra siguiente resguardado en el toldo de un maxikiosco. Pensé que podía ser un título para este libro.

Junio, 7. En otra cita, en un bar de Tribunales, terminé con la ley seca. La había conocido en Londres durante la feria del libro. No nos separamos por cuatro días hasta que volvió a su vida. La llevé al aeropuerto de Ezeiza, silencioso por los televisores en *mute* que pasaban Argentina-Brasil de la Copa América.

—Es horrible despedirse —dijo.

Cuando entraba en la autopista de regreso, Brasil ya ganaba 1 a 0.

Junio, 13. Hace tres semanas que Matías, el entrenador de boxeo, me llama por mi nombre. En una sutil resignación, no dice frases hirientes, no bufa. Incluso me subió al ring en donde levanté los brazos y hasta bailé. En estos meses no he boxeado verdaderamente con nadie, no vi una sola pelea en la tele, ni perdí el miedo a los golpes. Simplemente estuve ahí viendo cómo el dolor cambiaba.

Hoy a la mañana Matías nos contó que deja la cadena Sparring —la que me tiene como cliente de renovación trimestral— porque arma su gimnasio propio en un club de barrio sobre la avenida Triunvirato. Tiene bufet, cancha de fútbol y un gimnasio chico de boxeo. Dijo que debe pegar el salto porque es joven y si no lo hace ahora no lo hará más. Prometió visitarnos.

En un aparte me preguntó cómo estaba.

—En los días de verano llorabas cuando le pegabas a la bolsa.

—¿Cómo te diste cuenta? —pregunté.

—Vi muchas cosas en un gimnasio de box, pero no alguien que llore tanto sin hacer ruido. ¡Y mientras le pega a la bolsa!

Salí de Sparring con el bolso al hombro, las vendas aún puestas, el Gatorade sin azúcar en una mano, el dolor leve en el abdomen y las palabras de Matías.

Junio, 25. Seis meses después de lo que creía era la pena más grande de mi adultez siento un alivio indescriptible por estar lejos de N. Se evaporó o intento creer eso. Termina la rutina de racionalizar a una persona, de sacarle una tomografía sin los efectos del enamoramiento. La seguiré viendo en las redes con el turco Jonatan. Por cierta tendencia al resentimiento, nunca más hablaré con ella.

No existe la exigencia de un telón que debe cerrarse, ni la obligación de una salida triunfal, ni una exaltación de la superación, ni la repetición, a una escala amorosa, de los jóvenes montevideanos que sobrevivieron setenta y dos días en la cordillera de los Andes y reaparecieron o volvieron a la vida. No, todo es más chico, mucho más chico. Un vuelo de cabotaje sin accidente.

Junio, 27. Me entero por Rodolfo que N. terminó la relación con Jonatan. Que se enamoró de una suerte de conde heredero, que se va a vivir a las afueras de Milán. Jonatan se quedó con dos alianzas en Key Biscayne, una parva de fotos tamaño 13×18 de sus viajes juntos. Lo vieron devastado en un evento de Howard Johnson en el que debió dar el discurso de cierre.

Pienso en las veces que imaginé esa vida compartida. En cómo se querían, en cómo se miraban. Intento cuantificar en horas de mi imaginación —100, 200—, pero no parece verosímil. Arriesgué en este diario que podían estar juntos seis meses o seis años. Ni siquiera ese acierto relativo me consuela.

He escrito sobre mis pérdidas inmateriales, como la relación con N., para retenerlas durante un tiempo. La organización es más bien en la mente, recordar, revisar, para después volcarlo en el documento de Word, tocar el ícono del disquete y cerrar el archivo. N. fue algo así como una invención: el período que estuvimos juntos y acá, en este diario, la posibilidad de cambiar esos recuerdos. Agregarles y quitarles cosas sin entender del todo. Ni lo existente, ni lo inventado.

Me brota un gesto solidario, la necesidad de escribirle a Jonatan. Pido su dirección de correo electrónico. Gaby me sopla un standard de jazz para la ocasión: "I Could Have Told You" (Podría habértelo dicho), versionado por Bob Dylan. Lo escucho —también el de Frank Sinatra—, pero algo me detiene y no se me ocurre qué decirle al novio abandonado. Planto ahí.

Once. 1969-2025. Final, final

A finales de 2024 me mudé después de haber pasado más de veinte años en la casa en la que conversé con N. por última vez. Charcas, la casa de la calle Charcas.

Entre las cajas y algunos cajones de fruta con documentos, archivos, casetes y recortes de prensa que salvé de las bolsas de basura encontré un sobre blanco con una anotación en marcador rojo: "Cartas mamá-papá". Recordé un intento fallido por entender la letra de mamá varios años atrás y la intención de contratar un calígrafo.

Después de la mudanza me dispuse a descifrar la letra. No vi tutoriales ni consulté a especialistas. Simplemente leí y releí hasta identificar mejor las consonantes, comprender sus giros y resignarme con algunas pocas palabras. Clasifiqué las diecisiete cartas con colores y números y cambié la carátula del sobre: "Cartas de mamá a papá".

Fue un reencuentro inesperado con la fuerza de las grandes revelaciones. Reconocí, también, el pudor del que se asoma a la intimidad de sus padres, el que escucha a través de una pared lo que sucede en la habitación principal. Aunque no están fechadas, pude establecer la línea temporal de su escritura: la segunda mitad de 1969. Papá estaba preso, mamá lo visitaba cada sábado y le escribía cada semana, probablemente más de una vez.

Tenía 26 años, mi edad cuando ella murió y yo viajaba con Sean. En las cartas es una joven que comenzaba a abrirse paso: recién recibida de psicóloga, había conseguido su primer paciente, vivía de hacer encuestas, quería casarse, irse de luna de miel, encontrar un departamento para vivir con papá, tener un hijo y, en términos convencionales, formar una familia. Para ella, la revolución no estaba en el centro.

Un día invernal e impreciso de 1969 papá, que sí creía que la revolución estaba en su centro, cayó preso junto con sus compañeros de la facultad de Derecho. Participaba en un acto en el que su mejor amigo —Jorge "el Colorado" Teste— debía disertar, precisamente, sobre *El Estado y la revolución*, de Lenin. El régimen militar del general Onganía entraba en su declinación prolongada.

En la cárcel de Villa Devoto los camaradas de Derecho dormían en un pabellón amplio de cuchetas angostas. En su romantización de esa primera detención, papá evocaría partidos de fútbol entre internacionalistas y nacionalistas, partidas de ajedrez, aprendizaje de la comunicación por señas y ruidos, entrenamiento físico, grupos de discusión, surgimiento de personajes luego folclorizados y una vida comunitaria. Sus compañeros con los que hablé retuvieron una imagen en el pabellón: papá acomodándose el pantalón de un jogging holgado.

En sus cartas, mamá quiere contarle cada instante, cada detalle de su cotidianeidad. Las escribe durante el día y la noche, mientras cambia de colores, de lápices y biromes y de estados de ánimo. Se entrega a prolongadas declaraciones de amor.

Te busco en la cara de la gente y me parece verte acá, allá, corriendo, apurado, queriendo hacer mil cosas a la vez (las tres partes de ellas, por no decir el 90 %, para beneficiar a los demás). El Zoto —uno de los apodos que usa— *con la camisa desabrochada luciendo el ombligo y el querido portafolio negro. Lo único que el Zoto tiene de abogado en un sentido formal.*

En la carta que rotulé como 14 y que probablemente sea de septiembre de 1969, le presenta a su primer paciente. Claudio es un nene de 5 años con una lesión cerebral y "una personalidad de base psicopática". Lo visitó después de las 8 de la noche en el hospital Santojanni de Flores. "Es la primera guita que voy a ganar como psicóloga y eso me tiene muy contenta". Le comparte el consejo de un amigo: que sea más sociable para conseguir más pacientes. Mamá dice que le cuesta mucho promocionarse y que en el fondo eso muestra que es muy tímida.

Esa semana prepara su jura como psicóloga. "Me da mucha pena que no puedas estar". Recuerda una charla en el auto, en la Costanera, en la que papá le dijo que a ella "le resultaba más fácil inventar complicadísimas razones de su vagancia a estar sentada estudiando durante 10 horas diarias". Cuenta que mamá lloró, pataleó y se sintió incomprendida, pero con el tiempo terminó dándole la razón.

En las cartas mamá escribe extensamente sobre sus trabajos remunerados: las encuestas. Detalla que hizo seis en un día y ganó 6300 pesos. "Pero, bueno, estoy bastante depre. Este trabajo nuevo no me gusta. Lo único que me alienta es que puedo ganar bastante y casarme con el precioso de Zoto".

El dinero y el ahorro son una preocupación. "Entre los dos vamos a tener 200.000 con lo cual vamos a poder tirar bastante". Se ofrece como responsable de administrarlos. "Con el Zoto nos quedamos en 15 días sin guita".

La noche que se cumplen siete años de cuando se vieron por primera vez recuerda cada pormenor en una carta. Era sábado, eran las 9.30 y un desconocido tocó el timbre de la casa en la que vivía con sus padres para una cita a ciegas. Esa tarde mamá había ido a la peluquería y llevaba puesto un traje de terciopelo marrón, zapatos y cartera al tono. Tenía 19 años.

Veo un coche largo. Digo chau, un nene bien. Seguro que va a hablar de caballos y de los campos del papá y yo acabo de dar dos parciales y estoy sin dormir. Aguantar un estúpido semejante. Se abre la puerta delantera y veo un perfil muy lindo, con una nariz respingada (siempre me gustan las narices así). Dice hola y veo, a pesar de la poca luz, unos grandes ojos claros.

Esa noche, cuenta mamá en la carta, conversaron sobre psicoanálisis y reflexología, del *Miedo a la libertad*, de Erich Fromm, de los caballos en la pintura de Juan Carlos Castagnino y todo lo que podía caber en una conversación de 6 horas. No solo habla de la efeméride:

Hoy quisiera, con mayor intensidad que nunca, tener un hijo nuestro, sería realmente "tu presencia" física y toda la intensidad de lo nuestro.

Le cuenta de sus ganas de casarse. Le pide que le escriba, que le mande regalos de aniversario, aunque sea un dibujo chiquitito. Es una demanda que está en casi todas las cartas: que redacte más párrafos, que dibuje más. Consigna cuatro menciones a las respuestas de papá. Una de ellas le alegró tanto el corazón que le hace "tic-tac".

Tus cartas me llenan como el cielo, como nuestra felicidad soñada y, a pesar de todo, como la vida misma.

De una carta le gustó especialmente la referencia a "su relación transferencial con la doctora Araujo", en alusión —averiguo— a esas emociones, deseos y expectativas que una persona tenía con otras del pasado —como sus padres— y que pasan a alguien del presente, como el terapeuta. Lejos de las ironías del psicoanálisis, le gustó el dibujo que le hizo a David, el sobrino de mamá. "No conozco en el mundo un gordo más dulce que don Gordo: tenía que tener los ojitos azules y con chispitas". Lo despide con un "hasta el sábado, querido doctor Sivak, querido don gordo, querido Zototo, querido Coco".

Los apodos me sorprendieron, me incomodaron. Conocía los tradicionales —Gordo, Negrita— por haberlos escuchado. No encontré la manera de entender la génesis de los otros. Consideré omitirlos porque era una manera de revelar una parte de su intimidad, aunque nada escandalosa. Eran las palabras tabicadas de una pareja. En este caso, la de mis padres.

Cuando papá tarda en responder, mamá se entristece.

Queridísimo mío, no esperes hasta el miércoles para escribirme. Hacelo antes. Pensá que unas líneas tuyas me hacen ver el cielo.

La demanda aparece en distintos registros: serios, dramáticos y humorísticos: "Ya sé que tengo tu carta. ¿Es linda o es fea?, ¿larga o cortita?".

No sé si papá escribe poco o es apenas menos de lo que mamá deseaba. Me inclino por lo primero y me reconozco en ese lugar casi evasivo frente a atendibles reclamos. Como una herencia anticipada, un justificativo precario a las desatenciones.

En su vida carcelaria, papá parece consagrado a discutir la Argentina y el mundo y a debatir teoría marxista con sus compañeros de Derecho. En uno de los dibujos, mamá recrea las clases de gimnasia con papá atlético y de pantalón corto y remera.

Uno, dos (Don Gordo haciendo gimnasia)

—¿Me queda panza, Charles? (Charles es Carlos Tobal, un muy amigo de papá que estaba preso).

—No, ya no tenés nada.

Papá podía pedir la opción de salir del país como todos los detenidos por el estado de sitio sin juicio previo y considerados de peligro para la seguridad pública. En una de las cartas mamá le pregunta la fecha en la que reclamará la "opción". "Tenemos que averiguar —escribe— si en Chile nos casan enseguida". Tiene una manera de conseguir pasajes gratis que no detalla.

La semana de octubre de 1969 en la que papá cumplió años mamá estuvo muy apenada: le reprochó que no le había escrito

ninguna carta y que los días se habían hecho interminables. Narra con detalle la caminata de 3 horas por la avenida Corrientes para comprarle los libros de regalo y los elegidos.

1. *La revolución inconclusa. 50 años de historia soviética (1917-1967)*, de Isaac Deutscher.
2. *La ideología alemana*, de Carlos Marx y Federico Engels, en una edición especial.
3. *Materialismo histórico, materialismo dialéctico*, de Louis Althusser y Alain Badiou.
4. No entiendo bien la letra, pero parece anticipar que es el nuevo de Wright Mills, el sociólogo norteamericano. (Alfredo Grieco y Bavio, un amigo erudito de muchas lenguas y disciplinas y conocedor de muchos temas, como la sociología estadounidense de la década de 1960, me apunta que es *De hombres sociales y movimientos políticos* que Siglo XXI publicó por primera vez en 1969).

En la mudanza, en la que estas cartas reaparecieron, hojeé el libro de Deutscher, autor de dos monumentales biografías sobre Stalin y Trotsky, y me pregunté por su origen sin saber que la respuesta estaba en la lista de mamá. Se integró al patrimonio del amor de mis padres.

Feliz cumpleaños. Aunque parezca un absurdo desearte un cumpleaños en estas condiciones, pensá en todo lo que nos queremos a pesar de la distancia. Pensá en todo lo que te quieren y que están profundamente admirados de todo lo que valés, aquellos

que se atreven a decir que no a la miseria, a la injusticia y fundamentalmente a la indignidad humana.

Es la única referencia a papá y la política en todas las cartas. Firma como La Negra, Pucha, Pocholeta, El Gato. Dibuja un gato y un señor flaco.

Ese 18 de octubre de 1969 papá cumplió 27 años.

Las requisas carcelarias son una fuente de enojo para mamá. Le adelanta su plan de publicar un artículo sobre "el sadismo de los imbéciles" en referencia a los guardiacárceles y cuenta un incidente que no describe con Charles y su novia. "Nunca en mi vida sentí tanta bronca junta (que es mucho decir, vos lo sabés bien, ¿no?). Tengo la tentación de aparecerme el sábado con el vestido largo para ver la cara que ponen los arpios, frígidos y solterones de la requisa". Pudo hacer esa visita sin pasar por el cuartito y sin bajarse la pollera. "No hay una sola vez que no haya ido que no me haya peleado con alguien". Anuncia que cuando papá salga irá a Devoto a insultar a todos los que están en la puerta.

Mamá comparte sus furias por uno de los compañeros de encierro de papá.

La bronca que me agarré con la libertad de Sánchez Sorondo… se la tengo jurada… Tu andaluza.

Marcelo Sánchez Sorondo, un dirigente nacionalista y conservador, recibía el desprecio del grupo de papá. Le cantaban canciones de la República española como "Gallo rojo" o "No pasarán". Sánchez Sorondo pidió cambio de pabellón. En su libro de memorias

recordaría al grupo de marxistas que lo hostigaba: "Decididamente no me podían soportar […]. Se reunían entre ellos con cierta autosuficiencia un tanto patotera. Eran gente con hábitos de niños bien, adinerados: recibían abundantes y costosas provisiones para remediar la parvedad de las meriendas penitenciarias; se soleaban plácidamente en el patio".

En el caso de papá había una parte de verdad: las costosas provisiones, aunque no le gustaba estar ni dormir al sol. En las cartas, mamá le anuncia el envío de pescados rellenos con mariscos, pescado frito, arroz con mariscos, arrollados y escalopes con una salsa especial, que a veces leo como "emocionante" y otras como "marsala".

Mamá instruye a papá sobre cómo calentar la comida porque él no sabe cocinar (la única vez que lo hizo en mi presencia fue un omelette de arvejas que, de hecho, dijo haber aprendido en la cárcel). Le indica que para calentar el puré tiene que usar leche, pero le advierte que no debe tirar el sachet de litro completo.

Le pide que devuelva a un tío no identificado la cacerola en la que le mandó el arroz con mariscos. "NO TE OLVIDES". Son las únicas palabras en mayúsculas y subrayadas de todas las cartas. Supongo que es algo que se ha ido postergando por los descuidos de papá.

En la correspondencia el único gran enojo con papá no tiene mayúsculas. Es por un departamento de la familia Sivak que se escrituró a nombre de otra persona. "¿Por qué no me lo dijiste?", le pregunta. "Gordo, ¿por qué no lo hiciste escriturar enseguida?". Le cuenta que está muy mal, que lleva una hora llorando, que le escribió cosas muy feas y las rompió. Dice que se siente sola, le reclama que le escriba. "A mí no me gusta mucho la soledad".

Las cartas ayudan a trazar una aproximación a mamá, a cómo se veía en ese tiempo: tímida, enamorada, enojadiza, trabajadora, algo perezosa en el estudio y con cierta dificultad para estar sola. La conocí como madre enamorada de su marido y luego, como viuda, vi esa dificultad para estar sola. Enojadiza, siempre. No recuerdo esa timidez de grande ni sabía de esas dificultades para estudiar.

Escribe la carta 5 a la 1.30 de la mañana de un día de fines de 1969 que no puedo precisar. Cuenta que vio la televisión y el vespertino *La Razón* —"después de salir de tu casa"— y que lloró cuando la mamá de papá (la abuela Victoria) le dio la noticia de un posible traslado a una cárcel en otra provincia. Le pidió a Rolo (el periodista Rodolfo Pandolfi, esposo de su hermana Pity) que averiguara si era cierto. Empezó a hacer los cálculos de los kilómetros, de los gastos, de las logísticas.

En el sobre blanco encontré dos cartas de la abuela Victoria a papá. Son los textos de una madre afligida por su hijo preso y especialmente atenta a la comida, su salud y los juegos, como una manera, también, de aniñarlo. Lo llama "Querido Jorgito". Le enseña cómo calentar con caldo, sugiere agregar abundante manteca al puré Chef, en una estrategia diferenciada de su nuera; le manda zapatillas y hojas de afeitar. "¿Cómo anduvo el campeonato de ping-pong?", le pregunta. En la segunda carta quiere saber sobre su dolor de lumbago. "El cepillo que te mando, recuerda mi condición de odontóloga, lo puedes usar, aunque te sangren las encías". Le recomienda hacer una curación de agua caliente y sal.

—¿Me querés mucho? —le pregunta mamá a papá en un diálogo inventado.

—Sí.
—¿Entonces te vas a casar conmigo?
—Creo que sí.
—¿Te parece bien mañana?
—(Silencio).

En una carta encuentro la única referencia a su vida erótica. Dudo y transcribo igual.

Queridísimo mío: Espero que podamos tener nuestros sábados como Dios manda porque he empezado a tener cada sueño erótico (siempre con vos) que mejor no hablar. Además, espero no sólo nuestro sábado, sino todas nuestras noches.

En otra carta se despide con mucha tristeza, le dice lo mucho que lo quiere y dibuja dos corazones. El que corresponde a papá es, escribe, el de un exgordo.

En la que rotulo con el número 15, e infiero que corresponde a noviembre de 1969, aparece un entusiasmo repentino: "Pronto vamos a estar juntos caminando por la calle, eligiendo los muebles y el depto que vamos a alquilar". Le recuerda que en enero van a tener 200.000 pesos y sus opciones de trabajo en el hospital Durand y en un colegio. "Mi cielo, algo vamos a conseguir entre los dos como para poder vivir teniendo ya seguro una suma de dinero que nos permita vivir durante ocho meses. Yo, en cualquier momento jodido, puedo apelar a las encuestas".

Mamá dice que quiere volver a ser feliz, que no tolera su angustia flotante entendida como un miedo excesivo, según pude averiguar

en uno de sus diccionarios de psicología que me ayudaron en la relectura de las cartas.

En una de ellas le cuenta que espera que sean las 11 de la noche para escuchar el *Reporter Esso* y después el noticiero del canal 13. Le habla de acontecimientos en Rosario, en Córdoba y en Cipolletti como parte de la agonía del régimen militar. "Yo estaba en casa y aplaudía como una loca… me parece que no les queda mucho tiempo". A mayor fragilidad, más posibilidades de una amnistía para los presos políticos.

"Qué alegría que me diste cuando te vi, aunque sea de lejos: lo único que no entendí eran las señas que hacías", le escribe el mismo día de la visita. Esa tarde viajó a Vieytes, provincia de Buenos Aires, a encuestar familias de alcohólicos, después tuvo "entrevistas laborales" y le anunciaron que tiene que hacer un curso de 10 días de 4 horas diarias por el que recibirá 15.000 pesos. "Supongo que estás sentado porque es para desmayarse; es para desmayarse que te paguen por aprender". Del 20 de noviembre al 20 de enero cobrará 1000 pesos por cada encuesta de 40 minutos y podrá hacer casi 20.000 pesos por día. Aún tiene que averiguar si debe firmar contrato y cómo podría rescindirlo en caso de que papá pida "la opción".

El martes voy a ir por ahí para poder verte aunque sea de lejos. Qué tristeza absurda e insostenible. Espero con ansiedad estar juntos y solos, sin testigos. Hace 5 meses que no podemos hablar ni besarnos como nos gusta, a solas. Espero que esta sea una de mis últimas cartas, lo deseo con toda mi alma. Tengo miedo que algún

día los dos empecemos a fallar, y eso nos haga no estar tan unidos como antes. Espero que sea solo mi fantasía. Toda tuya (si querés).

Me enredo con las interpretaciones: ¿qué habrá querido decir con el "si querés"? Papá salió de la cárcel a mediados de diciembre de 1969. Se casaron cuatro meses más tarde.

Jorge Néstor Sivak
Nora María Araujo
Participan a Ud. su casamiento que se realizará el día 24 del corriente
Buenos Aires Abril 1970

Encontré la invitación al casamiento, pero no la foto de ellos juntos aquel día. Sí, una de papá firmando el acta notarial con el Colorado a su izquierda y un poco más atrás, su hermano Osvaldo. Creo que fueron de luna de miel a Santiago de Chile.

***

Mamá no está indexada en Google ni puedo recuperar su voz porque no tengo cintas caseras. Con esas cartas rescatadas súbitamente en la mudanza ha vuelto a mí o yo llegué, finalmente, a ella. A ver su vida por delante con el impulso amoroso de las devociones categóricas, los pedidos explícitos, los grandes pactos.

Durante la conmoción prolongada que me produjo la lectura y relectura de sus cartas me reencontré con una canción que escuché mil veces: "Un beso y una flor", de Nino Bravo. No pertenecía a la

playlist de mis padres ni a la de mamá, pero repentinamente se convirtió en la música ambiental de las cartas y lo que pude hacer con ellas.

Es ligero equipaje
para tan largo viaje
las penas pesan en el corazón

En las cartas veo una forma del amor, el que puede parecerse a lo definitivo; algo que me ha quedado lejos por cierta inclinación a lo fugaz, lo demencial y los atajos, con unas pocas excepciones. Mientras terminaba de escribir sobre algunas historias transitorias inicializadas con mayúsculas, las cartas aparecieron para contarme cómo allá tan lejos, en 1969, seis años antes de mi nacimiento, mis padres tomaban envión con el deseo de conocer eso definitivo. El cliché funcionó en un sentido: solo los separó la muerte de papá.

Así que cierro este libro y me rindo, súbitamente, al amor de mis futuros padres. El de mamá, que todavía no es mi mamá, ni una mamá. En sus jeroglíficos vive aún una mujer enamorada. Lo escribí siete años atrás durante seis meses. Poco después me embarqué en otras labores. Fue la excusa para dejarlo reposar.

En la pandemia lo retomé para tallarlo. Sin menciones al encierro, sin epifanías de cuarentena. Al leerlo vi más nítida la obsesión por no olvidar el dolor sin encontrar las razones de ese sufrimiento extremo. Como si lo necesitara. En un par de meses reduje un tercio del libro sin torcer el espíritu del original. Eliminé sobras y cierta ira se suavizó en la reescritura. De a ratos intentaba justificar lo que hacía con una idea de Updike: el que escribe debe escribir sobre las

cosas que realmente le han importado. Escribí esto porque me importó y tomó mucho tiempo de mí.

No supe nada más de N. No la *stalkeo*, ni la gugleo, ni le pregunto a las personas que la conocen. Cada tanto un par de amigos me mandan historias de Instagram cuando hace públicos sus viajes en primera clase y algunos gastos suntuosos. Las recibo con curiosidad, a veces con extrañeza. Me recuerdan las semanas o los meses que llevo sin acordarme de su existencia y su salida del elenco estable de mi circo mental.

Con T. cada tanto intercambiamos mensajes de ocasión. El resto de las cosas quedaron allí, como esos muebles viejos que ya no se pueden mover por su peso o porque se han vuelto invisibles.

Entre aquellos catárticos seis meses y este cierre pausado tuve un hijo, cambié de trabajo y luego me echaron, escribí un libro, dejé el boxeo, seguí trotando, conocí problemas mayores.

Después de veinte años vi *Travels of a Gringo* completa. Durante el rodaje no había advertido el despropósito de hablar tan reiteradamente en contra de la globalización, del libre comercio, ni la falta de equilibrio en el tratamiento del caso venezolano. Sí había advertido la *mélange* de cosas, las imprecisiones y los caprichos en el recorrido, en los personajes, en el guion. En cualquier caso, habla de un país, un continente y un mundo que casi no reconozco. Tampoco me reconozco en el entusiasmo frente a algunas novedades de ese entonces, como si me hubiese llenado de decepciones. Pude entender algo que me dijo Sean en el Frontline: fue mejor el *making of* que la película. Nuestra amistad sobrevivió a muchas cosas, incluso a *Travels of a Gringo*.

Seguimos en contacto. Al comenzar el año posterior al último encuentro en Londres me mandó un mensaje exultante.

¡Quiero compartir con vos mi nuevo comienzo en la vida! Después de una década en el desierto emocional finalmente encontré el amor. Nuestra primera cita fue el 3 de enero. Para el 5 de enero ya nos declarábamos amor eterno, nos considerábamos almas gemelas y pensábamos en casarnos. Nos desmayábamos en las estrellas como adolescentes. Argentina y los momentos que pasé con vos me habrán contagiado. Ella es persa. De París. Un cruce entre Ava Gardner e Isabella Rossellini. Es fotógrafa de guerra. ¿Qué podría salir mal? Nos encontramos en Ámsterdam este fin de semana. El viernes nos acostamos en la cama. El sábado hicimos el amor apasionadamente. El domingo discutimos. El lunes rompimos.

Querido Sean, lamento mucho las últimas noticias. Aunque cargo con discutibles elecciones románticas, mi humilde sugerencia es esperar un poco. Probablemente necesiten algo de tiempo.

Estimado y erudito amigo, Dr. Martin. No deberías ser modesto. Tu experiencia no se limita a las discutibles elecciones románticas. También sos mundialmente conocido por tu experiencia en cataclismos y desastrosos asuntos románticos. Tu "Si quieres un matrimonio estable, no te cases con una maestra de escuela o una contable: sigue mi consejo y casate con una bailarina de tango emocionalmente volátil" es un libro de autoayuda brillante y original. Seguí tu consejo y es así como terminé con una mujer demente. Pero, Martin, fue increíble volver al juego del amor. Y de la vida.

Durante ese año atravesó varias peleas con productoras y plataformas por la película sobre ISIS y otros documentales. Volvió a tener un departamento y luego lo perdió, su madre cumplió 90 y entró en un alzhéimer devastador. Festejó su cumpleaños 58 con sus hijos adorados en un restaurante que lleva su apellido: The Langans.

A finales de 2023 me mandó una foto subido a un tanque y con noticias desde los campos de batalla.

Es un alivio regresar al caballo (o al tanque) después de tantos años en el desierto laboral. Empezaba a pensar que mi vida profesional había terminado. Pero las cosas ahora van bien. Gracias a Dios. Y me ha encantado volver a filmar en la primera línea de fuego. La mejor diversión del mundo. Y es una gran historia. Soy el único periodista occidental en el lado ruso, el resto están todos en Kiev. Estoy teniendo otro tipo de problemas en este proyecto: trabajo con una pequeña empresa que tiene cero efectivo y no pueden vender ni hacer nada. Así que les estoy pagando y me están costando dinero.  *Es un proyecto difícil porque es en una zona de guerra y la cadena que lo pasará —ITV— está nerviosa porque será la primera película contada desde el lado ruso. Pero no es prorrusa. Es una película contra la guerra.*

Después de una felicitación siguió.

Así que mi opinión es que no soy nada y soy parte de todo. Soy un cineasta y periodista de mierda, pero estoy en Donetsk —donde la vida o la muerte son cuestión de suerte— y mis hijos me quieren,

la paso muy bien, estoy vivo y tengo la bendición de tener amigos como Martin.

The Other Side se estrenó en 2024 y ganó varios premios. Sean vistió un traje formal para recibir la estatuilla al mejor documental en el Festival de Televisión de Monte Carlo. A comienzos de 2025 viajó a Tel Aviv y Gaza para empezar una nueva película.

Habían quedado sepultadas todas aquellas promesas que le hizo a su familia de no volver a zonas de guerra. Con la astucia de los discutidores entrenados argumentó, en el caso de Ucrania, que había prometido no volver a Medio Oriente y que debería buscar un argumento nuevo para Israel y Gaza. Me contó que le faltaba poco para cumplir 60, que tenía menos dientes, pero estaba feliz.

Días más tarde mandó por Instagram un video de una avioneta chica carreteando durante 50 metros en medio de una selva con montañas y baja visibilidad. Cómo despegaba y cómo se perdía en la niebla, en las nubes. Él ya estaba en Londres, lejos de Donetsk.

Siempre que veo videos como este pienso en nosotros volando sobre montañas y nubes de lluvia en el sur de México. Y ese momento en el que olimos el alcohol en el aliento del piloto. Vos masticabas tu bufanda y yo rezaba para que ese no fuera nuestro último vuelo. Desde entonces todo en nuestras vidas ha sido un plus.

Pensé que yo había exagerado sobre el miedo a morir en esa selva. El absurdo de la muerte en misión laboral y una rentable historia para contar en eventos sociales y citas.

Después de ver ese video, gugleo una entrevista reciente de casi 2 horas que le hizo Ben Powell-Jones para el pódcast *LADBible*. Sean contó a cámara todo lo que ya había contado y sobre lo que habíamos hablado, pero quince años más tarde. Y aun así le siguió agregando ficción, pequeños detalles —como accesorios Gucci y una Glock a sus captores— que antes no estaban porque quizá no pasaron y él los sumó porque el secuestro, su secuestro, necesitaba una reescritura más, un último *addendum*, una última invención.

Cuando reconstruyó el momento en que se negó a dar el nombre de sus hijos a los talibanes con el riesgo de muerte, se quebró. Me agarró corriendo en el parque y tuve que parar porque me hacía llorar, aunque ya conocía bien la historia. Me acordé de sus hijos. Y en lo más preciado para mí: mis hijos.

Sean cerró esa entrevista con un discurso emotivo sobre cómo aprendió que su sufrimiento le hizo ver más de cerca y con mayor claridad el sufrimiento de los otros. Y que ese dolor es una mochila que pesa, pero hace mejor su vida.

Powell-Jones quiso terminar con un agradecimiento, pero Sean reparó en que había estado un poco solemne y pidió tiempo para una posdata.

—Vi el sentido de la vida y después de volver de un lugar como ese debería ser como Jesús o la Madre Teresa, entregar toda mi riqueza, pero una semana más tarde estaba en Londres tomando un Strawberry Bacardí y armando una línea de cocaína.

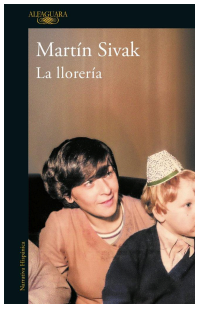
—El fin —dijo el conductor entre sorprendido y tentado y aceptó la mano que le extendió Sean.

Se escucharon risas de fondo en el estudio y el musicalizador las tapó con violines.

Buenos Aires, 17 de junio de 2025

Agradecimientos

Gabriela Esquivada recibió la primera versión de este libro en octubre de 2019 y desde entonces me ayudó a mejorarlo sensiblemente. Como tantas veces, toda mi gratitud. Maga Etchebarne, responsable de Alfaguara, hizo una muy atenta y delicada edición en el tramo final. Gracias, también, a Ana Laura Pérez, directora de la Divisón Literaria de Penguin Random House, por su interés y devolución; a Charles Buchan, de The Wylie Agency, por su trabajo de tantos años, y a Andrea Montejo, Florencia Ure, Laura Mazzini, Ignacio Iraola y Paula Pérez Alonso por sus lecturas y comentarios.



«Nada es original: el desvarío ante la noticia inesperada, la representación mental, una y otra vez, de cada palabra, cada inflexión de voz, cada gesto —la ruptura—, los hechos circundantes y la locuacidad dolorosa».

Sin previo aviso, sin la sombra de una señal, un hombre es abandonado. Al otro lado de su puerta sale el sol, la gente festeja la Navidad y su hijo aprende a nadar, pero para él solo hay confusión y desgarro, insomnio y llanto. El impulso vital le recuerda que ya ha sobrevivido al desamor, y el hombre comienza a indagar en esa memoria como un objeto gracias al cual flotar tras el naufragio. Esos recuerdos vienen con su contexto extraordinario: un viaje de un año por América Latina, desde Argentina hasta la frontera sur de los Estados Unidos, con un documentalista inglés que parece no tenerle miedo a nada, en busca de conflicto social y diversión. Y en medio de esa aventura, porque la vida no se priva,la enfermedad y la muerte de la madre. Cada duelo reabre los pasados y en ese proceso el dolor encuentra su modo único de cifrarse. En *La llorería*

hay lágrimas e ilusión romántica, pero también otras formas de la emoción y el amor, como la amistad y la familia. Martín Sivak las cuenta con la intensidad y la belleza que se le conocieron en *El salto de papá*.



MARTÍN SIVAK

(Buenos Aires, 1975) es licenciado en Sociología (Universidad de Buenos Aires) y doctor en Historia de América Latina (Universidad de Nueva York). Trabaja como periodista, docente universitario y editor. Publicó *El asesinato de Juan José Torres* (1997), *El dictador elegido* (2001), *El Doctor* (2005), *Santa Cruz: una tesis* (2007), *Jefazo. Retrato íntimo de Evo Morales* (2008), *Clarín. Una historia* (2013), *Clarín. La era Magnetto* (2015), *El salto de papá* (2017) y *Vértigos de lo inesperado* (2024). Ha sido traducido al inglés, chino, francés e italiano.

Foto del autor: © Alejandra López

Sivak, Martín
La llorería / Martín Sivak. - 1ª ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-301-262-6

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



© 2025, Martín Sivak
All rights reserved

Imagen de tapa: Retrato del autor junto a su madre. Archivo familiar
Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial
© Penguin Random House Grupo Editorial,
inspirado en un diseño original de Enric Satué

Edición en formato digital: septiembre de 2025
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-631-301-262-6

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

La llorería
Dedicatoria
Uno. 2018. Primer final
Dos. 2002. El inglés
Tres. 2019. Diario de enero. Nueva York-Montreal-Los Ángeles
Cuatro. 2002. A Dios le pido
Cinco. 2019. Diario de enero. Buenos Aires
Seis. 2002-2003. El camino a Tijuana
Siete. 2019. Diario de febrero. Buenos Aires
Ocho. 2005-2017. De Londres a Afganistán
Nueve. 2019. Diario de marzo. Londres
Diez. 2019. Diario de abril-junio. Buenos Aires-Ciudad del Este
Once. 1969-2025. Final, final
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos